

En mayo de 1964 comenzó la operación militar para recuperar la entonces llamada ‘república independiente de Marquetalia’, que desembocaría en la cruenta y larga guerra entre las Farc y el Estado colombiano, cuyas consecuencias políticas y sociales retumban aún. Con ocasión de los 50 años de la fundación de la guerrilla viva más antigua del continente, el escritor y sociólogo Alfredo Molano reconstruyó desde la historia y el periodismo los orígenes de las Farc. Inicialmente publicados en *El Espectador*, estos doce textos surgen de diferentes viajes hechos hasta recónditas regiones de Colombia, donde acampa la verdadera historia del surgimiento de esta guerrilla, y de varias entrevistas del autor con los fundadores del grupo armado. A muy poco de que se firme la paz en Colombia, *A lomo de mula* constituye una mirada rigurosa y necesaria sobre el tema, en la pluma de uno de los más grandes conocedores del conflicto colombiano.



www.megustaleer.com.co

ISBN: 978-958-8912-49-3



9 789588 912493

AGUILAR

ALFREDO MOLANO

A lomo de mula

AGUILAR

ALFREDO MOLANO

A lomo de mula

2^a
edición

Viajes al corazón
de las Farc



EL ESPECTADOR

AGUILAR

A lomo de mula

2016

Alfredo Molano

A lomo de mula
Viajes al corazón de las Farc

Título: *A lomo de mula*

Segunda edición en Aguilar: abril, 2016

Primera reimpresión: abril, 2016

© 2015, Comunican S. A. (*El Espectador*)

© 2016, de la presente edición en castellano para todo el mundo:

Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. S.

Cra 5A No 34A - 09, Bogotá - Colombia

PBX: (57-1) 743-0700

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores.

Impreso en Colombia—*Printed in Colombia*

ISBN: 978-958-8912-49-3

Compuesto en caracteres Garamond

Impreso en Nomos Impresores, S. A.

Penguin
Random House
Grupo Editorial

AGUILAR

Contenido

Prólogo: Sin dilemas, por Fidel Cano

1. Pasos de animal grande	13
2. Limpios y comunes.....	23
3. Nacimiento de las Farc: de El Davis a Villarrica	31
4. Asalto a Marquetalia	43
5. La ruta de la cancharina.....	55
6. Entrevista con Jaime Guaraca en La Habana	65
7. Entrevista con Miguel Pascuas en La Habana	73
8. ¿Cómo es hoy la república independiente de El Pato?	81
9. Riochiquito	97
10. La vuelta del mundo.....	113

Sin dilemas

Escribió en un diciembre reciente el escritor Julio César Londoño que "uno lee a Alfredo Molano... para aprender cómo se puede reflexionar en lenguaje narrativo, cómo se ve el drama rural desde la orilla izquierda del río, cómo analiza las cosas este baquiano ilustrado, el único columnista que se ha tomado la molestia de recorrer palmo a palmo los llanos y las montañas...".

Lo escribió en una columna de *El Espectador*, que no era sobre Molano Bravo, sino sobre ese viejo dilema del periodismo entre lo que es información y lo que es opinión. Un dilema que, por supuesto, estuvo sobre la mesa al momento de emprender el trabajo periodístico que aquí ve ahora la luz como libro.

Se acercaba la conmemoración —¿es esa una palabra apropiada?— de los 50 años de las Farc cuando me sonó el teléfono una mañana y escuché a Alfredo Molano al otro lado de la línea entusiasmado, y queriéndome contagiar de su entusiasmo, para que *El Espectador* se montara en la idea de hacer unos viajes imposibles a la entraña de la historia de las Farc.

Eran esas zonas de todavía muy difícil acceso, con dificultades de seguridad y, en todo caso, a las cuales llegar resultaba muy costoso. De contera, ahí estaba el dilema.

¿Eran estas crónicas que me planteaba Alfredo Molano la mejor manera de documentar 50 años de nuestro conflicto? ¿No sería esa una vía muy parcial de contar la realidad? Esa mirada "desde la orilla izquierda del río", ¿podía ser una afrenta para un país adolorido por tantos años de violencia y cada vez más intolerante ante los grises de nuestro conflicto?

Un recuento de corte enciclopédico con citas a pie de página como el que hicieron por aquellos días los demás medios de comunicación de los 50 años de las Farc, posiblemente hubiera sido un camino más seguro, menos arriesgado y mucho más económico para cubrir esa histórica fecha.

Mas era Molano quien me hablaba al teléfono desde su terruño en La Calera. Nadie sino él podía montarse en un viejo jeep, después en una mula, otro rato a pie, pasar retenes y peligros con la simple palabra pacífica de "baquiano ilustrado", y volver con una crónica de viaje que explicara desde el territorio donde nació y echó raíces el conflicto lo que para muchos colombianos carece de explicación.

Andaría por los 70 años entonces, pero nadie sino Molano iba a poder contar mejor la historia de los 50 años de un conflicto que él ha soñado —y trabajado por— ver terminado de manera serena desde siempre. Nadie sino Molano sería capaz de traer, en ese momento central de la historia colombiana en que germinaba un proceso de paz en La Habana, esa mirada llena de voces de la otra Colombia que esta desconfiada y rencorosa de las ciudades desconoce e ignora.

¿Suficiente para descartar los dilemas? A *El Espectador* le bastaba, sí.

Pero no para descartarlos sino más bien para enfrentarlos y ponerlos en su lugar. Porque la honestidad intelectual de Alfredo Molano, cada vez que se terciaba una mochila en la que empaca lápices para tomar sus notas y echa a andar por los caminos de Colombia, está fuera de cualquier discusión. Molano va, mira, echa carreta, interpreta y cuenta. Pero va a donde pocos van, habla con quienes nadie habla, interpreta con base en un país que conoce a lomo de mula como casi nadie y cuenta con narrativa excepcional esa Colombia que "las mayorías" no ven, o no quieren ver, o no dejan que se vea.

Ya en algún momento sus colegas en la academia miraron con recelo su método de documentar la historia. Cuarenta años, por ejemplo, tuvo que aplazar su título de doctorado como becario de La Sorbona porque para esa academia lo que dice y vive la gente no tiene mayor valor. Allí ellos con sus ideas de rigor. Aunque con los años la academia menos ortodoxa ha comenzado a valorar el aporte, lo cierto es que si la academia se privó de integrar al conocimiento la voz de los campesinos, las minorías étnicas y los testigos y protagonistas de la guerra, el periodismo se ganó a un excelso reportero de un país que existe y es real, pero que no se cuenta y, quizás por ello mismo, no cuenta.

Por todo esto es que con Molano esa diferencia clásica del periodismo entre opinión e información es inútil intentar trazarla. Como terminó su columna Julio César Londoño aquel diciembre para, también él, concluir que el periodismo no es sólo immaculada información, está demostado que "las grandes obras son de origen popular". Quizás sea demasiado pretensioso hablar de que en estas páginas estamos ante una grande obra, pero con seguridad estamos, sí, ante unas crónicas del mejor periodismo,

ese que va a los lugares, siente, huele, curiosear, chismosear, interpreta y cuenta, cuenta bien, con fina narrativa, esa realidad que ha encontrado. ¿La única realidad? Seguro que no, pero sí la más cercana a la vida.

Fidel Cano
Director de *El Espectador*

1

Pasos de animal grande

Según el *Diario de la resistencia de Marquetalia*, de Jacobo Arenas, la Operación Marquetalia comenzó el 18 de mayo de 1964, exactamente hace 50 años. *El Espectador* tituló ese día: “Con 3.000 soldados se inició anoche la operación militar de Marquetalia”. No obstante, la Operación Soberanía, como la bautizó el gobierno de Guillermo León Valencia, había comenzado en realidad el 20 de octubre de 1961, cuando Álvaro Gómez Hurtado, en un debate sobre la reforma agraria —de la que era un acérrimo enemigo— sostuvo que la política de tierras del Frente Nacional había dejado en la orfandad algunas zonas del país, lo que condujo a la creación de territorios autónomos: “Hay la república independiente de Sumapaz. Hay la república independiente de Planadas, la de Riochiquito, la de este bandolero que se llama Richard y ahora tenemos el nacimiento de... la república independiente de Vichada”. Gómez plagió el término de Primo de Rivera al referirse a Cataluña durante la Guerra Civil. Durante el gobierno de Lleras Camargo la tesis no tuvo eco público, pero fue en ese período presidencial (1958-1962) cuando triunfó la revolución cubana y se aplicaron en América Latina con rigor la doctrina de la seguridad nacional y la tesis del enemigo interno. Como comandante del Ejército, Alberto Ruiz Novoa,

quien había dirigido el Batallón Colombia en la guerra contra Corea del Norte, elaboró el Plan Laso, pero Lleras se abstuvo de aplicarlo. Su sucesor Guillermo León Valencia (1962-1966) nombró a Ruiz Novoa ministro de Guerra y como tal puso en ejecución el Plan Laso, que, según Jacobo Arenas, era la sigla de Latin American Security Operation.

Marquetalia es una vereda del corregimiento de Gaitania, municipio de Planadas, Tolima, situada en la falda occidental del nevado del Huila; una región que suena desde entonces a guerra, no sin razón porque los enfrentamientos militares entre la guerrilla y el Ejército son frecuentes hasta hoy. Una de las preguntas más inquietantes es por qué el sur del Tolima y el norte del Cauca fueron la cuna de las Farc y por qué son regiones que aún están envueltas en el conflicto. La respuesta está vinculada a dos grandes litigios históricos vigentes en esos territorios: la lucha por la tierra de los indígenas —paeces y pijaos— y la de los campesinos por el reconocimiento de sus derechos políticos.

La primera tendencia está representada por las peleas del indio Quintín Lame en las regiones de Tierradentro y Chaparral entre 1922 y 1945. Hay que recordar de entrada que el resguardo o parcialidad indígena fue creado por la Corona española en la segunda mitad del siglo xvi, para defender a la población indígena del tratamiento de esclavos que les daban encomenderos, pero también para obligarlos a pagar tributos. Fue una institución que —según Friede— hizo a los indígenas partidarios del rey. La República los hizo “hombres libres” para despojarlos de las tierras y convertirlos en terrazgueros. El siglo xx conocerá el renacimiento de la lucha del indio por la tierra.

Quintín Lame nació en una hacienda cerca de Popayán, donde su padre era terrazguero y por tanto obligado a pagarle

al patrón en trabajo o en especie el permiso de vivir en la hacienda. Participó en la Guerra de los Mil Días en Panamá como ordenanza del general conservador Carlos Albán y después, a órdenes del general-guerrillero Avelino Rosas, defendió “el tricolor nacional de la invasión ecuatoriana entre 1903 y 1904”, según sus palabras. Avelino Rosas fue subalterno de Maceo en la guerra contra España y trajo de Cuba el Código Maceo, un verdadero manual de guerra de guerrillas. Quintín Lame comenzó su lucha contra la política del general Reyes de liquidar los resguardos; fue nombrado “jefe y representante de los cabildos de Pitayó, Jambaló, Toribío, Puracé, Cajibío y algunos otros” en 1910. Entre 1914 y 1918 movilizó a los indígenas del Cauca por la recuperación y la creación de resguardos, hasta caer preso en 1915. La persecución política, la división del movimiento y la masacre de Inzá en 1916 lo obligaron a refugiarse en Natagaima, sur del Tolima, donde fundó, en compañía de José Gonzalo Sánchez, el Supremo Consejo de Indias, que creó el resguardo del Gran Chaparral.

Las reivindicaciones de Lame marcan un territorio de luchas que se extiende entre el río Cauca y el río Magdalena sobre el lomo de la Cordillera Central, entre Popayán y Chaparral. El Movimiento Armado Quintín Lame toma su nombre de ese caudillo porque, según uno de sus fundadores, fue “un personaje que agotó toda la parte legal para lograr metas, pero la parte armada también influyó mucho, como la misma toma de Paniquitá, la toma de Inzá y las de otras poblaciones donde él por la vía de la fuerza dio a entender que en el Cauca a esa clase de terratenientes no era fácil darles el golpe por el lado legal”. Por la misma razón el poeta Guillermo Valencia, su enemigo a muerte, lo llamó “asno de los montes”. Una de las obsesiones de Quintín Lame fue

la educación del indio. Su secretario, Abel Tique, afirmaba: “Antes de llegar el general estábamos en la oscuridad, pero él nos trajo la doctrina y la disciplina para defendernos”. Estos dos términos –doctrina y disciplina– se encuentran a menudo en las preocupaciones de Manuel Marulanda.

El segundo gran hecho es la colonización campesina de la Cordillera Central. Desde mediados del siglo xx, pero particularmente después de la guerra de 1876, una punta de colonización proveniente del Quindío llegó al norte del Tolima y fundó pueblos como El Líbano, Fresno y Padua; poco a poco avanzó por la cota cafetera hacia el sur del departamento, donde entró en conflicto con las grandes haciendas cafeteras que se expandían al ritmo de la economía cafetera y se apropiaban de los baldíos nacionales. Similares choques sucedieron en el Tequendama y Sumapaz, en Cundinamarca. El principal motor del café en Tolima fue la firma Rocha Hermanos, que se enorgullecía de cultivar 300.000 cafetos en su hacienda Providencia. A su alrededor crecieron otras grandes haciendas –Ircó, Calibío, Banqueo, Guadual, El Jazmín y un pequeño pueblo de peones y arrendatarios llamado El Limón–. Numerosos trabajadores sin tierra se convirtieron en tabloneros, aparceros o terrazgueros y muchos indígenas abandonaron su resguardo para trabajar en las haciendas. La ola colonizadora aceleró el crecimiento o la fundación de pueblos como Rioblanco, Planadas, Herrera, San Antonio, Gaitania y Roncesvalles.

Los litigios de tierras en la región fueron particularmente intensos, lo que explicaría el espíritu del primer intento de reforma agraria formulada por Murillo Toro a mediados del siglo xix –“el cultivo es la base de la propiedad”– y desarrollada por otro chaparraluno, Darío Echandía, como función social de la propiedad en la reforma constitucional

de 1936. En 1905, los colonos de Ataco se movilizaron contra la pretensión del Gobierno de gravar los baldíos. A mediados de los años 30 los enfrentamientos entre propietarios y trabajadores facilitaron la agitación de María Cano y de Jorge Eliécer Gaitán. En 1931 la Policía asesinó a 17 indígenas en Llano Grande, sede del cabildo de Chaparral.

Monseñor Germán Guzmán, en el libro *La violencia en Colombia*, anota que uno de los antecedentes de la violencia de los años 50 en el Tolima fue el choque entre “el prurito latifundista de expandir sus propiedades y el espíritu avasallador de los paisas que llegaban acosados por el hambre y la pobreza... la Policía, seguida por los terratenientes del Plan del Tolima, sometió al desahucio a sus arrendatarios con el incendio de sus ranchos”. La violencia en el Tolima fue particularmente sangrienta y constituyó, en realidad, una prolongación de la Guerra de los Mil Días y de los conflictos sociales que se desarrollaron en la colonización antioqueña a partir de 1850, y que Esteban Jaramillo llamó la lucha entre el hacha y el papel sellado. Entre 1948 y 1957, según concluyó la Comisión Investigadora de las Causas de la Violencia de 1958, en el Tolima fueron asesinadas 35.294 personas y se abandonaron 93.882 fincas. “Tolima fue arrasado por el fuego”, comenta monseñor Guzmán. La respuesta fue la organización de 33 comandos armados en toda la región; en el sur se formaron 12 grupos. Los más importantes fueron los de José María Oviedo, alias Mariachi, en Planadas; Rafael Valencia en Las Hermosas; Ciro Trujillo, alias Mayor Ciro, en Monteloro; Hermógenes Vargas, alias Vencedor en La Profunda; Teodoro Tacumá en Natagaima; Leopoldo García, alias Peligro, en Herrera; Prías Alape, alias Charro Negro, en Gaitania, y Gerardo Loaiza, en Rioblanco. El territorio es un nudo de cordilleras, una estrella fluvial y una zona que

colinda con el Valle, el Huila, el Caquetá y está enmarcada por las llanuras del Pacífico, las selvas del Amazonas y los llanos del Orinoco. En síntesis —opina Francisco Leal— es una región muy propicia para la guerra irregular.

Justamente a este último comando se incorporó Pedro Antonio Marín, quien, según la versión más consistente, nació en Génova, Quindío, el 13 de mayo de 1928. Muy joven trabajó con su tío en una finca lechera en Ceilán, Valle del Cauca. El 9 de abril de 1948 fue testigo de la reacción del pueblo liberal contra los conservadores a quienes encarcelaron los insurrectos. Una semana después fueron liberados por el Ejército y su tío acusado de complicidad con los liberales. Pedro Antonio se refugió en la cordillera Occidental. “Para subsistir —cuenta Balín, uno de sus guardaespaldas— compraba fríjol en Betania y lo vendía en El Naranjal; ahí compraba panela y la vendía en El Dovio” (*Trochas y fusiles*). Después de las elecciones del 5 de junio de 1949, ganadas por el liberalismo, la cordillera Occidental fue conservatizada a sangre y fuego por los pájaros, comandados por Ángel María Lozano, el Cóndor, y Leonardo Espinosa. El incendio de El Dovio y Betania, primero, y luego la sangrienta toma de Ceilán, obligaron a quien más tarde sería apodado Tirofijo a organizar en Génova una pequeña cuadrilla de 19 hombres, la mayoría parientes, para tomarse el pueblo en protesta por la elección de Laureano. El grupo era débil y mal armado, y optó por agregarse al comando del viejo Gerardo Loaiza y sus cuatro hijos en Rioblanco. “Eran de Génova, más propiamente —palabras de Marulanda— de una vereda llamada El Dorado, y el viejo don Gerardo, casado con la hermana de mi mamá, se había ido a fundar por los lados de Rioblanco. Él colonizó esa zona con otros caldenses” (*Trochas y fusiles*). Los Loaiza eran liberales y prósperos —don Gerardo llegó a

ser candidato a la Alcaldía de Rioblanco— y estaban aliados con otros dos jefes liberales: Leopoldo García, alias Peligro, y Efraín Valencia, alias general Arboleda. Marín incursionó con sus hombres —varios paisas como Mundoviejo y Llavecaca— por las cuencas de los ríos Atá y Cambrín, y organizó a sus hombres en la región de San Miguel; incluso acampó un tiempo en la hacienda el Támara, que mucho después se llamaría Marquetalia en honor al pueblo de Caldas. Hoy se conoce el caserío como Villarrica.

Las regiones Santiago Pérez, Planadas y Gaitania fueron objeto de varias comisiones de policía chulavita a partir del 48. Los testimonios son numerosos y las coincidencias no dejan lugar a dudas: se trató de un gran operativo contra los colonos liberales. Hubo varios ataques sangrientos registrados por Guzmán: “13 personas muertas en El Limón; en Chaparral comisiones mixtas de Policía y civiles saquean negocios y amenazan a dirigentes liberales; en Coyaima desaparecieron totalmente pueblos y parcialmente Santiago Pérez y Gaitania, y contabilizaron más de 50 muertos entre Chiparco y Pole”. En abril del 48 el Directorio departamental liberal del Tolima llamó a los reservistas a defenderse y tomarse los pueblos. La reacción conservadora fue violenta: masacres, casas incendiadas y semovientes robados. Todas eran tierras fértiles de vertiente trabajadas por colonos caldenses y campesinos tolimenses, muchos descendientes de indígenas paeces y pijaos. Como sucedió en todo el país, la gente se defendía, durmiendo en el monte, una estrategia simple de sobrevivencia complementada con la organización de “avanzadas” que vigilaban las veredas y daban aviso cuando los chulavitas entraban en ellas. Se trataba de una modalidad de defensa propia de donde salieron los primeros grupos guerrilleros, como reacción meramente instintiva. En

Santander, Antioquia, Cundinamarca y los Llanos la situación fue idéntica. En el sur del Tolima, los pocos jefes armados que había en la zona de Gaitania y Planadas organizaron marchas con la gente “huyente” hacia San Miguel, donde podían defenderse mejor. Eran campesinos y liberales rasos que formaron grupos armados al mando de Ciro Castaño, en Monteloro; Prías Alape, en Peña Rica; Jesús María Oviedo y Pedro Antonio Marín, en el Cambrín, todos vinculados al comando de los Loaiza, que para esos días agrupaba unos 150 efectivos.

De otra parte, hay que anotar que desde los años 30 María Cano y Raúl Mahecha tenían una fuerte influencia en el sur del Tolima que facilitó la creación de Ligas Campesinas y la organización de células del Partido Comunista. El más importante dirigente de esta tendencia fue Isauro Yosa, nacido en Irco, donde existían grandes cafetales y donde comenzó a trabajar en la Hacienda Providencia de los Rocha. “El dueño de la tierra —cuenta Yosa— daba la tierra, o mejor el monte, porque había que abrirlo, tumbarlo y quemarlo. El arrendatario tenía que trabajar la tierra en café, y el patrón le reconocía a los dos años un peso por palo y además compraba el café a ocho centavos la arroba. No se podía hacer finca porque —puntualiza— toda la tierra les pertenecía a los nombrados Rocha, a los Caicedo, los Castillo y los Iriarte”. El café era el principal negocio en toda la región. El precio del café en el exterior mejoró sostenidamente desde la primera posguerra hasta mediados de los años 30 para volver a coger precio a partir de la segunda posguerra. En 1918 se pagaba la libra a 15 centavos de dólar y en los años 50, a 60 centavos. La economía cafetera prosperaba a la par con el conflicto de tierras. En el sur del Tolima, la colonización cafetera campesina chocó de

frente con el modelo hacendatario. Isauro Yosa, conocido como Mayor Lister —nombre de guerra que usó en honor a Enrique Lister, el legendario general de la guerra civil española (1936-1939)—, organizó en la población de El Limón, anexa a la hacienda de los Rocha, un movimiento contra la adulteración de las pesas —o romanas— y luego contra el sistema de aparcería. Los aparceros quedaban prácticamente desempleados cuando la cosecha de café terminaba y por esa razón organizaron “partidas” o “cuadrillas” de 100 o 200 hombres para tumbar monte en tierras baldías reclamadas por los hacendados. La Ley 200 y el liberalismo en el poder ampararon estas iniciativas hasta que, cercado por Laureano Gómez, López, en su segunda administración, promulgó la Ley 100 de 1944, que dio un paso atrás. Al subir Ospina —sobre todo después del asesinato de Gaitán—, los pájaros y los chulavitas abrieron el fuego prometido por el Cojo Montalvo. Isauro Yosa organizó el Comando del Combeima y aliado con los liberales de Loaiza y de Peligro dirigió una marcha de campesinos desplazados y amenazados hacia la región de El Davis en Rioblanco, entre los ríos Anamichú y Cambrín. El desplazamiento se llamó Columna de Marcha Luis Carlos Prestes, en honor al dirigente comunista brasileño que había organizado en 1924 una protesta con 1.500 hombres que recorrieron 25.000 kilómetros por tres estados exigiendo tierra y salarios justos. Yosa mandaba sobre 200 familias apoyadas por hombres armados de escopetas y el recorrido fue de unos 100 kilómetros. Se fundó entonces el comando de El Davis, una región donde se refugiaron comunidades campesinas para defenderse de los ataques de la Policía y de los grupos de civiles armados. Yosa convocó a los jefes que estaban apostados en San Miguel a refugiarse en El Davis. En efecto, a principios de 1950 llegaron 100

familias con sus haberes a cuestras, que se sumaron a otras 300 que ya estaban asentadas. Era población civil defendida por grupos armados con escopetas y armas hechizas que rápidamente adoptaron un reglamento simple para poder vivir y trabajar en comunidad y unas normas de defensa armada para rechazar el hostigamiento conservador. Fue, más que una táctica de autodefensa, una alternativa obligada. Años más tarde Manuel Marulanda llamó El Davis “corazón de la resistencia” y Jacobo Arenas la denominó “matriz del amplio movimiento campesino dirigido por el Partido Comunista”.

El Davis fue el prólogo de las que serían bautizadas –provocadoramente por Álvaro Gómez– repúblicas independientes. En realidad las denuncias del senador constituyeron un misil contra el gobierno de Alberto Lleras, que preparaba la promulgación de la Ley 135 de 1961 de Reforma Agraria. El ataque de Gómez fue hecho en octubre y la ley fue firmada en diciembre de ese año.

2

Limpios y comunes

El Davis fue una hacienda ganadera en la hoya del río Cambrín, sobre el lomo de la cordillera Central, en el sur del Tolima, donde los Loaiza crearon un comando guerrillero. Con la llegada de las columnas de marcha que venían de Coyaima, Irco, Chaparral, y de cientos de familias sueltas, el movimiento llegó a ser un pueblo de más de 2.000 habitantes. “Era –escribió Manuel Marulanda en *Cuadernos de campaña*– un inmenso refugio humano en el corazón de la zona de operaciones, cuya vida transcurría en condiciones de organización exiliada en una región liberal”.

En esa época de asedio de los chulavitas, y un poco más tarde del Ejército, los bienes eran colectivos –“hasta la ropa era compartida entre familias”– y la comida muy escasa. Los adultos conformaban partidas para salir de la zona a buscar comida o a realizar operativos militares. Las mujeres se encargaban de coser y lavar la ropa y de la “rancho” o preparación de alimentos; los viejos cultivaban maíz, frijol, yuca, plátano y caña panelera, y los niños ayudaban en diversas labores, incluida la preparación militar en un comando llamado Batallón Sucre. Un guerrillero recuerda: “Nadie podía estarse quieto o haciendo pereza.

Todos y todas teníamos que estar haciendo algo, aportando para la subsistencia”. Había hospital, campo de paradas, fábrica de cotizas de fique, almacén general o comisariato, comedores generales, armería, escuela, guardería para niños, juez, y se llegó a construir refugios antiaéreos.

Las comisiones que salían a combatir solían ser mixtas, compuestas por unidades de los Loaiza o limpios o liberales, y de los comunes, es decir, comunistas, y para coordinar las operaciones fue creado el Estado Mayor Unificado, compuesto por ambas fuerzas. Con el pasar de los días, las acciones conjuntas dieron lugar a una diferencia profunda: las armas ganadas en los combates —alegaban los comunistas— no eran propiedad privada de los comandantes sino propiedad colectiva del movimiento. En realidad, la organización de los limpios era una especie de gamonalismo armado contra los conservadores y la policía chulavita. Los comunistas, orientados por el Partido, tenían un programa social que reivindicaba los derechos a las tierras baldías y las garantías políticas a la oposición. Hacia finales de 1951 El Davis se dividió en dos sectores: El Davis propiamente dicho, mandado por Isauro Yosa, Mayor Lister, y Luis Alfonso Castañeda, alias Richard, llamados “Comunes”, y el sector de La Ocasión de los liberales, o “Limpios”, donde vivían don Gerardo y sus leales.

El rompimiento definitivo se produjo cuando los comunistas adoptaron el programa aprobado por la llamada Conferencia del Movimiento Popular de Liberación Nacional, conocida como Conferencia Boyacá, reunida el 15 de agosto de 1952, a la que asistieron delegados de las guerrillas del Llano, de Santander, de Antioquia y de Sumapaz. La Conferencia —cuyo ver-

dadero lugar de encuentro fue Viotá, Cundinamarca— se proponía la construcción de un gobierno popular que restableciera libertades democráticas, decretara una reforma agraria —“que pusiera en práctica el principio de que la tierra es para quien la trabaja”—, devolviera la integridad de las comunidades indígenas, nacionalizara las minas, separara la Iglesia del Estado, creara un ejército nacional y democrático y adoptara una política internacional independiente.

Los liberales no asistieron a la reunión y el conflicto entre ambas tendencias quedó planteado. Los combates entre liberales y comunistas fueron frecuentes y muy fuertes porque “se llevó a cabo —escribió Marulanda— entre hombres de ley que prefieren morir antes que huir”. En un ataque liberal al comando de El Davis perdieron la vida dos hijos de don Gerardo Loaiza y uno de los García. Charro Negro, Ciro Trujillo y Marulanda se solidarizaron con la causa comunista.

La Conferencia Boyacá se desarrolló mientras El Davis era cercado por las tropas del gobierno y, quizá por esta razón, como una estrategia para reducir la presión sobre su centro, las guerrillas intentaron tomarse la base aérea de Apiay, que por lo demás fue un descalabro, y provocaron combates en zonas periféricas como Calarma, Las Hermosas, Gaitania y Santiago Pérez. Hay que recordar que por aquellos días las guerrillas de Guadalupe en el Llano emboscaron un contingente del Ejército en Puerto Gaitán, Meta, y le causaron 98 bajas. Ramsay, un investigador norteamericano, calcula que en 1951 las guerrillas del Llano tendrían unos 3.000 hombres; las del sur del Tolima, 6.000, y las de Cundinamarca y Antioquia, 12.000.

Es decir, unas 36 unidades orgánicas en conjunto, sin unidad de mando. Por su parte, el Ejército tenía 15.000 soldados, y la Policía, 25.000. La situación era muy peligrosa para un gobierno debilitado en lo político.

En el sur, la respuesta del gobierno conservador fue la represión brutal con las FR. MM. o con las bandas de chulavitas y pájaros. Se masacró el pueblo de Belalcázar, Cauca; se bombardeó El Líbano; los diarios *El Espectador* y *El Tiempo* y las casas de López Pumarejo y Carlos Lleras Restrepo fueron incendiados. Según el libro *La violencia en Colombia*, había en el país focos de resistencia armada contra el gobierno que tendían a conformar un movimiento guerrillero unificado del que la Dirección Liberal Nacional fue un apoyo vergonzante y calculador y el Comité Central del Partido Comunista un orientador clandestino. No cabe duda de que esta amenaza fue un factor definitivo del golpe de Estado contra Laureano Gómez encabezado por Rojas Pinilla —13 de junio de 1953— e impulsado por el liberalismo y por una mayoría conservadora.

Rojas Pinilla inauguró su gobierno bajo el lema “No más sangre, no más depredación; paz, justicia y libertad para todos”. A los pocos días decretó una amnistía y un indulto general, tanto para guerrilleros como para aquellos servidores públicos que “por causa de excesivo celo en el cumplimiento de sus funciones” hubiesen cometido delitos. Los aviones del gobierno bombardearon con hojas volantes las zonas de conflicto llamando a la entrega de armas.

Tras un corto período de completo desconcierto y con el respaldo de la DLN, entregaron armas las fuerzas

del Llano, Magdalena Medio, Antioquia y Cundinamarca. Al sur del Tolima llegó a caballo una comisión encabezada por los doctores Rafael Parga Cortés, Ismael Castilla y Severiano Ortiz, conocidos jefes liberales de Chaparral, a negociar la entrega. Por otra vía, Alfonso Mejía Valenzuela, mayor del Ejército, y un sacerdote Larrazábal buscaron acuerdos con los liberales, quienes, cansados de la guerra, aceptaron poco a poco las condiciones.

Los generales Mariachi, Valencia y Pasillo, que habían pertenecido al sector comunista y que constituían una de las fuerzas más representativas de los limpios, entregaron sus armas en Santa Ana. Los demás mandos fueron haciéndolo paso a paso. Don Gerardo Loaiza fue nombrado alcalde de Rioblanco. Los comunes sospecharon que se trataba de una nueva fase del conflicto en la que los limpios se volverían aliados del gobierno y cambiarían sus viejos fusiles por armas de dotación oficial contra las fuerzas de los comunes.

Las guerrillas del Bloque Sur o de El Davis no aceptaron los términos propuestos por Rojas, al que llamaron “el delincuente más villano del país, quien conquistó su título a base de asesinatos y masacres... (como) la matanza colectiva en la Casa Liberal de Cali siendo comandante del Ejército en 1949”, y uno de los más develados “servidores del imperialismo norteamericano y su política de guerra”.

Cabe recordar que Marulanda fue testigo en ese año de las quemas de Ceilán, El Dovio, La Primavera y de la más cruda violencia en el Valle, dirigida por un aliado de Laureano Gómez y de Rojas Pinilla, Ángel María Lozano, alias el Cóndor. Ante el Senado, en 1959, Rojas confesó:

“...él me ayudó en la pacificación del departamento (del Valle)”.

En octubre de 1953 el Bloque Sur llamó a continuar la lucha como movimiento de autodefensa de masas hasta lograr “el retiro de todas las fuerzas represivas; la devolución de las fincas a las víctimas de la política de sangre y fuego; la reconstrucción de sus viviendas; la reposición de sus bienes; el suministro de auxilios en dinero, semillas, herramientas; la construcción de escuelas, centros sanitarios, vías de comunicación, y la parcelación de tierras”. Ante la división con los limpios, los comunes crearon el Ejército Revolucionario de Liberación, con una organización “similar a la del Ejército Nacional”: compañías, escuadras y guerrillas, jerarquías —mayores, capitanes, sargentos— y un estricto reglamento, que incluía a la población civil.

Rojas Pinilla había decretado la amnistía y el indulto de manera condicional y dio un plazo para la entrega de armas, al término del cual volvió a declarar la guerra al movimiento guerrillero, que brevemente operó de manera unificada. Hay que tener en cuenta que Rojas fue un protegido de Mariano Ospina Pérez, que lo nombró director de Aerocivil y ministro de Comunicaciones. Toda la región se vio entonces envuelta en sangrientos combates. Más de 5.000 hombres, dice Marulanda, apoyados por la aviación y estrenando fusiles punto 30, cercaron El Davis. Los liberales pactaron de nuevo un acuerdo; los comunistas constituyeron las “comisiones rodadas” al mando de Ciro Trujillo, Charro Negro, y Andrés Bermúdez, El Llanero, se quedó con 75 hombres en la zona para defenderla; finalmente fueron copados por el Ejército y sus mandos fusilados. La

población civil fue evacuada al ritmo y en la medida en que los comandos se abrían paso.

Al desintegrarse El Davis, Richard salió con su gente para Calarma; Avenegra, otro de los mandos, se perdió por los lados de Natagaima, y Yosa se refugió en Gaitania. Marulanda escribió: “Al cesar en el año 53 la lucha guerrillera, por entrega de la mayoría de los combatientes liberales, los comunistas subjetivamente no podían continuar por su cuenta y riesgo” el movimiento. Entonces optó por constituir, en compañía de Charro Negro, un comando clandestino, “absolutamente móvil”, que se conoció como el de “Los Treinta”, con 26 hombres y cuatro mujeres.

La gran mayoría de cuadros —tanto liberales como comunistas— se fundaron como colonos en las regiones de Gaitania y San Miguel. “Toda esa tierra la abrimos a hacha y sembramos comida y café”, cuenta Jaime Guaracas. Balín, quien fue guardaespaldas de Marulanda, recuerda: “colonizamos la zona entre los 30 que quedamos. Hicimos trochas para sacar madera y hacer fincas, comisionábamos para el Cauca y para el Huila, para Caldas y para el Valle; en todas partes creábamos cadenas y enlaces; se consiguieron préstamos de la Caja Agraria para cultivar café, se sembró comida y hasta ganado llegamos a tener”.

Los Treinta se emplazaron entre Marquetalia —llamada en ese tiempo el Támara— y Riochiquitó, mientras Lister, Richard, Cardenal formaron una columna de marcha que se desplazó con armas, mujeres, niños y bestias desde Gaitania hasta Villarrica, en el oriente del Tolima, por los caminos de Prado, Dolores, La Colonia. Allí encontraron a Ciro Trujillo. Las organizaciones que existían en Sumapaz y Tequendama albergaron

el destacamento. Años después, Isauro Yosa contaba: “Villarrica era una región donde uno podía moverse tranquilo porque todos sabían quiénes éramos y a qué habíamos venido. Los camaradas eran muy respetados. Yo me mantenía dando charla, dando orientación, organizando, porque sabíamos que la calma era corta. Si la paz anochece, no amanecía”.

3

Nacimiento de las Farc: de El Davis a Villarrica

Quienes impulsaron y festejaron el golpe de Rojas Pinilla tenían calculado que su papel de árbitro duraría entre el 13 de junio de 1953 y el 7 de agosto de 1954. Rojas no pensaba así y presentó ante la Asamblea Nacional Constituyente (Anac) que sesionaba —desde cuando fue convocada por Laureano Gómez— dos proyectos íntimamente ligados: la elección de Rojas Pinilla como presidente legítimo y una ley que prohibía el comunismo. Sustentó el primer proyecto en la imperiosa necesidad de consolidar el orden público y el segundo en la infiltración comunista.

Los partidos tradicionales, que ya comenzaban a temer la instauración de una dictadura militar —salvo el laureanismo y sectores marginales del Partido Liberal—, sentaron su protesta. Mariano Ospina, mentor del general y jefe supremo, quien además presidía la Anac, hizo aprobar las normas en la reunión convocada para agosto de ese año. El movimiento estudiantil, muy cercano al liberalismo, organizó en junio una manifestación en memoria de Gonzalo Bravo Pérez, caído durante una protesta contra Abadía Méndez en 1928.

En la puerta de la gloriosa Universidad Nacional cayó esta vez Uriel Gutiérrez. Al día siguiente hubo otra manifestación aún más grande y el batallón Colombia, acaban-

do de regresar de Corea, disparó contra los estudiantes: 10 muertos y 40 heridos. El Gobierno declaró que infiltrados comunistas y agentes laureanistas habían disparado contra la tropa. Durante tres meses el Gobierno agitó esta acusación por todos los medios: “El comunismo soviético busca apoderarse de la patria”.

La ley anticomunista fue aprobada como acto legislativo número 6, firmado por Mariano Ospina Pérez y el ministro Lucio Pabón Núñez. La ley colombiana fue copiada de *The Subversive Activities Control Act of 1950*, impulsada por el senador Joseph McCarthy. Esta enmienda, pieza maestra de la Guerra Fría, fue la herramienta para desplegar la más brutal persecución de la izquierda norteamericana, cuyas más conocidas víctimas fueron los esposos Julius y Ethel Rosenberg, acusados de espionaje a favor de la URSS y ejecutados en la silla eléctrica en 1953. Fueron perseguidos también Charles Chaplin, Arthur Miller, Elia Kazán, John Steinbeck.

Con base en esta ley se impidió la entrada al país de Pablo Neruda. La ley que prohibía el comunismo en el país se sustentaba en los hechos del 8 y el 9 de junio y en el levantamiento del 9 de abril. La Corte Suprema de Justicia concluyó en diciembre que “en las muertes de los estudiantes no tomaron parte el comunismo ni la subversión laureanista”.

Los culpables de pertenecer, colaborar, simpatizar con el comunismo podían ser condenados a prisión entre uno y cinco años o confinados en una colonia penal agrícola. El Servicio de Inteligencia Colombiano (SIC) fue el encargado de definir quién era “rojo”. Para Rojas, “guerrilleros intelectuales” eran Eduardo Santos y Alberto Lleras. De otro lado, la ley buscaba ganar el apoyo del gobierno de EE. UU. para la reelección del “segundo libertador”, como gustaba ser

llamado el jefe supremo. La política de guerra fría adoptada por Rojas Pinilla tuvo su más cruel y brutal desarrollo en la llamada Guerra de Villarrica, situada en la falda occidental del Páramo de Sumapaz, en el oriente del Tolima.

A partir de los años 40 el movimiento agrario entró en una fase política y muchos de sus dirigentes fueron a elecciones con distinta suerte. Juan de la Cruz Varela fue elegido a la asamblea del Tolima entre 1945 y 1949. Gaitán ganó las elecciones de 1947 y al año siguiente fue asesinado. En Fusa y Pasca, los nueveabrileños se tomaron la alcaldía y apresaron a las autoridades, igual a lo sucedido en Ceilán, Valle, y en muchos municipios liberales del país. El levantamiento duró una semana.

En Villarrica, que era un pueblo liberal, hubo tres muertos conservadores el 10 de abril, pero rápidamente se retornó a la normalidad. En agosto, Laureano había dicho desde España: “Creo que la guerra civil es inevitable, quiera Dios que la ganemos nosotros”. La violencia conservadora comenzó en agosto en San Bernardo, donde miembros de la policía chulavita asesinaron a tres y dejaron 15 heridos.

En octubre, Juan de la Cruz sufrió un atentado en Arbeláez, pueblo eminentemente conservador, después de lo cual el dirigente se refugió en el alto Sumapaz. Justamente en ese año fue nombrado director de la colonia de Villamontalvo Eduardo Gerlein, un barranquillero que andaba siempre escoltado por chulavitas y que había llegado a conservatizar la región. Según Rocío Londoño, pocos días después asesinaron a 140 personas en la vereda San Pablo cuando los llevaban presos para la cárcel de Cunday.

Los homicidios, la quema de ranchos y la violación de niñas continuaron durante todo el año. Al final los campesinos habían organizado su resistencia bajo la modalidad de

autodefensas campesinas. Su primera operación consistió en atacar una patrulla del Ejército; allí resultaron muertos 19 soldados. El Gobierno bombardeó la vereda de Mercadillas, donde se desarrolló la acción.

Varela fue uno de los principales organizadores de la autodefensa. Los más importantes grupos se organizaron en las veredas El Roble y Galilea, en Villarrica, y El Palmar, en Icononzo. En esta vereda ingresó Varela al Partido Comunista en 1952. Una asamblea de autodefensas lo eligió comandante del grupo junto con otros campesinos: Luis Enrique Hernández, alias Solito; Salomón Cuéllar, alias Vencedor, y Rafael Castellano, Tarzán, originalmente de las autodefensas de Viotá; Víctor Jiménez, alias Roncerías, y Luis Mayusa, alias Gavilán, que había sido parte del comando de Chicalá, Tolima, bajo el mando de Isauro Yosa.

El ataque a El Palmar se produjo en diciembre de 1952 y dio lugar a otra marcha de unas 4.000 personas hacia Villarrica. Los enfrentamientos fueron constantes y sangrientos. De Villarrica la marcha continuó hacia el alto Sumapaz buscando refugio en el páramo, donde Varela reorganizó a la gente y formó las autodefensas de la región. Los insurgentes atacaron el puesto militar de La Concepción, la base militar más importante del Ejército en el alto Sumapaz.

Con Varela en el Partido Comunista, el grueso de las autodefensas siguió las directrices del comité central, uno de cuyos más ilustrados dirigentes, Gilberto Vieira, había orientado la lucha agraria en la región del Tequendama. Varela participó en la célebre Conferencia Boyacá en 1952; en julio de 1953 tomó contacto con el general Duarte Blum, a raíz de lo cual el Gobierno atendió las demandas de las autodefensas y convinieron una entrega de armas que, según los viejos guerrilleros, fue más bien un acto simbólico

porque la mayoría de armas buenas quedaron en manos de los guerrilleros. Uno de los puntos principales de la exigencia de los campesinos fue un plan de parcelación y de devolución de las tierras despojadas por los conservadores a sus legítimos propietarios. En la entrega de armas apareció Avenegra, que llegó de la región de Natagaima, donde lo habíamos dejado en el capítulo anterior.

El Gobierno creó la Oficina de Rehabilitación y Socorro y el Instituto de Colonización e Inmigración. El Partido Comunista, que conocía de sobra el anticomunismo del general, no compartió del todo la decisión y adicionó a las demandas agraristas la amnistía general y el levantamiento del Estado de Sitio, para lo cual creó el Frente Democrático. Seis meses después se hicieron regulares las quejas de los campesinos —que al regresar a sus tierras las encontraron ocupadas o vendidas— y los programas de rehabilitación nunca arrancaron.

El mismo general Duarte Blum, que había hecho los acuerdos y recibido las armas, declaró a la misión militar norteamericana que “esas promesas de ayuda económica no se han cumplido”. El tesorero del Partido Liberal dijo: “Se ofrecen pajaritos de oro y todo no queda más que en un pantalón de dril, una camisa y un salvoconducto”. En estas condiciones, numerosos grupos de campesinos que se habían desmovilizado se enmontaron de nuevo con sus familias.

El coronel Cuéllar Velandia, cinco días después de ser nombrado jefe civil y militar del Tolima, en marzo de 1955, denunció “la agitación comunista en Ortega y Villarrica” y dio comienzo a una “drástica limpieza... a fin de poner coto a la depredación”. Poco después, el oriente del Tolima fue declarado zona de operaciones militares: se decretó el toque de queda, se levantó un empadronamiento general y se construyó un campo de concentración en Cunday.

Hubo redadas generales a mediados de abril en las que fueron “trasladadas a centros de trabajo” unas 4.000 personas y 250 presos fueron remitidos al campo de concentración. Uno de ellos fue Isauro Yosa, Mayor Lister. Paralelamente, el Gobierno emitió un decreto que limitaba la libertad de prensa e impedía entregar información relacionada con actos ilegales o deshonorosos de las FF. AA., bajo pena de cárcel. La guerra comenzó de nuevo. A fines de abril de 1955 el Gobierno informó de manera sucinta sobre las operaciones militares, que “en primera fase se habían hecho para despejar el eje Cunday-Villarrica-Berlín”.

El Batallón Colombia se apostó cerca de Villarrica y los combates entre fuerzas reagrupadas del Sumapaz y el Ejército fueron aumentando en frecuencia y en composición de fuerzas. En mayo hubo un enfrentamiento que duró tres días, en el que aparece ya la figura de Luis Morantes, que el país conocerá como Jacobo Arenas, y quien había continuado la agitación emprendida por Erasmo Valencia.

Juan de la Cruz Varela le escribió al Gobierno denunciando que la represión del Ejército había obligado a 2.000 trabajadores a refugiarse en las montañas para salvar sus vidas. El Gobierno aducía que la región había sido infiltrada por el comunismo soviético y que si había problemas de tierra era porque los comunistas se habían apoderado de las tierras de humildes labriegos.

Navas Pardo, amigo íntimo de Rojas y jefe del Ejército, decía que en el país había 15.000 bandidos en operación, de los cuales 3.000 eran comunistas. Los militares hablaban de que en el Tolima se habían creado “superestados”. Al embajador norteamericano le comunicó que Lister, “un líder de la guerra civil española”, había muerto con otros de origen alemán, checo e inclusive ruso.

El embajador de EE. UU., en un informe al Departamento de Estado escribió que el análisis de la Brigada de Orden Público del Tolima ha llegado a la conclusión de que “todos los habitantes del área rural son bandidos en potencia”. Pero el análisis falla en presentar evidencia satisfactoria de infiltración e inspiración comunistas en la acción guerrillera. “La lucha en los alrededores de Villarrica —recordaba un guerrillero— duró entre seis y ocho meses defendiendo posiciones... decíamos que tenían que matarnos para poder sacarnos de ahí”.

Los guerrilleros, bajo el mando de comandantes que tenían experiencia de la resistencia tanto en Sumapaz como en el sur del Tolima, organizaron la que se llamó “La Cortina”, una línea defensiva de trincheras donde esperaban impedir el avance de las tropas oficiales.

“Hicimos la ‘cortina’ de defensa, desde la región de Cunday hasta el lado de Prado. Un cortina de gente, de combatientes, en donde nosotros no retrocederíamos, ni el Ejército podía avanzar... nosotros comíamos y dormíamos en la trinchera... defendiendo el terreno y las familias que estaban arriba, detrás de nosotros... libramos una guerra suicida... Nos atacaban día y noche, no nos dejaban descansar. Estábamos defendiendo posiciones y, con la plena seguridad de que no nos iban a sacar, hacíamos trinchera, hacíamos huecos en la tierra, desde donde disparábamos... uno comía estando en la trinchera. No había orden de salir; había una comisión de mujeres que preparaban la enfermería; recorrían la cortina durante los combates... A los niños mayores de 10 años se les escogió para que sirvieran de estafetas...”

”El peor momento que yo recuerdo fue el 8 de junio de 1955, cuando el Ejército se tomó Villarrica. Nosotros tomando posesión y diciendo de aquí no nos van a sacar...”

se ordenó a las familias salir y avanzar hacia la colonia. A las 7 de la mañana el Ejército rompió la cortina y se entró a la colonia. Ese día la gente lloraba; una gran cantidad de compañeros, hombres, mujeres y niños, lloraban de ver tanto Ejército, tantos aviones. Trajeron 12 aviones que bombardeaban, ametrallaban... Donde caía una bomba iba prendiendo todo, monte, casas, todo; la gente se arrodillaba a pedirle a Dios. Parecía el juicio final... los aviones acabaron con la iglesia y la Colonia. No dejaron casa que no desbarataran. En esa evacuación ya íbamos como 3.000 personas... acordamos tomarnos el camino del Himalaya, o sea la vía a Galilea. Los compañeros que iban adelante alcanzaron a salvar una cantidad de ganados y bestias... se cargaron chécheres, inclusive colchones, camas, gallinas”.

La embajada norteamericana informó a su gobierno que entre el 7 y el 10 de junio Villarrica había sido destruida por el bombardeo aéreo y por el incendio causado por las bombas napalm. La Fuerza Aérea “nos informó privadamente que la FAC arrojó aproximadamente 50 bombas napalm fabricadas aquí (en Colombia)”, lo que permitió la captura de la Colonia, que había sido zona de colonización desde los años 40 y que el Ejército consideraba la sede del movimiento comunista. Felipe Salazar Santos, jefe liberal del Tolima, escribiría más tarde: “Fue una ocupación militar y política de ‘tierra arrasada’... contra todo lo sospechoso de comunista”. Según Navas Pardo, la ofensiva “rompió la organización comunista en el oriente del Tolima”.

Desde el golpe militar, Rojas entró en conversaciones con el gobierno de EE. UU. para comprar armas por un valor de 150 millones de dólares, suma que era superior al total de asistencia militar a América Latina. Se dijo que el Gobierno gastó la cosecha cafetera de 1954, que alcanzó

los más altos precios de la década, en armas y pertrechos. En mayo de 1955 había comprado 3.000 bombas napalm, que, como se sabe, son gasolina espesada que al estallar se derrama a una temperatura de 700 grados centígrados. No obstante, el embajador norteamericano cuestionó el negocio de las armas, consideradas por él mismo como “de terror” porque supondría un uso que podría ser desaprobado por todo el continente.

Sin embargo, ante la insistencia de los militares colombianos que habían determinado que la guerra contra las guerrillas se debía terminar el 8 de junio para conmemorar el golpe de Estado, aceptó que “la misión aérea en Bogotá auxiliara técnicamente a la FAC en la preparación de bombas”. Así concluyen Silvia Galvis y Alberto Donadío en su biografía sobre Rojas Pinilla: “El bombardeo fue de manufactura múltiple: asesoría norteamericana, materia prima europea y mano de obra colombiana”.

La violenta y desproporcionada ofensiva de las FF. MM. sobre Villarrica obligó a los guerrilleros no solo a romper la cortina, sino a cambiar radicalmente de estrategia y a convertir su fuerza en lo que se llamó guerrilla rodada o móvil. Estas guerrillas hostigaron al Ejército con el objetivo de permitir que la población civil fuera evacuada hacia el alto Sumapaz, donde el movimiento de autodefensa organizado por Varela había sido y seguía siendo muy fuerte. El Ejército temía el enfrentamiento y en cierta medida lo evitó a pesar de bombardeos y ametrallamientos esporádicos. Otro contingente civil compuesto emigró hacia la Hoya de Palacio en las cabeceras del río Duda, que bota sus aguas al Guayabero. Fueron marchas verdaderamente heroicas. Cientos de familias sin comida, con niños, animales domésticos, bártulos.

Perseguidas por tierra y aire por las FF. MM., lograron en seis meses escapar de la ofensiva e instalarse en las regiones altas del macizo de Sumapaz. Otras fueron evacuadas y fundaron colonizaciones en las vertientes del río Guayabero, del Ariari y de El Pato. Toda la vertiente del Orinoco. Algunas regresaron a Villarrica.

Rocío Londoño afirma que los comandantes guerrilleros formaron cinco contingentes, uno al mando de Richard que, como se recordará, había llegado desde El Davis; el segundo al mando de Diamante; el tercero al mando de Palonegro; el cuarto con Avenegra, también del sur del Tolima, y el quinto con Tarzán, venido del Tequendama, y de Luis Mayusa, Gavilán. En diciembre se reunió una conferencia de comandantes a la que asistieron, entre otros, Varela, Vencedor, y Anzola, dirigentes guerrilleros, con el fin de organizar la resistencia armada y la colonización de las regiones de La Uribe y El Duda.

También se habló de crear un ejército de liberación nacional. Entre 1955 y 1957 las dos estrategias complementarias de sostener una guerra de guerrillas rodadas desde el Guayabero y el Caguán hasta el Magdalena, y al mismo tiempo colonizar la vertiente oriental del Sumapaz desde el Ariari, en Meta, hasta El Pato, en Caquetá-Huila, se pusieron en práctica. Fue lo que se ha llamado la colonización armada. Mientras esto sucedía y Rojas fundaba la Tercera Fuerza, Alberto Lleras Camargo y Laureano Gómez firmaban el Pacto de Benidorm en España, base del Frente Nacional.

En el oriente del Tolima, Juan de la Cruz Varela entró en conversaciones con Rafael Parga Cortés —que conversaba también con Mariachi en Planadas, en el sur del departamento—, exigiendo garantías del Gobierno para volver a sus fincas y regresar a sus dueños legítimos las tierra usurpadas,

abrir líneas de crédito barato, dotar de herramientas e insumos a los agricultores, abrir las cárceles, adjudicar baldíos sin costo, levantar el estado de sitio y desmontar las “guerrillas de paz” y las bandas de pájaros y chulavitas.

El gobierno de Alberto Lleras instituyó el Plan Nacional de Rehabilitación Nacional. Manuel Marulanda Vélez se acogió y, sin entregar armas, fue nombrado inspector de la carretera entre Planadas, Gaitania, San Luis y Aleluya. Los combatientes y sus familias que se refugiaron en las regiones de Marquetalia y Riochiquito y los que lo hicieron en el Ariari, el Guayabero y El Pato, adelantarían el desmonte de selvas y la fundación de fincas. Serían las que los militares y Álvaro Gómez llamarían repúblicas independientes.

Asalto a Marquetalia

La luna de miel entre Rojas Pinilla y los partidos tradicionales se comenzó a romper a principios de 1956. El precio del café se desplomó. De un promedio de 80 centavos de dólar la libra en el año 54, bajó en 1957 a 65 centavos libra. La economía, que hasta entonces se había mostrado solvente, se resintió y la banca y la industria acusaron creciente malestar. De otro lado, liberales y conservadores no tenían duda de que la intención del Jefe Supremo era hacerse reelegir por la ANAC entre el 58 y el 62, apoyado en la Tercera Fuerza, el nuevo partido. Para rematar, el enriquecimiento de la familia Rojas era comidilla de toda reunión. Belisario Betancur, Guillermo León Valencia y Alberto Lleras Camargo impulsaron una alianza conspirativa. La sede de la Andi se convirtió en el cuartel general donde se organizó la caída del régimen. La Iglesia y un sector de militares se unieron al movimiento y el 10 de mayo de 1957 Rojas y su familia salieron rumbo al exterior.

Por aquellos días las columnas de marcha que habían huido organizadamente de Villarrica con cerca de 10.000 personas se fundaron en las regiones de El Pato, Guayabero y el Ariari, y crearon, según el general Valencia Tovar, las repúblicas independientes. Charro Negro, Manuel Marulanda y Ciro Trujillo dominaron, con unos pocos hombres armados,

los caminos entre Riochiquito y Gaitania y dirigieron la colonización campesina armada de estas últimas zonas desde los campamentos guerrilleros de La Símbula en Cauca y El Támara en Tolima. Según Jaime Guaracas –uno de los comandantes–, los guerrilleros tumbaron selva, sembraron maíz y fundaron el pueblo de Riochiquito.

No eran estas zonas las únicas que habían vuelto a la pelea. En Sumapaz, el norte del Valle, el oriente de Huila, el occidente de Cundinamarca, Quindío, el noroeste de Antioquia, el Magdalena Medio, guerrillas y cuadrillas de bandoleros retomaron las armas. A diferencia del gobierno de Rojas, que consideraba la violencia –a decir de Gonzalo Sánchez, gran estudioso del fenómeno– una gigantesca ola de criminalidad, para el Frente Nacional en sus primeros días se trataba de una verdadera guerra civil no declarada. Sobre esta premisa Alberto Lleras creó, un mes después de posesionarse como presidente, la Comisión Especial de Rehabilitación y, poco después, la Comisión Nacional Investigadora de las Causas de la Violencia, que iniciaron acercamientos con los grupos armados buscando negociar su desmovilización a cambio de programas sociales: tierras, créditos, vías, asistencia técnica, salud, educación. Las mismas promesas de siempre. El daño de la violencia en vidas había sido enorme: 240.000 homicidios.

El Gobierno puso el énfasis del plan de rehabilitación en el departamento del Tolima, donde era gobernador Darío Echandía, que ofrecía volver “a pescar de noche”, y donde la violencia había sido particularmente brutal: 35.000 casas campesinas habían sido incendiadas. A pesar de los diagnósticos que mostraban la íntima relación de la tierra con la guerra, las inversiones se dirigieron principalmente hacia la construcción de obras públicas.

En 1959 se emplearon 6.700 hombres en 110 frentes de trabajo, en uno de los cuales Manuel Marulanda fue inspector jefe de carretera. Muchos de sus compañeros, sin desarmarse puesto que el programa no lo exigía, trabajaron bajo sus órdenes en la construcción de la carretera Aleluyas-El Carmen. El general Belarmino Pinilla, quien fue después comandante de la flotilla de helicópteros que ocupó Marquetalia, recuerda que “Tirofijo trabajaba de noche como taxista en Neiva para redondear el sueldo”.

Los guerrilleros volvieron a trabajar el campo. Charro Negro recibió un préstamo y se dedicó a negociar bestias y a dar funciones de cine en los pueblos con una máquina que el programa le facilitó. Isauro Yosa compró una mejora e hizo un hato lechero. Joselo se fundó en Planadas. Isaías Pardo abrió una finca. “Usted no se imagina lo que era ese hombre derribando monte”, recuerda Jaime Guaracas, su compañero, que colonizó tierra en Gaitania. Marulanda compró una casa en Gaitania; mientras tanto, Ciro Trujillo se empeñaba en construir el pueblo de Riochiquito. Las guerrillas de autodefensa se transformaron en un movimiento agrarista. Charro Negro fue nombrado presidente de la Unión Sindical de Agricultores de Tolima y Huila, y Ciro Trujillo ocupó idéntico cargo en la Unión de Agricultores de Riochiquito y Tierradentro.

Cabe recordar que el 1° de enero de ese año Fidel Castro entró victorioso a La Habana y poco después el Che Guevara en Punta del Este acusó a Estados Unidos de importar a América Latina la Guerra Fría. En Colombia, el presidente Lleras Camargo había aprobado el Plan Lazo, a la sombra de la Alianza para el Progreso, siendo comandante del Ejército el general Ruiz Novoa, que había dirigido el Batallón Colombia en Corea. Se trataba de una estrategia que daba gran impor-

tancia a los efectos psicológicos de la acción cívico-militar inspirada en la doctrina de Seguridad Nacional. El triunfo de la Revolución cubana impulsó –como reacción a ella y a su influencia regional– la aplicación de esta teoría como una estrategia de contención del comunismo. Al ser nombrado Ruiz Novoa ministro de Guerra por el presidente Valencia (1962-1966), convirtió el Plan Lazo en fundamento de la guerra contrainsurgente.

El programa de rehabilitación integró también a ex-combatientes del liberalismo como los generales Mariachi y Arboleda, que se habían separado de los comunes y sostenían con ellos una guerra abierta. Mariachi acusó al movimiento agrario de Marquetalia del robo de 200 reses; Isaías Pardo respondió: “Las tomamos porque el Gobierno no nos ha cumplido las promesas”. Mariachi invitó a Charro Negro a una reunión en Gaitania para arreglar el problema. Charro asistió. Se trataba de una emboscada de la cual no salió vivo.

Marulanda viajó a Neiva y a Ibagué a denunciar el asesinato. La respuesta del Ejército fue clara: “Ya vamos para allá a imponer orden”. Marulanda entendió el mensaje y de regreso a Gaitania reorganizó a sus hombres, que dejaron abandonadas las herramientas de trabajo y volvieron a los fusiles. Era el 11 de enero de 1960.

El movimiento agrario de Marquetalia se transformó en Autodefensa Regular, que, según testimonio de Guaracas, fue creada “con la misión de estar patrullando, previendo cualquier peligro para poder trabajar más tranquilos”. No obstante, Marulanda montó emboscadas contra el Ejército en las carreteras El Carmen y el Alto, donde les quitó varios fusiles a las tropas del Gobierno. La reacción de la Sexta Brigada fue, según el propio Mariachi, armar un grupo de exguerrilleros liberales o limpios.

A mediados de 1961 el Partido Comunista citó a una conferencia de autodefensas en El Támara –que desde entonces se llamó Marquetalia– a la que acudieron delegados de El Pato, Natagaima y Guayabero y donde los representantes del comité central hicieron a Marulanda una fuerte crítica por las acciones contra la fuerza pública. Marulanda argumentó que él no se iba a dejar liquidar ni por el Gobierno ni por los limpios.

Poco tiempo después, el Ejército ocupó El Hueco, uno de los campamentos de las autodefensas, de donde la fuerza pública pudo pasar a San Miguel y La Suiza, ya en el corazón de Marquetalia. El control sobre el movimiento de los pobladores, la información sobre sus parcelas y la limitación de su abastecimiento se hicieron críticos. La estrategia de control sobre un área determinada buscó impedir, según el general Álvaro Valencia Tovar, que las guerrillas de Marquetalia se regaran por toda la región, que era precisamente el objetivo que Marulanda planteó en esa conferencia y que está implícito en la expresión “guerrilla rodada”.

A principios del año 62, el Ejército entró a Natagaima en son de guerra por considerar que el Partido Comunista ejercía de hecho la autoridad sobre la zona, que por lo demás había sido sede del Consejo Supremo de Indias, fundado por Quintín Lame en 1920, de donde había salido años atrás una de las marchas hacia El Davis. La gente huyó a las márgenes del río Anchique.

Las tropas oficiales mataron, según se denunció, más de 15 personas, entre ellas a Avenegra, que había regresado de Villarrica. En honor a esos muertos se organizó un grupo de autodefensa que se llamó 26 de Septiembre, fecha de la masacre. Un mes después, Álvaro Gómez pronunció su famoso discurso sobre las repúblicas independientes. Lleras

Camargo hizo caso omiso del ataque de Gómez, pero el alto mando del Ejército tomó nota y comenzó a elaborar la gigantesca operación militar que denominó Operación Soberanía.

Más allá de los aspectos puramente tácticos, lo esencial de la nueva estrategia fue la política de acercamiento a la población civil. El Plan Lazo elaboró estrategias diferentes para las regiones de Marquetalia y Riochiquito. Mientras para Marquetalia planeó una operación militar de tierra arrasada, para Riochiquito ensayó al comienzo operativos cívico-militares. Gilberto Vieira denunció en la Cámara los planes militares y responsabilizó al Gobierno de los efectos que ello pudiera traer al país.

Durante todo el año 1963, Marulanda amplió la influencia de las autodefensas regulares a una gran área comprendida por Balsillas, Aipe, Palermo, Órganos, Chapinero, San Luis, La Julia, Aipecito, en Huila; El Carmen, Natagaima, El Patá, Monte Frío, Praga, Casadecinc, Santa Rita, Sur de Atá y Gaitania, en Tolima. Esta amplia región fue la que en realidad constituyó la denominada “república independiente de Marquetalia”, donde, previendo los operativos del Ejército, las guerrillas se dedicaron a cultivar maíz y arroz, a construir depósitos para almacenar alimentos y pertrechos, a organizar a la población civil bajo unas normas de convivencia y a adiestrar unidades y mandos militares. Dice Guaracas: “Ese año se orientó construir caletas en la profundidad de la selva y almacenar allá la provisión que más se pudiera, según las posibilidades de cada familia. Pensábamos que si una familia tenía que esconderse tuviera por lo menos para seis meses de sobrevivencia... Estábamos creando zonas de reserva”.

A fines del año las autodefensas, después de celebrar la Nochebuena y el Año Nuevo, se atrincheraron en puntos

estratégicos para esperar la ofensiva de las Fuerzas Militares. Valencia Tovar dice que en marzo de 1964 hubo siete ataques de la guerrilla al Ejército que le causaron nueve bajas. Ese mismo mes, un avión desconocido hasta entonces para las guerrillas, el T-33, hizo los primeros vuelos rasantes sobre el cañón del Atá. Por esos días Arturo Alape fue enviado por el Partido Comunista a Guayabero, y Jacobo Arenas y Hernando González a Marquetalia.

El 16 de abril “nos confundimos en un abrazo fraterno con Manuel Marulanda y un grupo de muchachos que ya esperaban el avance de la tropa”, escribió Jacobo en su *Diario de la Resistencia de Marquetalia*. Una de las primeras medidas tomadas por los guerrilleros fue citar a una conferencia para informar sobre la Operación Marquetalia, que se veía venir, y nombrar un secretariado de resistencia compuesto por Marulanda, Isauro Yosa y los recién llegados. Escribieron una carta abierta al presidente Guillermo León Valencia donde puntualizaron: “Nuestro ‘delito’, que la locura de vuestra excelencia estimula, reside en nuestra firme oposición al sistema bipartidista del Frente Nacional”.

La conferencia adoptó una estrategia fundamental: “La movilidad absoluta y total de las guerrillas y la no aceptación de una guerra de posiciones”. La preocupación central consistió, en ese momento, en la evacuación de la población civil del teatro de guerra. Fue una tarea ardua y triste. Guaracas recuerda que “los hombres acompañaban a sus mujeres y a sus hijos hasta el lomo de la cordillera, donde los despedían y regresaban a los comandos”. Las familias cargaban lo poco que podían llevar a cuestas —una muda, un par de gallinas, algún marrano— hacia lugares previamente determinados por el secretariado o estado mayor del movimiento llamado Bloque Sur.

Operación Soberanía

El 18 de mayo a las 9 de la mañana Caracol informó que la Operación Soberanía contra la república independiente de Marquetalia había comenzado. Marulanda dijo, según Guaracas: “Ahora sí se nos vienen para acá”. El Gobierno emprendió la operación con el experimentado Batallón Colombia al mando de José Joaquín Matallana y efectivos de los batallones Tenerife, Roocke, Boyacá, Galán, comandados por el brigadier Currea Cubides.

Oficialmente, el general Valencia Tovar sostuvo: “Los efectivos sumados apenas pasaban de 1.200 hombres”; la guerrilla calculó que la fuerza osciló entre 10.000 y 16.000 soldados, apoyados por aviones T-33 y por siete helicópteros. Según Guaracas, las guerrillas estaban compuestas por 30 hombres armados. “El arma más ventajosa era una carabina San Cristóbal; las demás, ocho fusiles M1, y el resto, fusiles de perilla”. Gregorio Fandiño, sargento que participó en los combates, da una cifra exacta: 3.375 militares.

Según *El Espectador*, el Ejército la consideró “una operación civilizadora”. El 21 de mayo publicó en primera plana un reportaje de Jack Brannan. “El ejército (de EE.UU.) reveló hoy (en Washington) que ha contribuido a la eliminación de los bandidos que aterrorizaron la campiña de Colombia durante los últimos 16 años. Un vocero militar añadió que el Ejército suministró asesores de operaciones bélicas especiales y helicópteros al Ejército colombiano. Desde 1958 los merodeadores perdieron todos sus objetivos políticos y se dedicaron meramente al robo y al asesinato... y se calcula que en 10 años mataron 23.000 personas”.

El primer gran encuentro tuvo lugar en La Suiza, sobre el río Atá, el 20 de mayo. Fue un combate intermitente

que permitió a la guerrilla de Isaías Pardo montar una emboscada donde cayeron los primeros soldados. “La radio —escribió Jacobo— informó de un oficial muerto y varios soldados heridos”. Guaracas, que participó en el combate, no habló de bajas, pero sí de “trilla al Ejército”. El 7 de junio, *El Espectador* tituló: “Ola de terrorismo anoche en el país: 28 bombas en Bogotá, 5 en Medellín, 1 en Manizales y 3 en Palmira”.

El 14 de junio, la FAC bombardeó con proyectiles de alto poder el altiplano de Marquetalia, que era la sede del comando de Marulanda. El bombardeo fue acompañado por ametrallamientos aéreos que facilitaron el desembarco de 400 unidades aerotransportadas. El hoy general Belarmino Pinilla, quien comandaba como capitán la flotilla de helicópteros, recuerda así la acción: “Habíamos construido una base para helicópteros en la cordillera, donde congregamos la tropa de asalto, unos 400 hombres. Para esa operación utilizamos cuatro helicópteros: dos Iraquois y dos Kaman de giro entremezclado. Acordamos hacer un circuito elíptico que recorríamos a prudente distancia. Las máquinas cargaban y descargaban alternativamente la tropa en un potrero donde estaba el comando central de Tirofijo. Yo fui el primero en entrar a Marquetalia en el helicóptero con Matallana. Hice un vuelo estacionario a 10 metros de la choza sabiendo que los guerrilleros estaban ahí, pero al oírnos salieron disparados de la sorpresa tan berraca. Yo le había dicho a Matallana: ahí no se puede aterrizar, entonces hago un vuelo estacionario y ustedes saltan y que Dios los proteja”.

El recuerdo de Guaracas coincide en este punto: “Abandonamos el campo y quemamos la casa de Marulanda porque no se iba a permitir que el enemigo se sirviera de sus cosas”. Un par de francotiradores dificultaron el avance de

la tropa. Matallana declaró que la lentitud en coronar el objetivo se debía al minado del área. Jacobo dio cuenta de que el 15 de junio dos cazas “lanzaron bombas sobre el caleterío donde se concentraba la mayoría de las familias en la selva. Quince niños resultaron muertos”. Guaracas confirmó el episodio. El general Pinilla lo niega: “Nunca bombardeamos blancos civiles, pero —confiesa— sí utilizamos napalm”. Marulanda había instruido a su gente: “Cuando los aviones ametrallan o bombardean, lo están haciendo a tientas, no están apuntando sobre cada uno de nosotros porque no nos ven. No hay que asustarse ni perder el control ni la moral porque quien pierde el control queda bajo la acción del pánico, y en ese momento no se sabe para dónde coger”. Se advirtió también un brote de lo que los guerrilleros llamaron “viruela negra”, cuyos síntomas eran una fiebre altísima y la aparición de llagas.

Las guerrillas no pudieron contener la fuerza del Ejército y se movieron hacia lo que se conocía como el alto de Trilleras, que Marulanda había señalado como el sitio de reunión. Según Guaracas, 25 hombres pasaron la noche esperando el combate, divertidos por los chistes de Marulanda. Fue la última noche que “íbamos a dormir cerca de nuestras casas”. A las 4 de la mañana se comenzó a preparar la emboscada. El Ejército entró en el área después de un intenso bombardeo y cuando todo les parecía dominado, la guerrilla atacó y, según Jacobo, causó siete muertos y 20 heridos al Ejército. Guaracas comentó sobre el combate: “Fue una pelea larga, muy buena”. Cerca de allí el Ejército intentó otro desembarco para izar la bandera nacional, pero “la guerrilla lo impidió hasta última hora”.

El 18 de junio, por fin, el Ejército logró asegurar el área. Los altos mandos, dice Jacobo con sorna, “hicieron

entrega al Gobierno, con la presencia de varios ministros, de Marquetalia libre de bandoleros”. Cuatro días más tarde, cuando el Gobierno celebraba el triunfo, fue activada una bomba de alto poder que permitió a los guerrilleros recoger una ametralladora calibre 50 y varios fusiles. El 22 de junio el Ejército ocupó totalmente la región con lo que —escribió Jacobo— “la guerra pasaba de la resistencia a la guerra guerrillera auténtica”.

La guerrilla se hizo invisible y el Ejército perdió todo contacto con ella. Los bombardeos continuaron intermitentes sobre posiciones que la guerrilla había abandonado. En medio de ellos, el secretariado de resistencia citó el 20 de julio a una asamblea que aprobó el Programa Agrario cuyo primer punto convocaba a la lucha por una “reforma agraria auténtica: que cambie de raíz la estructura social del campo, entregando en forma gratuita la tierra a los campesinos que la trabajen o quieran trabajarla, sobre la base de la confiscación de la propiedad latifundista”.

El segundo punto decía que los colonos, ocupantes arrendatarios, aparceros agregados recibirían títulos de propiedad sobre los terrenos que explotaran y se crearía la unidad económica en el campo, y llamó a la creación de un Frente Único del Pueblo. Guaracas opinó que la declaración fue la respuesta a la ocupación de todo ese territorio de colonización de Marquetalia, “donde los campesinos habían descargado sus hachas para fundar y construir un rancho”.

La revista *Life* informó pormenorizadamente los resultados de la Operación Marquetalia: los bandoleros no solo no habían sido derrotados sino que habían logrado consolidarse como fuerza guerrillera. Concluía que la ocupación militar había costado 300 millones de pesos, a lo que Ruiz Novoa

respondió con un “no tanto”. Según los cálculos de Jacobo, se habían incendiado 100 ranchos, ocupado los terrenos abiertos, devorado 100.000 gallinas, robado 10.000 reses, encarcelado 2.000 campesinos y asesinado 200.

La guerrilla se esfumó, se volvió un fantasma para el Ejército.

5

La ruta de la cancharina

El Ejército se tomó Marquetalia el 18 de mayo de 1964. Más allá de las fotografías en primera plana de los diarios y de las condecoraciones por servicios distinguidos, los militares no supieron ni cuándo ni cómo se les había escapado la guerrilla. El entonces coronel Matallana, que había comandado el asalto, declaró que por las noches se oían estallidos de bombas que a la luz del día resultaban minas que, según su versión, habían podido ser activadas por los animales de la selva. El oficial estaba perdido. Lo que había era un laberinto de trochas que no llevaban a ninguna parte, como lo confesó siendo general, salvo una que conducía a otra por donde se replegaron Marulanda y sus hombres. “Era una trocha ancha, estructurado su piso... oculta a la observación aérea... una obra con una magnitud verdaderamente estratégica. Además, con gran acierto, ellos concibieron la trocha de tal manera que no salía propiamente del puro Marquetalia, sino de bien adentro de la selva”. Y llevaba a Riochiquito, una región que Charro Negro, Ciro Trujillo y Marulanda venían preparando como retaguardia desde el comienzo mismo desde los días de El Davis. Ciro Trujillo, Mayor Ciro, fue uno de los primeros guerrilleros liberales que incursionaron en la región. Había organizado en el año 50 el comando de El Pajuil, desde donde marchó

con su gente hacia El Davis. Cuando el Ejército entró, en el año 52, Trujillo se refugió en Villarrica y regresó al sur del Tolima en los días que Charro Negro y Marulanda fundaban Marquetalia.

Riochiquito es una zona de Tierradentro, Cauca, territorio de los indígenas paeces o nasas. Un pliegue de la falda del nevado del Huila, donde llegaron también Charro Negro e Isaías Pardo, ambos de sangre pijao, a organizar un comando en Símbula, en las goteras de Riochiquito. Cabe recordar que esa región fue un campo de sangrientos enfrentamientos entre los paeces y los pijaos antes de la conquista española. Por esa razón, sin duda, los guerrilleros al principio no fueron bien recibidos por los indígenas. Con ayuda de colonos blancos y de un indígena que llegaría a ser comandante, Laurentino Perdomo, los forasteros hicieron mejoras en medio de la selva, sembraron maíz y caña, y aprendieron a cocinar la cancharina, una arepa de maíz y panela. Poco a poco fueron llegando otros campesinos que huían de la violencia en Tolima cuando Rojas Pinilla ilegalizó el Partido Comunista. Debieron ser muchos, porque pronto apareció una tienda, después un billar, una escuela, y así las bases de un poblado. Monseñor Enrique Vallejo, prefecto apostólico de Tierradentro, informado de la punta de colonización que se establecía, y sabiendo su origen y su propósito, presionó al Gobierno para que la sacara; un tal Miguel Valencia, alias Renco, fue utilizado para hostigarla. Rechazado por las guerrillas, entró el Ejército, se apoderó del pueblo que estaban trazando los guerrilleros y lo incendió. Se bloqueó la región. No entraban mercancías ni salían productos. Desde Marquetalia llegó la Comisión de los Treinta, compuesta por guerrilleros que no habían entregado las armas a Rojas Pinilla, comandada por Marulanda y Charro. El historiador

inglés Malcolm Menzies afirma que Tirofijo aprendió a leer en esa Comisión. Fue otro intento de autodefensa, ya que los guerrilleros concentraron su fuerza en sembrar comida para burlar el bloqueo, pero también organizaron a los pobladores como sindicato agrícola.

Como parte de la política de pacificación de Lleras Camargo (1959), llegó a Riochiquito una comisión encabezada por el padre Reinaldo Ayerbe Chaux, según documento publicado por José Jairo González en su libro *El estigma de las repúblicas independientes*. El cura quedó admirado con los “lindísimos sembrados de maíz y fríjol” y, sobre todo, con los colonos organizados “por hombres de fila del Tolima”. “En todo este personal no encontré ni crueldad, ni sevicia, ni maldad. Hay un fondo maravilloso de rectitud, de sinceridad y de bondad que deseo pregonar”. Y remata el hermano del general Ayerbe Chaux, perteneciente a una de las familias más aristocráticas de Cauca: “Hay propiedad privada y completa independencia en la administración de dicha propiedad. El trabajo comunitario, como me explican los jefes, fue necesario para poder sustentarse en el tiempo de la guerrilla. Actualmente cada cual tiene su parcela y trabaja para sí... Esa gente tiene labranzas que abrir y prefiere el trabajo campesino a vivir asalariada y pendiente de un patrón”. El jefe de los “hombres de fila” era Ciro Trujillo, alias Mayor Ciro. El VIII Congreso del Partido Comunista —diciembre de 1958— había recomendado: “La lucha por el poder se debe concebir como actividad de las masas en diferentes frentes; no únicamente como acción guerrillera. Dejen quietas las armas. Incluso en descanso pueden continuar siendo elementos de disuasión frente a la reacción y a la injusticia”. Charro Negro asistió a las sesiones del Congreso. Un año antes había sido lanzado al espacio, por la entonces URSS, el

primer satélite, el Sputnik. Ciro fundó la Unión Sindical de Trabajadores de Tierradentro y Riochiquito, organización que carnetizó a sus miembros —lo que en realidad equivalía a emitir registros civiles—, distribuyó parcelas a los excombatientes, construyó escuelas y abrió caminos. Marulanda y Ciro acordaron una relativa y estratégica independencia de los dos movimientos de autodefensa con mandos separados y normas de convivencia propias. Fue un período de paz incómoda, porque ni monseñor Vallejo ni la Fuerza Pública dejaron de vigilar los desarrollos de esta singular —hasta entonces— colonización, que a pesar de todo nunca pudo integrar bien indígenas y campesinos. Los directorios liberal y conservador de Belalcázar, centro político y religioso de la región, le escribieron al gobernador de Cauca diciéndole que “la benévola tolerancia con que han sido tratados los antisociales de Riochiquito ha determinado la absoluta falta de protección de los vecinos de Tierradentro y como consecuencia de ello el que se haya garantizado la impunidad a la cuadrilla de Ciro Castaño”. Informes de inteligencia dieron cuenta de que se trataba de una “organización comunista cuyo número de hombres se considera en 1.000 con una organización y disciplina casi perfectas, de los cuales 500 se hallan en actividad y 500 en receso. Están armados con ametralladoras y fusiles, tienen uniformes y un equipo de transmisiones cuyo sistema se desconoce”.

La paz de Lleras fue rota en dos puntos: en Gaitania, con el asesinato de Charro Negro a manos de Mariachi, y en un violento enfrentamiento que tuvieron las autodefensas campesinas, al mando de alias Teniente Antonio, en el páramo de Moras. Marulanda y Ciro se prepararon para la ofensiva del Gobierno contra las que comenzaron a llamarse repúblicas independientes. Ciro expulsó de la región a quienes fueran

desafectos a la recién fundada Unión Sindical de Trabajadores de Tierradentro y Riochiquito.

El entonces capitán Valencia Tovar, pariente del poeta Guillermo Valencia —el gran enemigo de Quintín Lame— y del presidente Guillermo León Valencia —que preparaba la invasión a las repúblicas independientes—, tomó contacto con Mayor Ciro en abril de 1964, cuando estaba a punto de iniciarse la Operación Marquetalia. Su objetivo fue: “Neutralizar Riochiquito mediante una aproximación de acciones psicológicas y cívico-militares, y buscar un entendimiento sobre la base de desmovilización y desarme”. Encontró a Riochiquito “bastante cultivado en combinación con extensiones selváticas, y partido por quebraduras profundas”. Llegó en un helicóptero; Ciro no salió al encuentro previamente convenido, pero el capitán conversó con un dirigente del sindicato a quien felicitó “por haber organizado la comunidad agraria que todos estábamos dispuestos a apoyar” y recibió “quejas amargas contra las autoridades y gentes armadas del Cauca”. Unos días después regresó el alto oficial. El Mayor apareció en un caballo blanco y revólveres a la cintura. “Era bajo, fornido, tez oscura y torso ancho”. Se quejó de que “el Gobierno no se asomara sino a echar bala y a matar campesinos”. Valencia le propuso trabajar en compañía haciendo escuelas y puentes con la dirección del Ejército y mano de obra local. El alto oficial regresó a proponerle al Gobierno que “Riochiquito quería vivir en paz, pero Tirofijo lo forzaba a secundar sus embestidas feroces. Si se le daban 20 carabinas Cristóbal de repetición y 300.000 pesos, él se comprometía a matarlo y así asegurar la paz de todos”. En efecto, la escuela se construyó mientras Mayor Ciro decía: “Nos están dando el dinero para que les construyamos no una escuela, sino el local para alojar

al Estado Mayor de Tierradentro... pero se van a quedar con un palmo de narices porque cuando venga la agresión, lo primero que va a arder es ese local". Guaracas dice que "Ciro fue tan fiel, que todo lo que conversaba con Valencia lo consultaba con el movimiento". En la última visita de Valencia Tovar, según su relato, Mayor Ciro le reclamó los fusiles y el dinero. "Es una decisión del Gobierno y no del Ejército", respondió el oficial, que presumía que una vez entregadas las armas, Ciro podía secuestrarlo para impedir la ofensiva militar. No obstante —escribió Valencia—, las obras prometidas no se suspendieron y se nombró coordinador al coronel Petronio Castilla, mientras el Plan Meteoro contra Marquetalia tenía lugar. Marulanda y su gente saldrían de la región por la antigua trocha abierta por los indígenas paeces. Así lo cuenta Miguel Pascuas, que luego sería fundador del Sexto Frente de las operaciones militares y que vive hoy en Cuba: "Después de muchos combates salimos hacia el comando de Ciro Trujillo en Riochiquito. Eso significaba ocho días por trocha para llegar hasta allá, pasando por el Símbula. Ya asentados por esos lados, veníamos intermitentemente a Marquetalia a pelear unos días y otra vez regresábamos a Riochiquito. Ahí generalmente, promediando, entre ida y vuelta y los ratos de pelea, nos gastábamos 20 días, pero cuando montábamos emboscadas y la tropa enemiga demoraba en pasar por el lugar preparado, el tiempo de espera se nos alargaba hasta por un mes, pero no nos regresábamos sin pelear, había que pelear". Esa trocha, verdadera ruta de la cancharina, fue la correa de transmisión entre estos movimientos campesinos armados y la cuna de todas las demás repúblicas independientes.

A mediados del año 65, el grupo de civiles armado por el Ejército y auspiciado por monseñor Perdomo, al mando

del nombrado Miguel Valencia, mató a siete personas en el Cocuyal, entre las que se encontraban un hijo y un sobrino de Mayor Ciro, quien le escribió a Valencia Tovar: "A mi hijo Abacup lo remataron de 17 machetazos después de herirlo con un tiro de fusil en la espalda. Cuando llegué ya era tarde, se había desangrado". La inteligencia militar identificó a todos los criminales, pero nunca los persiguió. No era el único grupo paramilitar socorrido por el obispo, quien, se dice, encabezaba comisiones armadas; sobre el Símbula actuaba Apolinar López con notoria persistencia. Con todo, Ciro conservó la calma e incluso acordó con el Ejército patrullar con su gente el camino de Cocuyal a Riochiquito. Sin embargo, el 10 de septiembre se produjo un combate y el 15, según Jacobo Arenas, "ocho aviones a reacción acometieron violentamente con nutrido bombardeo y ametrallamiento". El Ejército desembarcó tropa de siete helicópteros muy cerca del pueblo y Ciro dio la orden de incendiarlo. El 17 escribió Jacobo: "Sobre la región apenas se nota una leve neblina de humo azul". La población civil había sido evacuada unas semanas antes "con fardos y líchigos a cuestas: niños, perros, gatos, mulas, vacas y gallinas e incluso en el hombro de Anita Ortiz, una lora", y se concentró por los lados de Mazamorra. En esos días entraron a la zona de guerra los cineastas franceses Jean-Pierre Sargent y Bruno Muel, acompañados por Pepe Sánchez, y filmaron los bombardeos y combates de la guerrilla. Sería una pieza histórica de la época. Tratando de sacarlos del área cayó en una emboscada Hernando González, que había llegado a Marquetalia un año atrás.

Más tarde concluiría Jacobo, en su *Diario de la resistencia de Marquetalia*: "Todo indica que nuestra táctica fue burlada, que nuestro dominio del terreno, que conocemos como las manos, no corresponde a la táctica nueva del Ejército

(que) va ocupando los puntos débiles sin lucha... nos ha ganado ayer con la inteligencia antes que con la fuerza del número y de las armas". Con todo, Marulanda rompió el cerco y concentró a su gente —más de cien hombres— cerca de Inzá, Cauca, un pueblo de intensa actividad comercial, con Caja Agraria, cuartel de Policía y distante del teatro de guerra. El 26 de septiembre los guerrilleros montaron un retén en la carretera a Belalcázar. El primero en pasar fue un bus escalera que transportaba unos presos guardados por un piquete de Policía. El combate fue muy corto y murieron dos monjas que iban en el bus. La guerrilla se tomó Inzá, robó la Caja Agraria, atacó a la Policía y se adueñó del armamento. Jacobo y Marulanda, en el atrio de la iglesia, se echaron sendos discursos explicando las razones de su lucha. Recordaron que el indio Quintín Lame había hecho lo mismo en 1916. Pocas horas después, cuando aún los insurrectos no habían acabado de asaltar los almacenes, llegó a Inzá en un helicóptero el capitán Belarmino Pinilla. "Yo pedí apoyo de fuego, porque cuando aterricé la cola de la columna guerrillera estaba entrando al monte. Yo iba con el general Currea Cubides y él pidió los T-33; llegaron tres aviones, pero no bombardearon porque de Bogotá la Presidencia de la República no lo autorizó. Si lo hubiera hecho, habría muerto mucha población civil". El bombardeo no fue sobre el pueblo de Inzá; la película de los franceses muestra que sí lo hubo en la cordillera, tal como Guaracas lo dice: "Donde acampamos, aparecieron los aviones bombardeando". El general Pinilla afirma que en ese asalto estaba ni más ni menos que el Che Guevara, que iba bajando hacia Bolivia". Para Guaracas, la muerte de las religiosas fue un problema de repercusión nacional. "Como si le hubiéramos echado fuego a una caneca de

gasolina". La respuesta del Ejército fue inmediata: ocupar Riochiquito para destruir las guerrillas comandadas por Marulanda y Ciro Trujillo, cuidando de "obtener la cooperación necesaria de la población civil para evitar su éxodo". Las presiones de los políticos caucanos y la voz indignada del vicario de Tierradentro por la muerte de las monjas hicieron cumplir la invasión militar a Riochiquito, "un conglomerado apacible de agricultores dominado por la guerrilla", como escribiría más tarde el general Valencia Tovar. Guaracas pensaba algo parecido: "La oligarquía terrateniente del Cauca pedía una intervención militar contra la zona agraria de Riochiquito". "Se había cumplido por fin lo inevitable", remató Valencia Tovar.

El Secretariado de la Resistencia —Marulanda, Ciro, Yosa— convocó una conferencia para analizar las invasiones de Marquetalia, Riochiquito y las que esperaban sobre el Guayabero y El Pato. Los comandos más importantes estuvieron representados y se reunieron en un lugar de Cauca, donde definieron planes operativos de lo que dio en llamarse Bloque Sur, que adoptó el Programa Agrario como bandera política. La conclusión más importante fue sin duda la citación de una nueva conferencia que tendría lugar en el río Duda. En las "profundidades de ese cañón" Jacobo Arenas instaló, entre el 25 de abril y el 5 de mayo de 1966, la Segunda Conferencia del Bloque Sur que creó las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc), con un secretariado ejecutivo a la cabeza, un estado mayor, un reglamento y una estructura jerárquica.

De allí salió un plan militar nacional operativo, cuyo principio Marulanda resumió así: "Ahora volveremos a buscarlos en la orilla del río de donde un día nos sacaron, volveremos a buscarlos en la montaña de la cual un día

nos hicieron salir a la huyenda, volveremos a buscarlos en la región de la que un día nos hicieron correr”. Jacobo y Marulanda fueron enviados a El Pato y el Guayabero, desde donde desplegaron fuerzas por los ríos Guaviare y Caquetá, y sobre el pie de monte que ya habían abierto las columnas de marcha llegadas de Villarrica, y los colonos expulsados por las guerras de Marquetalia, Natagaima y Riochiquito. Poco a poco esa colonización fue derramándose a lo largo de las aguas que desembocan en el Orinoco y el Amazonas. En esta zona selvática —aún hoy selvática, en particular la hoya del río Papamene, donde murió Pedro Antonio Marín— se formó gran parte de los comandantes que abrirían frentes en el occidente de Cundinamarca, el norte de Tolima, el noreste antioqueño, el oriente de Huila, el sur de Cauca, el Magdalena Medio, los Llanos Orientales, Urabá y Perijá.

Las llamadas repúblicas independientes se habían salido de madre y habían formado un ejército. Si se quisiera saber hasta dónde están las Farc, bastaría saber si la gente come cancharina. Ciro Trujillo fue enviado al Quindío para operar sobre el Valle y sobre la zona cafetera, pero en 1966 fue estruendosamente derrotado porque, según Marulanda, “todo el mundo sabía dónde vivía la guerrilla, qué hacía la guerrilla, cuáles eran sus planes, cuáles sus contactos”. En la acción quedó muerto alias Arrayanales, un guerrillero tan fuerte como su nombre de guerra.

6

Entrevista con Jaime Guaraca en La Habana

Jaime Tarsicio Guaraca tiene hoy 82 años y vive en Cuba. Acompañó a Marulanda desde muy niño, fue uno de los guerrilleros más aguerridos en Marquetalia y el segundo al mando de las Farc una vez fundadas. Fue detenido y torturado en Palmira. En Cali, un consejo de guerra lo condenó a 35 años y estuvo preso en la isla de Gorgona. Al levantarse el estado de sitio fue liberado y regresó a las guerrillas. Hizo parte del secretariado durante las conversaciones de Casa Verde entre el gobierno de Belisario Betancur y la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar. Lo entrevisté en La Habana y comenzó así la conversación:

Jaime Guaraca: Primero quiero saludar al vilipendiado y sufrido pueblo colombiano.

Alfredo Molano Bravo: Cuéntenos de sus orígenes, de sus padres, de su niñez.

J.G.: Mi padre fue un campesino de Natagaima, que de joven pagó el servicio militar y cuando terminó se casó con mi madre, que era de San Luis. Ambos tolimenses, medio indígenas pijaos. Se fueron a tumbar monte a un punto de nombre Las Mercedes, municipio de Santiago Pérez. Abrieron una pequeña finca de la que se abastecieron para

abrir otra mejora que llamaron San Isidro. Ahí nació yo. Se cultivaba especialmente café, maíz, frijol, y se sembraba pasto para criar ganado.

Cuando mataron a Gaitán oímos la noticia en el radio de un viejo liberal. La gente venía ya asustada porque los gallos cantaban a las 8 o 9 de la noche y eso era señal de malas noticias. Va a haber muertos...

A.M.B.: ¿Y cómo comenzó la violencia?

J.G.: Apenas mataron a Gaitán, el Partido Liberal dio la orden de que todos los reservistas se presentaran en Santiago Pérez, porque Mariano Ospina, el presidente, ordenó armar a los conservadores en muchas regiones del país. A La Estrella llegó un contingente de policía y de godos civiles armados. Al otro día mataron tres colonos a puro machete y les pelaron el cuero de la cara. Vino el saqueo, quemaron la escuela, el pueblito mismo, y recogieron reses, caballos y mulas. La vereda quedó desolada. Quemaron nuestro rancho. Muchos vecinos pegaron para Bilbao, para los lados de Herrera, porque se oyó el rumor de que por allá se estaba organizando algo. Y fue verdad: don Gerardo Loaiza, primo de Manuel Marulanda, estaba organizando la guerrilla liberal. Mis hermanos, como muchos vecinos de La Estrella, comenzaron en el comando de los Loaiza. En el año 49 se organizaron comandos en La Estrella, Peña Rica, San Miguel y El Paujil, comandado este por Ciro Trujillo. Las armas eran escopetas de fisto, una que otra de cápsula y muy contadas veces una carabina 22. Todos seguían el ejemplo que venía de La Herrera, donde estaban los Loaiza.

A.M.B.: ¿Eran todos liberales?

J.G.: Sí, pero también se organizó otro comando mandado por Isauro Yosa, un campesino comunista que formó su guerrilla con jóvenes de las veredas de Irco, Charalá y

Horizonte, municipio de Chaparral. Desde el comienzo lo acompañaron Luis Alfonso Castañeda, capitán Richard, Canario y Joselito, muertos ambos con el grado de capitán. Gerardo Loaiza los invitó a unirse con los de La Herrera. Isauro, mayor Lister, aceptó, pero se fue con familias, ancianos, niños, puercos y gallinas. Fundó el comando de El Davis en socia con don Gerardo, general Loaiza, y Leopoldo García, general Peligro.

A.M.B.: ¿Cómo era El Davis?

J.G.: Era una meseta muy hermosa que se eligió para hacer el comando. Con la gente que llegó huyendo del Tolima y del Huila se formó una ciudad chiquita. No eran 50 familias, pasaban de 200. Fue un campamento muy bien montado, con varias organizaciones: de los 15 años hasta los 40, y a veces hasta los 50, eran guerrilleros de fila que cumplían cualquier misión militar. Con los mayores de 50 se construían ranchos, cultivaban comida, hacían alpargatas y trabajaban el cuero para hacer cartucheras. Las mujeres remendaban, cocinaban, lavaban; algunas eran enfermeras y otras enseñaban a leer a niños y a ancianos. Los hombres de fila salían a pelear o a llevar abastecimiento porque lo que se cultivaba no alcanzaba.

Cuando yo llegué no había cumplido 12 años. Duré unos días en el Batallón Sucre, donde participaban los niños de 10 a 14 años; a los 15 ya se podía pasar a la fila de guerrilleros. Un día deserté de los pioneros, me presenté en la fila de los disponibles y me aceptaron como guerrillero. No había cumplido los 13 todavía.

A.M.B.: ¿Cómo fue el rompimiento entre liberales y comunistas?

J.G.: Cuando la dirección liberal supo, protestó y le dijo a Gerardo que no admitía ese tipo de socias. Don Gerardo

le hizo caso, reunió a los comunistas, los comunes, y les dijo: “Los comunistas nos han traicionado con una ideología traída de Rusia. Aquí rompemos”. La asamblea aprobó. Pedro Antonio Marín, que todavía no era Marulanda, y Jacobo Prías Alape, que ya era Charro Negro, se opusieron y templaron Gaitania. En eso recibió el poder Laureano Gómez y fue peor, metió al Ejército. Tirofijo, Charro Negro y Lister, Isauro Yosa, mandaron evacuar las familias a Peñarrica, donde se fundó el comando de Marquetalia.

A.M.B.: ¿Con Rojas Pinilla cambiaron las cosas?

J.G.: Rojas tomó el poder y promulgó una amnistía general para los alzados en armas. Marulanda, Charro Negro y Lister desconfiaban. Nos formaron y Charro dijo: “Los que quieran seguir peleando, den un paso al frente”. Lo dimos solo 10 muchachos y un adulto que se llamó Mundo Viejo; después nos juntamos 26 hombres y cuatro muchachas y salimos del Tolima a Río Chiquito. El resto se fue a Villarrica a coger café. La otra gente armada se fue a sus regiones a tumbar monte y a hacer finca, sobre todo en El Támara, que Charro bautizó Marquetalia. Hasta que Rojas rompió fuegos y bombardeó Villarrica en 1955. Mucha gente llegó huyendo a El Pato y al Guayabero; otra regresó al sur del Tolima. Rojas cayó al año siguiente.

A.M.B.: ¿Algo cambió con el Frente Nacional?

J.G.: Lleras Camargo dio unos días de paz, que llamó la Pacificación. Contrataron a Marulanda para trabajar en la carretera entre El Carmen y Gaitania; Charro se puso a negociar en bestias; Lister, a hacer finca. Pero no entregaron armas; el Gobierno no las pidió. Preparaba el ataque. A Mariachi, que había sido compañero nuestro, se lo ganaron y nos lo pusieron de frente: el 11 de enero de 1960 mataron por la espalda a Charro Negro. Manuel nos dijo: “El Gobierno

se nos viene”. Así fue. La tropa entró a Gaitania. Comenzó el acoso. El Ejército se emboscó en los caminos, amanecían, rodeó casas, instaló un mortero y nos intimidaba a bombazos. Después metió la acción cívico-militar a sacar muelas. Hicieron un censo, apuntaban hasta las gallinas. Marulanda, al ver reducido el espacio, a comienzos de 1961 preparó un grupo de muchachos en el arte militar para convertirlos en guerrilleros; a ese grupo entró Miguel Pascuas. Por primera vez, financiados por la regional del Partido Comunista, nos dieron cobija, hamaca y tenis en vez de alpargatas de fique. Manuel preguntaba: ¿qué hacer? “El único que tiene armas nuevas y buenas es el Ejército; va tocar salir a cogerle uno que otro fusil”. Y por ese camino nos fuimos. En el 62 el Ejército decidió lanzar un operativo grande. Le hicimos resistencia. Alcanzó a llegar a San Miguel, pero se devolvió, en parte por la protesta que se le hizo en Bogotá y Cali. Pero cerró la puerta en Gaitania, donde se aposentó. Nada entraba ni salía del pueblo.

A.M.B.: ¿Cómo fue la Operación Marquetalia?

J.G.: El 25 de julio de 1961, Álvaro Gómez Hurtado, el hijo de Laureano, habló de las repúblicas independientes, que en realidad eran comandos que tuvo la guerrilla en las dictaduras de Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez, Urdaneta Arbeláez y Rojas Pinilla. En marzo del 62 comenzaron los operativos; en abril ya estábamos esperándolos.

Hubo que evacuar la población civil, que era nuestro problema, y quedamos solos. Fue un lío muy tremendo convencer a las mujeres para irse. No querían. Tenían razón. No era justo perderlo todo después de haber ayudado a trabajar la tierra para hacer finquita durante cinco años. La resistencia se hizo con 48 varones y cuatro mujeres. De esos no estamos vivos sino tres: Miguel Pascuas, Jaime Bustos y

quien le habla. La evacuación civil terminó en mayo. El 18, a las 11 de la mañana, el Repórter Esso de Caracol anunció que Guillermo León Valencia, el presidente, había dado la orden de comenzar la Operación Marquetalia con 16.000 hombres del Ejército. El 27 de mayo se inició la pelea por el camino indígena de La Suiza, con un grupo de seis compañeros que nos habían asignado detener la entrada por los márgenes del río Atá. Nosotros dimos la primera pelea y, a mucho honor, yo disparé el primer tiro. Después hubo varios combates hasta que llegamos al alto de Socorreño y se produjo el desembarco de tropas en los helicópteros al ladito de Marquetalia. Nosotros estábamos ahí con Isaías Pardo. Dijimos: no tiene sentido seguir aquí, ya se toman Marquetalia. Entonces cruzamos el río Atá y fuimos a buscar a Manuel al alto de Trilleras.

Esa noche nos dijo: "A dormir porque es la última noche que vamos a dormir en casas". Al otro día a las 5 de la mañana él ya tenía organizada una emboscada y le ordenó a Isaías: "Hágale, camarada". Estuvimos tres días esperando la tropa hasta que entró en la emboscada. La pelea empezó a las 9 de la mañana y la orden de retirarnos de las trincheras se dio a las 6 de la tarde. El Ejército no pudo recoger ni sus heridos ni sus muertos. Más adelante Isaías había preparado la Anastasia, una bomba de gran poder que Marulanda mandó estallar al paso de los soldados. Se les hizo mucho daño. Nos bombardearon y de ahí nació la viruela negra, que nosotros llamamos "espuela de gallo". Eran ampollas que al reventarse dejaban la llaga. Cuando Marulanda vio eso, dijo: "Hay que sacar inmediatamente la gente de aquí porque ahí tiraron algo infeccioso". Nos fuimos para la hacienda San Miguel, desde donde hicimos varios asaltos en Peña Rica, Juntas y la carretera al Carmen. Bombardeaban a la loca desde los

T-33. El secretariado, que eran Marulanda, Isauro Yosa, Isaías, Jacobo y Hernando González, acordó la movilidad total de las guerrillas. Yo salí con Isaías y Darío Lozano a guapearles por el lado de Canoas, para distraerlos; en una de esas peleas mataron a Isaías. Marulanda se esfumó. El Ejército decía que nosotros éramos más de 600 hombres... si hubiéramos tenido al menos cien, no los habríamos dejado moverse. Éramos 52 y solo 25 con armas buenas. La dirección del secretariado marchó hacia el Cauca a hacer la convocatoria del bloque Sur y detrás de ellos salió toda la población civil.

Entrevista con Miguel Pascuas en La Habana

A Miguel Pascuas las autoridades militares lo acusan de más de 600 hostigamientos, 14 tomas guerrilleras y las cinco destrucciones de Toribío, más otros ataques, también en Cauca, en los que han perdido la vida más de 800 uniformados, como el perpetrado en El Tablón (Corinto) el 9 de noviembre de 2009, en el cual murieron ocho soldados, otros nueve quedaron heridos y un suboficial desaparecido. La Interpol emitió una circular roja que pretende la captura de Pascuas, y el Departamento de Estado de Estados Unidos ofreció una recompensa de 2,5 millones de dólares “por información que lleve a su captura”. Tras los hechos que semidestruyeron por quinta vez a Toribío el pasado 11 de julio de 2011 con una chiva cargada con 14 cilindros bomba, el Gobierno Nacional prometió una recompensa de \$2.000 millones por su cabeza.

“El Viejo –dice el coronel Maldonado de la Policía Nacional– tiene poder por ser un símbolo, pero los mandos ya son otros”.

A.M.B.: Cuéntenos, Miguel, algo de su niñez.

M.P.: Existíamos en Órganos, Huila, y ahí estudié en la escuela. Cuando entró la violencia, vino la Policía y cogió

la escuela por cuartel. No pudimos estudiar más. Hubo muchos muertos. Una vez la Policía llevó amarrados seis presos a donde se juntan los ríos Gagua y San Luis y en un charco los fusiló. El padre Monard —que para más veras no era colombiano—, párroco de Órganos y de San Luis, decía que los que no fueran conservadores debían irse del pueblo. Mucha gente le hizo caso. Él colaboraba con la Policía. Yo lo miré vestido de militar y de fusil al hombro. Un día se fue para San Luis y, como mi mamá le servía, nos invitó a irnos para allá. Fue entonces cuando conocí al indio Quintín Lame en la vereda El Palmar, donde había una comunidad indígena. Era orgulloso y hablaba de luchar para devolverles las tierras a los indios.

Cuando la guerrilla —a la que le decían chusma— se tomó el cuartel de la Policía, entonces llegó el Ejército y apresó al indio Quintín con dos campesinos más. Como mi mamá le hacía la comida al padre Monard, me mandó a llevarles unas papas cocinadas a los presos, y ahí lo conocí. Tenía el pelo largo, fumaba tabaco. La guerrilla se tomó Órganos por la muerte de esos campesinos, a bombazos y a puro machete, porque no tenían más fusiles que los que manejaban Charro Negro y Marulanda. Ese día no hubo más escuela ni más cuartel. En la casa cural había buenas armas, inclusive un fusil italiano, que era del cura. Creo que fueron de las primeras buenas armas que la guerrilla consiguió. Después, la chusma atacó San Luis, pero el cura tampoco estaba. Si hubiera estado, quién sabe dónde habría parado. Se hablaba mucho de lo que las guerrillas hacían: que Charro había sacado de la cárcel a Martillo, que Llanero había librado a Piedranegra, que Joselito había entrado a San Luis. Era cierto: la chusma se organizaba para defenderse de los chulavitas y de su policía. Los liberales solo veían por entre esa mirilla.

El que trajo otras ideas fue el Mayor Lister, o sea Isauro Yosa, que dijo que no había que pelear solo por política sino para cambiar el país, y que había que comenzar por la tierra. Él hizo contacto con los Loaiza, que eran liberales ya fuertes en Rioblanco y juntos enfrentaron a los gobiernos conservadores de Ospina, Laureano y Urdaneta.

A.M.B.: Y de muchacho, ¿usted qué hacía, en qué trabajaba?

M.P.: Yo trabajé primero en una finca cafetera, recogiendo café, y después fui peón menor de arriería porque no tenía fuerza para cargar bultos. Los arrieros se echaban al hombro hasta seis arrobas; yo no podía sino con la mitad. Pero ahí fui cogiendo fuerza y ya en 1959 el gobierno del Frente Nacional abrió trabajos en la carretera de San Luis a Aleluya y en la carretera del Carmen a Gaitania. El Gobierno dio la pacificación; las guerrillas liberales aceptaron entregar las armas, pero ni Marulanda ni Charro Negro convinieron en entregarlas, las guardaron. Tampoco el Gobierno se las pidió. Manuel andaba de civil vigilando los trabajos en la carretera, llevando la estadística del personal. Se mantenía entre Gaitania y Neiva. Yo lo alcancé a conocer por los lados de Aipecito, antes de ser inspector de carretera. Él andaba armado. Yo comencé a trabajar con él haciendo alcantarillas, o sea, obras de arte en esa vía, pero yo ya estaba organizado como autodefensa porque nos rondaban gentes armadas conservadoras como El Mico y Tres Espadas. Paraban los buses y mataban a los liberales. Les hacían el corte de corbata o el de franela, les cortaban la garganta y les sacaban la lengua, o les cortaban el torso y los tasajeaban, o les cortaban los brazos para que no pudieran volver a trabajar. Las autodefensas teníamos que cuidarnos; hacíamos reuniones cada dos meses. Había muchachos que trabajaban en las

fincas y otros en la carretera; vigilábamos y trabajábamos. No teníamos armas. A mí me organizaron con Lister.

La paz fue corta. Comenzaron a perseguirnos. El Gobierno metió a Mariachi en Planadas y a Peligro en Herrera. Lleras Camargo dijo que había que acabar con los comunistas y puso a Mariachi y a Peligro en contra de nosotros. Charro permanecía en Gaitania trabajando cuando un día Mariachi mandó su gente —unos tales Belalcázar y Puñalada— dizque a entrevistarse con Charro, y lo mataron. Lo quemaron por la espalda. Nosotros estábamos trabajando cuando en esas salió Marulanda otra vez armado y emputado y nos dijo: “Muchachos, se acabó la pacificación, mataron a Charro y en la lista seguimos nosotros: Isaías Pardo, Rogelio, Lister. Ya no hay nada que hacer”. Entregamos las herramientas de trabajo y sacamos los fusiles. Marulanda hizo una gira por la carretera del Carmen para traer armas y con ellas organizó los primeros 20 hombres de fila. En una pelea iban 200 soldados; les quitamos 18 mulas, unas cargadas con materiales importantes para nosotros, para nuestro abastecimiento, y también recuperamos cinco fusiles perillas. A Marulanda lo nombraron mayor. Entramos a combatir.

A.M.B.: ¿Cuál fue su primera pelea?

M.P.: Mi primer combate fue entre Gaitania y Planadas. Ahí Marulanda se enfermó, estuvo mal, se vio muy mal. Los campesinos le llevaban comida y hubo que esperar a que se alentara para ir a una pelea por los lados de Aipe para distraer al Ejército por la retaguardia, esperando que entrara por Planadas, como al fin entró. Para ese combate se nos había juntado Martín Camargo, del Partido Comunista; Guaraca, Tula, Rogelio, Isaías, Joselo, que estaban trabajando todos en sus fincas en Marquetalia. Éramos unos 60. Dormíamos en las enramadas porque no teníamos plásticos para carpa; no

había en ninguna tienda para comprarlo. Usábamos alpargatas de fique primero, pero al poco tiempo comenzamos a usar zapatos tenis, de tela; había que remendarlos con alambre para que duraran un poco más; lo mismo la ropa. Había que remendar las cartucheras, algunas con cuero de vaca sin curtir. Los equipos eran morrales de cabuya y los uniformes y gorras se usaban de color verde o caqui. A algunos de nosotros nos tocaba ir a trabajar para ganar dinero para comprar la ropa. En el morral de cabuya cargábamos la cobija, plátanos, yuca, arracachas, sal, panela, cuero de vaca cosido, maíz, arepa, chachafrutos, aguacates, piñas, naranjas. Había que cargar el ají que reemplazaba la carne; cargábamos el molino para moler el maíz que nos servía para hacer arepas o cuchuco. Había temporadas en que la alimentación era solamente guarapo; durábamos hasta ocho días seguidos tomando solo guarapo de caña porque no teníamos más para alimentarnos.

El golpe al Ejército nos ayudó mucho: un fusil M1, un fusil G3, una carabina San Cristóbal, una carabina M2, algunos fusiles punto 30, fusiles 7 mm que llaman perillas, algunos fusiles austríacos y peruanos, un fusil cortico de caballería, algunas granadas de mano y bombas de tubo con mecha, carabinas M1 y buena munición.

A.M.B.: ¿Eran todavía autodefensas?

M.P.: No, andábamos móviles. Marulanda estaba con nosotros un tiempito y luego se iba a Marquetalia; luego nos mandaba al Teniente Isaías. Él nos movía para una parte y otra y luego se iba. Venía entonces el teniente Rogelio y lo mismo. Así conocí a Guaraca cuando era teniente. Los mandos se turnaban, pero nosotros éramos móviles siempre. Sufríamos mucho porque la comida era difícil de conseguir, no teníamos botas ni morrales. Hacíamos amigos sin im-

portar si eran conservadores o liberales, pobres o ricos. El que nos ayudaba era porque era amigo. Poco a poco fuimos consiguiendo y preparándonos. Fuimos siendo amigos de más gente, de más gente, y de gente pudiente que tenía forma y ya nos daba dinero para comprar la ropa, las botas, las lonas. Ya éramos más respetaditos. Marulanda era muy afamado y lo conocían como Tirofijo.

En Marquetalia solo había población civil, familias, porque nosotros andábamos por fuera. Cuando se vio que comenzaba la primera invasión en 1962, atacamos al Ejército llegando a San Miguel. Las autodefensas que estaban trabajando cogieron sus fusiles y se metieron de Gaitania para arriba. El Ejército no había cambiado de táctica y andaba en fila, uno detrás de otro, y así era fácil hacer blanco. Daba hasta lástima puestiarlos así, inocentes como andaban. Por eso les tocó devolverse a su cuartel. El Gobierno perdió hombres y armas y nosotros ganamos en moral.

A.M.B.: ¿Eran ya una república independiente?

M.P.: Fue por esos días cuando Álvaro Gómez ordenó acabar con las repúblicas independientes: Marquetalia, Riochiquito, El Pato, Guayabero, Sumapaz. Dijo que Sumapaz era un movimiento grande, pero que estaban quietos; que Guayabero y El Pato eran movimientos pequeñitos, pero que Marquetalia sí era peligroso porque nosotros nos movíamos mucho. Entonces el Gobierno organizó la invasión del 64.

En abril llegaron Jacobo Arenas y Hernando González con la noticia de que nos iban a destruir con aviones y miles de soldados y que teníamos que sacar a las familias de Marquetalia. Se hizo con mucho sufrimiento y quedamos 48 hombres y cuatro mujeres.

El 27 de mayo, Guaracas, Rogelio y Joselo comenzaron a quemarle al Ejército en La Suiza, sobre el río Atá. Nosotros

en Puerto Tolima hicimos dos peleas duras para pararlo. Por tierra la tropa no podía avanzar, porque por donde asomaba dejaba un soldado muerto. Entonces les tocó botarlos desde los helicópteros en el propio comando de Marquetalia. Ahí también los esperábamos y ellos que tocaban tierra y nosotros que les zampábamos candela a los ranchos.

A.M.B.: Y después de esa entrada del Gobierno en Marquetalia, ¿qué pasó?

M.P.: Salimos por varias trochas para encontrarnos cerca de Símbula. Penamos mucho pasando esos fríos y esas cuchillas a pesar de conocer el camino. Caímos a Rionegro y por ahí llegamos a Riochiquito, comando que era de Ciro Trujillo. Pasaba de 50 guerrilleros, muchos indígenas. Con los nuestros, juntamos 145 unidades. Sabíamos que tarde o temprano el Ejército iba a entrar. Hubo un respiro entre octubre o noviembre del 64 y marzo del 65, tiempo en que se reunió la Primera Conferencia del Bloque Sur, a la que llegaron mandos del Sumapaz, del 26 de septiembre, de El Pato. Ya había muerto Richard, el hombre que condujo a la gente desde El Davis hasta Villarrica y de Villarrica hasta El Pato. Haciendo cuentas, no fueron muchos los días de diferencia con la muerte de otro comandante muy querido, Isaías Duarte, al que mucho quería el camarada Marulanda. Mientras se reunía la conferencia, él había sido encargado de distraer a la tropa, y en esas cayó.

A.M.B.: ¿Cómo fue la toma de Inzá?

M.P.: El Gobierno hizo una campaña por la prensa y la radio diciendo que Marulanda estaba muerto, que habían encontrado su cadáver, que nos habían acabado. Entonces se dio la orden de prepararnos para un operativo. Duramos ocho días haciendo ejercicios, acumulando fuerzas, alistándonos sin saber qué era lo que los mandos tenían en sus

cabezas. Por fin, una tarde nos pusimos en marcha. Y dos días después estábamos en la carretera que comunica Inzá con Belalcázar. Montamos la emboscada, nos tomamos el pueblo y volvimos a las montañas.

A.M.B.: ¿Y de las monjitas qué?

M.P.: No sabíamos que en el bus iba un piquete de Policía y cuando lo detuvimos comenzó a dispararnos. Respondimos y matamos a las monjitas en la balacera. También perdimos en una emboscada a Hernando González. Así es la guerra.

A.M.B.: ¿Qué pasó después de la toma de Riochiquito?

M.P.: Después de los bombardeos, el Ejército ocupó Riochiquito mientras nosotros nos dividíamos. A Jacobo y a Joselo los destinaron para la zona de Aipe; a Ciro y a Arrañanales al Quindío, para abrir frente sobre el Valle. Con Marulanda teníamos que hacer una travesía por Bilbao, La Herrera, Planadas, Chaparral. Casi no llegamos. Al camarada Manuel lo hirieron en un brazo. El Ejército sabía que iba herido y mandó toda su tropa a perseguirnos, apoyada por 500 pájaros de civil. Por Marulanda pagaban 25.000 pesos, cuando la plata valía, y 15.000 por cada guerrillero. El Ejército dijo: “Los sacamos de Marquetalia, los sacamos de Riochiquito, ahora también los sacamos de esas montañas”. Y salimos, pero a combatir. Salimos a combatir a lo limpio y cambiamos de táctica: eramos más móviles de noche que de día y golpeábamos pocos y duro. Las peleas eran diarias. Así, hasta cuando llegamos a Natagaima y los compañeros del partido nos ayudaron a pasar el río Grande de la Magdalena. Lo pasamos cerca de Aipe y de ahí nos trepamos hacia Dolores y la Alpujarra para llegar a Galilea, donde nos remolcaron para, por fin, estar a tiempo en la Hoya de Palacio, donde se reunía la Segunda Conferencia del Bloque Sur, fundadora de las Farc.

8

¿Cómo es hoy la república independiente de El Pato?

Al dejar el tramo pavimentado de la carretera que de Neiva conduce a San Vicente del Caguán, el conductor de la 4x4 que nos llevaba —un hombre callado pero atento— dijo: “Pongamos a hablar la lora” y encendió el radio en el programa *Temprano es más bacano*. Eran las 5 a. m. y comenzábamos a subir la cordillera Oriental. El río La Ceiba baja turbulento a mano derecha de una carretera estrecha, caprichosa y pendiente. A 15 minutos de Neiva, pasamos bajo un pasacalle de las Farc firmado por la columna móvil Teófilo Forero. Al coronar el quiebre de aguas entre las cuencas del Magdalena y el Caquetá, se abre la bella y fértil altiplanicie de Balsillas.

Allí se estableció don Oliverio Lara a comienzos de los años 30 y compró dos haciendas, El Refugio y Las Mercedes, donde puso una cría de ovejas que manejaba con perros pastores; en 1931 se casó con doña Pepita Perdomo, una de las herederas de la Compañía Perdomo & Falla, formada en 1885 para la extracción de cauchos colorado, blanco, negro y siringa que abrió la “pica” entre Campo Alegre y el río Caguán. Cuentan los viejos colonos que don Oliverio, fundador también de la Asociación Colombiana de Ganaderos y

del Banco Ganadero, tenía prohibido con hombres armados el paso de campesinos por sus extensos predios, lo que dio origen a un largo litigio que terminó zanjado a favor de los campesinos –Resolución 12 de 1933 del Ministerio de Industrias, Departamento de Baldíos Nacionales– y facilitó la entrada de colonos por este sector en los años de la primera Violencia (1948-1962).

La otra punta de colonización entró en la misma época por el bajo Pato y fundó el poblado de Guacamayas, cerca de la Hacienda Puerto Amor, donde había una pista de aterrizaje. La carretera de Neiva a Balsillas fue terminada en los años 60, y en los 80 el Gobierno contrató los batallones de ingenieros Codazzi y Cisneros para continuar los trabajos hacia San Vicente del Caguán. Después de una enérgica protesta campesina, se otorgó el contrato a la empresa civil Cóndor. En el pueblo en formación de Abisinia, sede de la Zona de Reserva Campesina que tiene una extensión de más de 100.000 hectáreas, los viajeros suelen parar a tomar tinto y comer la especialidad de la región, queso frito. Más abajo, después de pasar por debajo de tres pasacalles de las Farc, hay un retén del Ejército Nacional. Los soldados, muy atentos, nos pidieron la cédula y permiso para revisar el equipaje.

El conductor se sorprendió, porque el trato normal es brusco. Hay, inclusive, un cuarto donde se toman fotos y huellas solo a los pasajeros de bus y donde no es excepcional el control de los alimentos que llevan. En junio de 2007, unidades militares realizaron una masacre en la escuela Guillermo Ríos Mejía durante la celebración del San Pedrito, en la que fueron asesinadas inicialmente tres personas y luego la maestra de la escuela y una familia completa. En total, siete personas. En el poblado de Abisinia hay una escultura

que recuerda el crimen. En el kilómetro 44, Santa Helena, no ha sido levantado en su totalidad el derrumbe que dejó en diciembre de 2012 dos muertos y siete heridos graves y que interrumpió el tránsito varias semanas. Cerca de este punto sale un ramal para la vereda San Jorge, donde tenía la hacienda Andalucía Jorge Villamil, autor de la canción “El barcino”, inspirada en un novillo que se robó Tirofijo y fue a parar a El Pato. Al fin, después de cinco horas, llegamos a Guayabal, donde me esperaban los dirigentes de la ZRC. La mayoría de la población estaba atada a dos o tres pantallas de televisión viendo el partido entre Colombia y Brasil.

El Pato es una región húmeda y caliente. Un largo y estrecho cañón –de ahí su importancia militar– que tiene como eje el río Pato, al que le llegan el Balsillas, el Oso, la Perla, el Coreguaje, vertientes más pequeñas. Se siente la fuerza de la selva a pesar de que el derribe de montaña está muy avanzado y la potrerización no se detiene. Al mismo tiempo se ven numerosas fincas que producen al año más de mil toneladas de café y unas 1.500 de frijol –cargamanto, radical, caregato, calima–. Más que prosperidad, hay empuje. No hay una sola mata de coca. Yo conozco desde lejos los cocales, porque he visto muchos en el país y aseguro que en El Pato no los hay. En el pueblo viven 150 habitantes de los 6.000 que se reparten en 37 veredas. Hay cuatro restaurantes, tres tiendas, dos residencias, una discoteca y una capilla. No hay puesto de salud, carece de conexión eléctrica al sistema nacional, el colegio público es sostenido en gran medida por la comunidad, funciona un radioteléfono con batería de carro y de hecho nadie usa Internet. Hay un puesto militar del Batallón de Alta Montaña número 9 y ninguna oficina pública. La región está no solo abandonada por el Estado, sino estúpidamente bloqueada por él.

El bloqueo tiene su historia. Cabe recordar que de El Davis salió Alfonso Castañeda, alias Richard, en el año 52 hacia Villarrica, en el oriente del Tolima, acompañado de un puñado de hombres derrotados por el Ejército. Tres años después, Rojas Pinilla bombardeó la región y Richard, en compañía de Martín Camargo, organizó el éxodo de población civil que se refugió en el alto Sumapaz y de allí se desplazó poco a poco hacia el Duda, el Guayabero y El Pato. Aquí, Richard y Camargo se agregaron a la colonización e impusieron su autoridad. Una república independiente, al decir de Gómez Hurtado. Richard murió en el año 64 y Camargo se apartó del movimiento.

Después de la fundación de las Farc en mayo del 65, llegaron a la región Marulanda, Jacobo y Joselo y crearon un comando en un sitio llamado Arenales, donde fundaron una escuela militar guerrillera. Allí aprendieron la táctica y la estrategia en guerra irregular Jorge Briceño, el Mono Jojoy, Alfonso Cano, Raúl Reyes y Timochenko, entre otros. Un tiempo atrás, quizás a fines de los años 50, apareció en la zona Óscar Reyes o Januario Valero, nacido en Chámeza, Casanare, por lo que es probable que se hubiera alzado en armas en los Llanos. Un forajido común que hizo acuerdos territoriales con las Farc y por ello las autoridades lo consideraban uno de sus comandantes. Cayó en Santa Marta en un mitin de la Anapo y estuvo preso en Gorgona. Fue asesinado en San Antonio, Huila.

Con el correr de los días llegaron también familias desplazadas del sur de Tolima, de Huila, de Cauca, de Quindío. Joselo, un campesino de Aipe que peleó en Marquetalia, desarrollaría un sistema particular de trabajo colectivo inspirado en la minga indígena y en el brazo prestado de los colonos no solo para hacer caminos y puentes, sino para producir comida: frijol, caña, arveja, plátano y yuca. Los

viejos colonos que entrevisté llaman a esta modalidad de organización “las partijas de Joselo”. “Joselo daba semilla y comida y entraba en compañía con la gente. A esa parcela iba a trabajar más gente para sembrar o para recoger. Ya en el momento en que estaba en manos de la persona, él compartía con otra gente, cambiaban el día en jornales, que aquí llamamos ‘mano muerta’. Se ponían condiciones también porque en toda época ha habido gente que le gusta andar acaballada”. Eran —aclaran— gentes que “trabajaban con el fusil terciado”. El producto se dividía en dos partes: una para la organización, es decir, para las Farc, y otra para los colonos. “El frijol se daba por encima de las montañas. ¿Cuál fumigar? ¡Qué abono ni nada! Se regaba el frijol en el monte y luego se tumbaba la montaña encima de la semilla; cuando el frijol salía, se enredaba por encima de la montaña que se había tumbado. Y ahí se cogía muy buena cosecha. Se le daba el nombre de ‘rocería de tapado’. Íbamos buscando los nacederos de agua y así agrandábamos la finca”.

El 25 de marzo de 1965 a las 10 a. m., cuando el viento se llevó la niebla y la tierra comenzó a calentarse, el gobierno bombardeó la región. Los colonos lo cuentan así:

“Fue un borbandeo (sic) muy terrible, de punta a punta; en todas partes descargaban tropa los helicópteros. Todo el mundo buscó salir de la casa al monte porque no había otra forma de librarse de la muerte. La zona no era como hoy, descubierta; era muy selvática, en las pocas partes abiertas que había los helicópteros descargaban al Ejército. Muchas de las personas que salieron a esconderse perdieron la vida por hambre o por enfermedad. Por eso se llamó la ‘Marcha de la Muerte’. Yo alcanzo a acordarme, yo tenía como 12 años; llegó primero una avioneta; como yo no sabía de aviones, ni de nada, arranqué a correr al monte, y mi papá

me gritaba: 'No se vaya, no se vaya'. Desde entonces entró una persecución política a esta zona. En un momento difícil, usted no se acuerda de llevar la comida sino de librar la vida. Lo que teníamos en la casa quedó botado. Al llegar a la selva, uno se acuerda de la comida, pero con la vida puesta. A los tres días sin comer, uno pierde el concepto, pierde el amor por lo vivido. Hasta tocó matar los caballos y los perros porque no había más qué comer; los animales pagaron el pato en esa guerra. Yo llegué a conocer lo que siempre había negado, como ser capaces de comer una parte de humano. Alguno para poder sobrevivir lo hizo, porque uno pierde el amor hasta de uno mismo. Con el tiempo uno aprende a conocer la selva y solo come pepas roídas por otro animal. Pero el hambre, la pura hambre, no respeta nada".

La región se desocupó por los cuatro costados. La mayoría salió río abajo hacia Guacamayas, adonde llegó el 20 de mayo; otra parte desanduvo el camino y regresó a Neiva o a Algeciras; quizás una minoría cruzó el páramo de Picachos, al oriente, para salir a San Juan de Lozada. La selva recuperó lo perdido y el rastrojo cubrió los barbechos, enmontó los cafetales, se comió el pasto. Hay un túnel de silencio, aun de los mayores, donde se pierde la memoria hasta 1967, exactamente hasta el mes de marzo, cuando Tirofijo emboscó una patrulla del Ejército cerca de Algeciras que dejó 16 soldados muertos, unos pocos heridos y permitió, según *El Tiempo*, "adueñarse de muchas y modernas armas". Fue el primer gran combate de las Farc después de su fundación. El escándalo por los medios fue mayúsculo, pues la opinión pública estaba segura de que después de la Operación Marquetalia, "la pesadilla había terminado".

Durante la década del 70 se le vuelve a perder el rastro a la región. "El Pato —cuenta una mujer— era una región

prohibida. En ese tiempo salía uno a Neiva y la gente lo miraba como si fuera un tigre. El Pato no existía". Durante esos oscuros años, Noel Mata, alias Efraín Guzmán o Nariño, nacido en Chaparral, que había combatido en Villarrica y en Marquetalia al Ejército, y en el Guayabero al guerrillero liberal Dumar Aljure, fue encargado de la organización social de las comunidades mediante la formación de Juntas Sindicales, uno de cuyos dirigentes fue Humberto Moncada. Eran en realidad el poder regional. Distribuían los baldíos, mediaban litigios de tierras, levantaban empadronamientos, sancionaban escándalos públicos, definían rutas de las trochas y, según testimonios recogidos hace 30 años, cuando conocí la zona, sus directivos eran elegidos por votación popular, aunque la guerrilla daba el visto bueno a los resultados de la elección.

Hacia finales de la década, el Gobierno contrató la construcción de la carretera entre Balsillas y Guayabal, una vez que don Oliverio Lara donó al Ejército un terreno para un fuerte militar. A comienzos del 80, la Fuerza Aérea bombardeó la pista de Puerto Amor y Joselo hostigó los trabajos de la carretera, mientras las Juntas Sindicales organizaron la llamada "Marcha por la Vida", para denunciar lo que consideraban el comienzo de un vasto operativo militar y distinguirla de la que llamaron "Marcha de la Muerte". Más de 500 campesinos con sus hijos se encontraron en Balsillas para caminar hasta Neiva. La Policía trató sin resultado de detener la movilización; los colonos habían logrado despertar tal solidaridad ciudadana, que empresas transportadoras pusieron buses para que la gente llegara a la Gobernación del Huila a sentar su protesta. Estuvieron en las oficinas públicas tres días, pero, sitiados por la fuerza pública, aceptaron ubicarse en el coliseo, donde permanecieron casi dos meses.

Entrevisté a varios dirigentes, entre ellos Moncada, y a varias mujeres con cuyos testimonios escribí con Alejandro Reyes un texto publicado por el Cinep como “Los bombardeos en El Pato”.

Los colonos regresaron a la región como se habían ido, con las manos vacías, pero las Juntas organizaron un gran recibimiento a los marchantes, con música, voladores, arcos florales, comparsas y bailes, evento que desde entonces se celebra todos los años como el Festival del Retorno, al son de “El barcino”. El regreso no fue solo de los colonos que se movilizaron hacia Neiva. Por los mismos caminos, y poco a poco, fueron llegando los colonos que desde el 65 habían sido expulsados por la violencia y otros nuevos, atraídos por las perspectivas de paz social, fertilidad del suelo y bajo costo de la tierra. La región se había desocupado a raíz de la militarización de mediados de los años 60. En 1976 había solo 890 habitantes, pero en 1989 había casi 3.000, según el DANE. La existencia de la guerrilla en la zona podía ser un factor disuasivo para los empresarios y ganaderos, pero es atractivo para los colonos puesto que su sola presencia garantizaba tierra barata y, en el caso de El Pato, ubérrima.

Uno de los primeros síntomas de colonización es la extracción de maderas finas. Los aserradores exploran las selvas, abren picas, rozan pequeños abiertos donde siembran pasto para alimentar sus bestias; en una palabra, hacen el mapa de la zona. A partir de mediados de los años 80 entraron numerosos compradores de madera que financiaron a colonos la tumba y saca de maderas, lo que fue facilitado por la apertura de la brecha carretable hasta Guayabal y Los Andes. El territorio tiene dos limitaciones de uso y tenencia: la Ley segunda de 1959 o de reserva forestal, y la creación en 1977 del Parque Nacional Los Picachos, normas que ni la guerrilla

respetó ni los colonos conocían. Ellos cuentan el cuento así: “Primero se explotó el cedro; después el nogal, el amarillo, el laurel; esa explotación fuerte duró como hasta el 90-92. Empezaron desde las vegas hacía las lomas. La madera la compraban intermediarios. A veces uno no tenía el equipo: motosierra, comida, y llegaba el tipo con el plante completo: 40 mulas, cuatro motosierras, cinco trabajadores, y nos decía: ‘Usted que tiene tanto monte ahí, le pago tanto por palo’. Muchos aserradores se quedaron a hacer finca sembrando pasto y trayendo unas pocas reses; otros, cultivando café y frijol. Las Juntas de Acción Comunal reglamentaban tanto la explotación maderera como la fundación de colonias, y crearon un Comité de Picachos para negociar el traslado fuera del parque. Pero la mayoría eran negociantes forasteros que se fueron a otras selvas. Muy pocos predios llegaron a tener escrituras registradas en notaría; la casi totalidad de colonos ocupaban su mejora sobre la base, muy respetada, de una carta-venta. O sea, una mera declaración escrita de los vecinos o del vendedor en la que constaba que la posesión era legítima y aceptada por la vereda”.

Los Acuerdos de La Uribe firmados entre el gobierno de Betancur y las Farc (1982) —que incluían el cese al fuego— contribuyeron al poblamiento y la organización social y política de la región. Las Juntas se fortalecieron con la presencia institucional —Caja Agraria, Incora, Caminos Vecinales, ICA, salud, educación— y al mismo tiempo la Juventud Comunista impulsó la fundación de grupos de Unión Patriótica. Por primera vez, quizá, muchos colonos, a la par que registraban su nombre para votar, firmaron papeles para recibir préstamos. La guerrilla tuvo como nunca una febril actividad civil, con la perspectiva de transformarse en partido político. Después, las continuas masacres de miembros de la UP y la ruptura de

los acuerdos durante el gobierno de Barco –cuya divisa era, paradójicamente, el esquema gobierno–oposición–, echaron de nuevo la talanquera. La guerrilla volvió a encerrarse y a convertir a algunos miembros de la población civil organizada en unidades militares o milicianas. Los años siguientes fueron de guerra. El Ejército estableció puestos militares permanentes a lo largo de la carretera entre Balsillas y Los Andes; se bloquearon de nuevo las entradas, se multiplicaron las requisas y el Estado replegó su presencia civil. Coincide la vigencia de las medidas gubernamentales con la fugaz bonanza de la amapola en las zonas altas, sobre todo en el parque Picachos. Fueron unos pocos años en que, como recuerdan hoy, “la plata rumbaba”: se abrían discotecas y bares, las prostitutas y las mesas de juego abundaban. Sin duda, algunos campesinos alcanzaron a mejorar sus fincas, construir casa en Guayabal y sacar a sus hijos a estudiar a Neiva. También la guerrilla y el Ejército pescaron en río revuelto, factor adicional de aseguramientos territoriales. La bonanza pasó y poco dejó. Lo curioso del cuento es que la coca no entró a la región para reemplazar la amapola. Al final, el ataque del Ejército a Casa Verde durante el gobierno de Gaviria, el día de elecciones para la constituyente del 91, echó falleba y la región permaneció taponada.

El gobierno de Samper trató en vano de restablecer la negociación política con las Farc y hubo varios encuentros con la guerrilla en diferentes zonas, incluida Guayabal. Pero la debilidad política de la administración a causa del escándalo de los narcocasetes y el aprovechamiento de ese hecho por los altos mandos militares permitieron que los combates ganaran dimensiones hasta entonces desconocidas. Baste recordar Las Delicias, San Juanito, Patascoy, Mitú y la generalización de las masacres paramilitares en todo el país. No

obstante, el gobierno Samper logró impulsar la ejecución de la Ley 160 de 1994. La norma tiene un espíritu campesinista en dos sentidos: impide la concentración de tierras en zonas declaradas de reserva para campesinos y determina que las tierras baldías se deben adjudicar a ellos. Una talanquera para impedir que las tierras en áreas de colonización continuaran, por diversos mecanismos, siendo concentradas en pocas manos. En palabras de Darío Fajardo: los sectores más débiles del campesinado transfieren a muy bajos precios la valorización de sus tierras –vía venta de mejoras– a los nuevos terratenientes. Los colonos buscan nuevas tierras y el ciclo se repite. Con los cultivos de coca, esa ley tendencial logró ser detenida pero al mismo tiempo evolucionar como conflicto social. Así, en La Macarena, San José del Guaviare –al otro lado de El Pato– se presentaron fuertes y sangrientos enfrentamientos entre colonos cocaleros y fuerza pública. Parecía que los colonos fueran conscientes de la temporalidad de la bonanza y, al mismo tiempo, de la función que cumplen en la frontera agrícola. Habla bien de la ley 160 el hecho de que los gremios agropecuarios –Fedegán y SAC– la atacaran desde su promulgación.

Una de las primeras y más significativas ZRC, compuesta por 36 veredas, un área de 111.000 hectáreas y una población de 6.000 habitantes, fue creada por el gobierno Samper en la región de El Pato-Balsillas. Con dineros del Banco Mundial, el gobierno compró la hacienda Abisiña en el valle de Balsillas. La base del programa fueron las juntas de acción comunal que constituyeron la Asociación Municipal de Colonos del Pato (Amcop). Uno de sus fundadores cuenta la historia:

“Entre el 94 y el 96 se comenzó a hablar del fin de la amapola. Ni a la Coordinadora de las Juntas de Acción

Comunal ni al Comité de Picachos —que buscaba legalizar los predios que estaban dentro del Parque Nacional— le querían dar la personería jurídica. Por eso se llegó en el 97 a la audiencia pública para la creación de la ZRC organizada por la Amcop y se obtuvo la licencia para elaborar un plan de desarrollo y un proyecto piloto”. Me consta que no fue fácil que la guerrilla conviniera con la ZRC por considerarla una “artimaña” de la burguesía y del imperialismo. Lo ratifican dirigentes de Amcop: “Al principio un mando de las Farc estaba en contra y nos tocó pelear casi como con Uribe; pero cuando vio que iba a cometer una embarrada, se echó para atrás”.

El gobierno de Pastrana entró en conversaciones con las Farc y aceptó despejar 45.000 kilómetros para facilitar la negociación política. El Pato estuvo incluido en el área por ser un corregimiento de San Vicente del Caguán, sede de la mesa. La guerrilla hizo presencia abierta. En Guayabal había un retén y un comando permanente. De hecho, el comandante local hacía el papel de máxima autoridad. Cerca de Balsillas, por ejemplo, fue detenida una caravana encabezada por Horacio Serpa —en ese momento candidato a la Presidencia de la República— y obligada a regresar a Neiva. Al finalizar el despeje, en 48 horas el Ejército ocupó la región y cuentan los pobladores de Guayabal que donde dormía la tropa amanecían letreros de las Auc. Así, el restablecimiento de la autoridad legítima forzó de nuevo el éxodo de muchos colonos, sobre todo de aquellos que tuvieron que ver con la constitución de la ZRC o de los que de alguna forma habían colaborado con la guerrilla durante el Despeje. El péndulo oscilaba hacia la derecha. Uribe cortó de tajo en todo el país los proyectos de las ZRC. El Ejército detuvo a cinco miembros de Amcop y los tuvo presos durante 14

meses sin acusación formal alguna. En muchas ocasiones y por largos períodos fue decretado el toque de queda en el área, medida que aún subsiste, puesto que los vehículos no pueden circular entre las 6 p. m. y las 5 a. m. entre Balsillas y Guayabal. El bloqueo económico duró los ocho años del gobierno de Uribe.

Al final de la reunión que tuve con dirigentes de Amcop para hacer este reportaje, un hombre de unos 25 años, moreno, que había estado muy discreto escuchando, se acercó para invitarme a conocer un “cementerio muy raro” que hay en la vereda de Andes. La reunión había terminado porque todo el pueblo de Guayabal estaba hipnotizado por el partido de fútbol entre Colombia y Brasil. Como a mí no me entusiasma ese deporte y menos tratándose de un evento tan patriótico, me pareció un buen programa usar mi tiempo libre en curiosear la obra, situada a 20 minutos de Guayabal.

Se trata de una amplia avenida en zig-zag rodeada de unos 400 pinos cuidadosamente podados que sube de la carretera que va a San Vicente del Caguán hasta un plano cubierto pero destapado donde hay sillas y donde estaban velando a una niña. Al lado hay dos mausoleos con 20 tumbas, la mitad ocupadas. Un poco más abajo, 16 tumbas en la tierra con sepulturas sin cruz alguna, con nombres castellanos: Mauricio, Guillermo, Juan, Nicolás. Como cosa curiosa, sobre la tapa hay un nicho que en una región tan lluviosa parece destinado a conservar un pequeño espejo de agua sobre las tumbas. Conmovedor. El cementerio huele a resina de pino y está rodeado por una malla. La gente dice que los morteros que por la noche dispara con frecuencia el Ejército —fui testigo de uno de esos disparos en Guayabal— no han logrado acertar, o no han querido, pienso yo. Estando en

estas, el mismo personaje que me había invitado a conocer el cementerio me dijo: "El comandante quiere hablar con usted". Acepté con muchas dudas, pero lo hice porque tenía la curiosidad, esa sí, de saber el secreto de la permanencia de las Farc en la zona desde 1965. En un punto del camino, a media hora de Andes, salieron un par de guerrilleros en moto y nos hicieron señas de seguirlos hasta una casa que parecía abandonada. Ahí estaba el comandante. Un hombre de 50 años, uniformado, bien armado y de pocas pulgas. Me saludó, mandó que me sirvieran café y me preguntó: "¿Ya almorzó?". "No", respondí un tanto azorado. Aproveché para soltarle la pregunta que tenía atravesada: "Ustedes llegaron en 1965 y siguen aquí. ¿Cómo han hecho?". Me respondió lo siguiente:

"La permanencia de las Farc se explica en el descontento que hay en la gente por su forma de vida, por su pobreza, a pesar de que hoy por hoy las comunidades han desarrollado las ZRC que les ayudan a conseguir modos de producción y de vida. No nos ven a nosotros como el enemigo, sino como el ejército que tiene la esperanza y la posibilidad de cambiar el futuro de Colombia.

"Los bombardeos alimentan el rechazo generalizado al Estado. Porque allá arriba, en los Andes, botaron un mortero, abrió un talud en la carretera y al estallar le dañó la cara a una compañera. A otros compañeros les han caído en sus casas, les han matado semovientes, o sea, los han perjudicado grandemente. Por eso nosotros hemos resistido. Ellos no denuncian, porque temen que los estigmaticen como auxiliares de la guerrilla. O como guerrilla, que es la costumbre. Al pueblo colombiano lo hacen vivir en ese nudo absoluto.

"En las zonas rurales los campesinos conocen la guerrilla, han crecido de su mano, han visto perecer familiares. Ellos

no son apáticos a nuestro proyecto revolucionario. Pero, desafortunadamente, en las ciudades donde no los bombardean tienen una idea totalmente distorsionada de lo que somos.

"El derecho propio no es mirar hacia la derecha, sino hacia la izquierda. Si sube Santos al poder, es la misma guerra que si sube Zuluaga: ambos obedecen a su clase. Pero decir que si sube un político que tenga discurso de izquierda pero tenga posiciones de derecha, Colombia va a cambiar, es un contrasentido. Porque hay que cambiar toda la estructura política, desde el concejal hasta el presidente. La gente nos pregunta en las calles, en las veredas, en las carreteras, en sus fincas: 'Comaradas, en el momento de firmar la paz, tenemos miedo porque nos quedamos sin la protección de ustedes, ¿qué va a ser de nosotros? Cuando se firme la paz, ¿qué va a hacer el gobierno con los ladrones, con los viciosos, con la delincuencia que va a proliferar? Nosotros no queremos que se acabe esta 'paz' que estamos viviendo'. Porque aquí los campesinos salen, dejan sus casas abiertas y no pasa absolutamente nada".

La última frase del comandante coincidió con el fin del partido de fútbol que perdió Colombia con Brasil, que sus guardaespaldas oían en un radio. Se veían tristes. Me despedí, deseándoles suerte. Lo mismo hicieron ellos.

9

Riochiquito

A 140 kilómetros al suroccidente de Neiva está La Plata, un pueblo conocido en la historia por estar situado en uno de los caminos más transitados en el pasado para llegar de Bogotá a Popayán y a Quito. Era el camino usual de Bolívar para ir a Perú. Hoy es un pueblo próspero de unos 50.000 habitantes situado a orillas del río Páez, que nace en el nevado del Huila y bota sus aguas al Magdalena en la cola de la represa de Betania. Al Páez le cae el Rionegro de Narváez, que nace también en el nevado y corre de norte a sur formando un cañón estrecho y profundo. Al Rionegro caen numerosos ríos menores como Símbula y Riochiquito. Tuve la suerte de llegar a La Plata el día de mercado, cuando desde muy temprano hierve de campesinos, comerciantes, arrieros, vendedores ambulantes. Ese día las calles son ruidosas, atestadas de compradores, vendedores y transeúntes. En el centro está la plaza de mercado o galería. Ocupa una manzana entera, es cubierta y tiene dos niveles. En la planta baja está el mercado propiamente dicho, donde se venden principalmente frutas, verduras, granos y yerbas. El segundo nivel es un corredor espacioso construido que rodea el primer piso y desde el cual se oye y se ve la febril actividad económica de la plaza y donde se come muy bien lechona, tamales y se toman caldos de raíz, costilla

y pescado. Hay un rincón de panadería, principalmente de bizcochos de achira, muy apreciados en Huila y Tolima.

Fui a La Plata porque es la puerta de entrada a Riochiquito y porque allí me había citado con Roberto, un viejo dirigente campesino muy conocido en la región. En la plaza me presentó a una de las más famosas amasadoras de achiras, quien de niña vivió el bombardeo que tuvo lugar en marzo de 1965. “La achira —me dijo— es una matica como de plátano, no muy grande y de flor roja, que da unos tallos de donde sale un almidón blanco con que se hace la harina. La mejor achira se cocina en Fortalecillas, pero aquí le hacemos competencia porque los vecinos de La Plata le salen a todo. Aquí se da el arroz en lo plano y el maíz en lo alto; el cacao abajo y el café arriba. Y arriba y abajo se crían gallinas y marranos. En Riochiquito, que se llama ahora Las Delicias, se daba de todo y de todo había. Ahora Riochiquito se cambió a un plano más cómodo porque antes era un rincón cerrado donde tenía su finca Ciro Trujillo y donde vivíamos unas pocas familias. Él vivía en una finca llamada Las Delicias, no sé si era de él o de quién. Pero vivía ahí. Tenía trabajadores y varios hijos y sobrinos. Mataron a uno llamado Abacú en el Quicuyal y por eso el hombre, que era jodido, disgustó con el Ejército y se fue tras Marulanda, que era a quien buscaba un militar que vino en helicóptero. Un día oímos un ruido que caía de arriba. Era ese aparato que nunca habíamos oído y que aterrizó en la cancha de fútbol. Se bajó un señor al que le decían capitán Valencia. Dijo que venía a ver si Ciro quería arreglar, pero que de estar ahí Tirofijo, la guerra se venía porque se venía. Y la guerra se vino, pero nosotros fuimos los que llevamos del bulto. También conocí a Tirofijo. Estaba joven en ese tiempo. Era flaco y blanco. Yo nunca llegué a ver que asesinara a nadie, ni tampoco que

pidiera plata para sus cosas. Nunca llegué a saber que matara a alguien en esa región. Yo sé que la gente le obedecía. Él hacía reuniones y orientaba a sus soldados y mandaba, pero a nosotros no nos daba órdenes. Yo a los demás no los oí mentar, solo a Tirofijo y a Ciro. Cuando eso del bombardeo, primero llegaron aviones chicos que pasaron soltando unos papeles que decían: ‘Entréguense, entréguense’. Pero nosotros ¿qué podíamos entregar, si no teníamos nada? Mi papá, o mejor dicho, mi padrastro, dijo: ‘Alistemos panela y sal, que con eso vamos a tener que defendernos porque ellos van a caer en cualquier momento’. Él era reservista y sabía de esas artes. Mi mamá no le hizo caso, alistó fue una marrana, una lechoncita que quería mucho.

”Salimos corriendo cuando los aviones grandes llegaron cargados de bombas que soltaron alrededor del pueblo, no en el pueblo. Seguro ya sabían que andábamos por los montes de huida. No íbamos solos, éramos muchas familias con lo que se podía llevar, que era poco porque la loma para donde nos orientaban era parada y no había camino. Íbamos desparramados, cada cual ayudándose solo, con hombres de fila, armados y entrenados para la guerra. No vi que a nadie mataron las bombas; la gente se moría, pero de hambre y no por las bombas. Caían lejos, sin puntería. Se oyó decir que íbamos para Tolima. Uno de niño no sabía dónde quedaba eso, pero como tenía un nombre bonito, hasta con gana de conocer andábamos los niños. Los viejos sí sabían: había que darle la vuelta al nevado en redondo para salir al río Atá que nombraban. Un camino largo. Y mi mamá con su puerca. Al principio el animalito caminaba arriadita, por las buenas; pero al rato se ranchó a gritar como si supiera que la iban a matar. Daban miedo esos gritos no por ellos, que uno sabe oír, sino por el ruido que hacían y que los chulos podían

oír. Porque después de las bombas, llegaron las tropas. Había que arrastrarla y uno lleno de jotos. Y ni por esas mi mamá dejaba su animal. La cuesta era muy brava, casi que subíamos colgados de bejucos: nos fuimos quedando de últimos por la porfía de mi mamá. Fue para mejor porque ya en lo puro frío, donde no se veían ni las manos para comer, mi padrastro dijo: 'Desviémonos para el Símbula, donde hay un comando de guerrilla'. Fue un susto grande cuando ya solos y con la puerca gritando, nos rodeó gente armada creyendo que estábamos matando a un cristiano. No eran chulos sino guerrilla. Cuando vieron la marrana, la cargaron ahí mismo y se la llevaron para el comando. Ni las tripas nos dejaron comer. Eran hombres de guerra hambreados. Ahí acampamos, pero después le dijeron a mi mamá que mi padrastro podía quedarse pero no la gente de civil, que teníamos que seguir. Y seguimos a los dos días, loma abajo un rato, loma arriba otro. Ya íbamos solos porque mi padrastro se había quedado en el comando. En ese balanceo llegamos a un punto llamado Carmelo, donde pusimos una barbacoa para ver si pescábamos unas sardinas, porque hasta ese entonces mi mamá nos había cocinado solo yerbas de monte con sal. Cogimos una cordillera llamada El Oso y por allí salimos a La Estrella, donde el Ejército nos detuvo y nos sacó a otro batallón que estaba en el Colorado. Ahí nos tuvieron unos días encerrados, más que todo a mi mamá. Encerrada en una pieza. No la dejaban salir. Yo era muy pequeña, ellos me preguntaban que si yo había visto gente con armas; yo sí había visto, pero les decía que no. Después nos echaron para San Luis. Ella detrás de los soldados, presa, y nosotros detrás de ella hasta la base que tenía el Ejército en el Quicuyal, donde el moreno Miguel Valencia, que era chulavita, mató al hijo de Ciro Trujillo. A mi mamá la detuvieron hartos

días. El capitán Gamboa le dio permiso de ser viviente en una casita desocupada. Vivimos tiempo ahí. Mi mamá lavaba los uniformes de los soldados y ellos nos daban comida. Hacían reuniones y reuniones para decirle a la gente que volvieran por las tierras, que les iban a dar fincas. Había indios que hablaban lengua como Domingo Mera y Pacho Lobo, que dijeron que ellos no querían tierras de cabildo sino de blancos, porque el Incora se las vestía con ganado. En esas nos soltaron, pero con la condición de volver a lo nuestro y no meternos en tierras ajenas. Mi mamá no hizo caso y arrancamos para Araújo, un pueblo donde mi abuela tenía una hacienda grande con ovejos y toros llamada La Astilla. Cuando llegamos ya les habían dado la finca a los indígenas y nada pudo reclamar. Después de todas las vueltas nos quedamos en Araújo. A Riochiquito volví ya con hijos, hace poquito, a reclamar la finquita que habíamos dejado y que ya tenía otro dueño. Así pasó y así quedó”.

De La Plata tomamos hacia Tesalia, conocida por los cronistas españoles como Carnicerías, una región habitada por “indios de mala paz y gente regada que vagaba por los montes”. El cronista fray Pedro Simón escribió que en la comarca había “chozas donde vendían y comercializaban carne humana de los indios capturados de otros pueblos de indios tomados en una relación de sitio”. Hoy son cultivos de arroz con riego trabajados con maquinaria. La carretera pavimentada, bien conservada, cruza un pequeño valle entre los pliegues de la cordillera Central y una pequeña cadena de lomas que parecen la cola de un dinosaurio, hasta llegar a Iquira. Aquí comienza el ascenso hacia el pueblito de Pacarní, a donde en 1965 llegó huyendo de los bombardeos en Riochiquito “tanta gente, que se llenaron la plaza y las aceras durante dos meses”. La carretera se convierte ahí en

una trocha arenosa pero en buen estado que asciende por la falda de la montaña rodeada de un bosque ralo de árboles de cucharos hasta coronar un punto llamado Patiobonito, vecino de la base militar del Quicuyal. Desde aquí se ve un panorama maravilloso de lo que Jacobo Arenas llamó en su *Diario de la resistencia de Marquetalia* el Nudo de las Cordilleras. Se divisa un formidable conjunto de cañones formados por las cuencas de los ríos Páez, Rionegro, Mazamorra y Riochiquito, y en días claros, las cumbres del nevado del Huila, en cuya cara occidental nacen los ríos Saldaña y Atá, al otro lado de donde estábamos. De tal forma que las que se llamaron repúblicas independientes de Riochiquito y Marquetalia quedan espalda con espalda. A pocos metros de Patiobonito hay un retén de Conalvías donde se deben pagar 7.000 pesos por pasar y contribuir así “al desarrollo de la región”. Queda en el mismo sitio donde había, no hace mucho, un retén del Ejército. A partir del quiebre de aguas la trocha es cada vez más mala, aunque el esplendor del paisaje de valles y montañas hace olvidar cualquier zarandeo e incomodidad. Son laderas trabajadas con esmero en café y fríjol; caña panelera, plátano y yuca; abundan beneficiaderos de café y trapiches. Los bosques nativos han sido destruidos; los que quedan están reducidos a las alturas de la cordillera y envueltos casi siempre por la niebla. El cultivo de amapola en los años 90 corrió la cota boscosa unos 500 metros hacia arriba y hoy son pequeñas ganaderías lecheras. A mitad de camino está Yarumal, donde el Ejército concentró muchos de los habitantes de Riochiquito que huían despavoridos de las bombas. De aquí parte el ramal para el pueblito de Rionegro, una de las capitales de comercialización de la resina de amapola en los años de la bonanza, asociada a la crisis del precio internacional

del grano determinada por el monopolio de las grandes multinacionales de comercialización del grano y la entrada al mercado de Vietnam. Se calcula que más de 200.000 fincas cafeteras fueron abandonadas en el país después de la ruptura del Pacto mundial del café en 1989, año en que también se derrumbó el Muro de Berlín.

El Rionegro de Narváz es tan torrentoso, que en el puente que sirve de paso entre Huila y Cauca, construido por el Ejército, se alcanza a oír el ruido de las piedras que la corriente hace chocar entre sí. Tiene un bello color ámbar. A pocos metros está situado el pueblo llamado hoy Riochiquito, que reemplazó al Riochiquito del bombardeo que la gente conoce como Las Delicias, nombre de la finca de Ciro Trujillo, el compañero de armas de Manuel Marulanda Vélez y fundador del Sindicato de Trabajadores campesinos de Riochiquito y Tierradentro. En la plaza del caserío de Riochiquito, hoy inspección de Policía, desde hace varios meses hay un pasacalle de 25 metros del Sexto Frente de las Farc. La región es reputada como gran productora de fríjol y una de las más ricas en cafés suaves.

Frente a la pancarta subversiva estaba sentado un anciano envuelto en sus pensamientos de viejo. Le pregunté, sin mucho protocolo, quién había puesto ese letrero ahí. Me contestó: “Los primos”. “¿Cómo que los primos?”, volví a preguntarle y agregué un poco confundido: “¿Los primos de quién?”.

“Los primos de todo el mundo; aquí somos meros primos y fue por eso que todos nos escondimos en el monte a la voz de las bombas. Todos corrimos. Yo paré en Símbula, en el frío, donde había un comando de gente de monte. Caminé dos días para llegar. Ahí estuve ocho días hasta que me echaron para Tolima, para el comando del Atá, aguantando

hambre y frío y durmiendo botado en la tierra. Allá duré un mes y otra vez para acá. Yo venía con ira de tanto caminar y le dije al teniente de la guerrilla: ‘Yo de aquí no me muevo’. Se puso bravo y me mandó a cortar leña para la ranca. Los guerrilleros son para pelear, pero andan también con gentes que no saben pelear y por eso me sacaron de las filas. Dios los mandó a pelear con el Ejército. La guerrilla cogió fuerza en Tolima porque allá la Policía los perseguía mucho, hasta que se enojaron los tolimenses y dijeron, ‘Entonces mejor vamos a atajarlos’, y se fueron y consiguieron armas y municiones. Le mandaron una carta al presidente y ahí fue la guerra. Los bombardeos no fueron en Riochiquito sino en la selva, y la gente cogió para el norte. Aquí quedaron solo de fila, hombres que mandaban el mayor Ciro y el mayor Charro Negro, que fueron los que trajeron a Marulanda cuando lo perseguían por haber tumbado una avioneta y un helicóptero en Santiago Pérez. Hoy hay paz porque la gente quiere paz; el que no quiere paz es el Gobierno”.

Al empezar a recorrer el caserío de Riochiquito, me detuvo el inspector de Policía y me invitó a una reunión con los notables del pueblo. Es una región en la que nadie puede andar como un forastero sin decir quién es y a qué vino. Los invitados eran cinco y fueron llegando uno a uno. Miraban desde la ventana de la oficina, que da a la calle; examinaban el tema y los asistentes y se decidían a entrar. A mí me interesaba la reunión y quería saber cómo había cambiado la región desde cuando la república independiente de Riochiquito fue liquidada con los bombardeos y el Estado recuperó la soberanía perdida, según la denuncia de Álvaro Gómez Hurtado en 1962. El inspector comenzó la entrevista como si la estuviera esperando, y los demás invitados lo interrumpían para complementar lo que la autoridad decía.

La fuerza pública duró unos tres años en puestos fijos, patrullando y promoviendo el regreso de la población que había sido obligada al éxodo. La gran mayoría salió con “el solo encapullado”. Unos aceptaron la orientación de la guerrilla de salir por el Rionegro de Narvéez hacia Símbula y por ese camino —el mismo que Marulanda y sus hombres habían transitado después de la Operación Marquetalia en 1964— llegar al sur de Tolima. Otro grupo de familias salió por Araújo hacia Belalcázar, donde el Vicariato de Tierradentro lo esperaba y lo protegió. Por fin, mucha gente fue emigrando hacia Huila, principalmente hacia los pueblitos de Pacarní, Teruel y sobre todo La Plata. Unos pocos se trasladaron a Caquetá y nunca regresaron. La gran mayoría fueron campesinos que trabajaban fincas relativamente recién colonizadas; sin duda, muchas abiertas durante el período de la primera violencia. Charro Negro, Ciro y Marulanda promovieron esa ocupación y el vicario de Tierradentro —que entre paréntesis obedecía directamente al Papa— tuvo idéntica política agraria, sobre todo buscando la ampliación de los resguardos indígenas hacia esa frontera con Huila. Los paeces han sido más fieles a los mandatos de la Iglesia que los campesinos y los indígenas pijaos. Como es explicable, casi todos los campesinos que entraron a colonizar o que huyeron de la guerra no tenían escrituras sobre sus fincas; bastaba con que los vecinos reconocieran la ocupación de hecho, o que existiera una carta-venta.

Cabe recordar que la Operación Riochiquito —el bombardeo propiamente dicho— hizo parte de la Operación Meteoro, diseñada por Valencia Tovar, y tuvo un componente de acción civil muy fuerte que no era incompatible con las organizaciones que había impulsado Ciro Trujillo ni con las que después el Ejército apoyó hacia 1968 con progra-

mas de retorno que se reducían a invitaciones por la radio, sobre todo la del Vicariato, y a la dotación de herramientas y semillas.

Como es natural, quise conocer el lugar donde Ciro Trujillo vivía, que a veces era finca y a veces comando y que, como se dijo, se llama hoy Las Delicias. Queda a unos 20 minutos del Riochiquito actual. Es efectivamente como me lo imaginaba: metido en los pliegues de la cordillera y siempre nublado y lluvioso a pesar de estar en la cota cafetera. Es un caserío donde viven 47 familias de indígenas nasa, constituidos como cabildo local y prolongación del Resguardo indígena de Avirama de Tierradentro. La zona indígena tiene unas 25 casas construidas al amparo de la llamada Ley Páez, que facilitó con exenciones tributarias la inversión privada y creó un conjunto de programas con los que el Gobierno buscó solventar los efectos de la catastrófica avalancha del río Páez ocurrida en 1994. Fue un desastre ocasionado por un temblor de 6,4 grados en la escala de Richter que desprendió del nevado del Huila una gran masa de hielo y rocas y taponó y represó el río en la parte alta. Al romperse el dique, las aguas se desbordaron e inundaron las partes bajas de la cuenca. Hubo 1.100 muertos y afectó 45.000 personas en 15 municipios de Cauca y Huila.

Al llegar al caserío salieron con timidez algunos indígenas a preguntar quiénes éramos y qué queríamos. Me identifiqué. Al comenzar la conversación, se acercaron un par de muchachos indígenas amanecidos y un tanto agresivos con las mismas preguntas pero con respuesta: “Ustedes vienen a engañar a los indios, a menospreciarlos, no necesitamos nada”. Para fortuna apareció de la nada un hombre mayor, indígena también, que canceló el discurso con una sola mirada. Ofreció disculpas y me dijo en tono muy amable:

“El problema es sencillo: no cabemos en el pedacito que el Gobierno nos dio. Crecemos, tenemos hijos e hijas, mujeres, abuelitos, y queremos seguir siendo más. Nosotros crecemos, pero la tierra no y entonces, necesitamos ampliar el resguardo. El Gobierno no entiende a las buenas. O sí entiende, pero no quiere darnos lo que el pueblo indígena necesita: tierra. Nos discrimina. Para los campesinos que han puesto el problema, tierras hay y tierras les darán. Para nosotros, que escribimos memoriales, tierras no hay. ¿Qué hacemos entonces? ¿Levantarnos en armas? ¿Bloquear las carreteras? No, no vamos a hacerlo, pero tampoco vamos a borrar lo que buscamos”. La entrevista no necesitó más preguntas.

En el camino de regreso nos esperaba un miembro de la junta de acción comunal de la vereda que colinda con el resguardo. Le pregunté qué opinaba de la propuesta indígena. La respuesta fue lacónica: “No vamos a permitir que sigan creciendo porque terminarán sacándonos de nuestras tierras. Ellos lo que buscan es ampliarse para que el Gobierno les aumente las transferencias. Nosotros estamos constituyendo una Zona de Reserva Campesina y cada cual para su lado. Aquí cabemos juntos”.

Al regreso de Las Delicias, me esperaba una reunión que yo no había propuesto, con un grupo de campesinos y negros. Debo decir que la existencia de algunos pobladores de raza negra despertó desde el comienzo mi curiosidad, pero supuse que se trataba de individuos sueltos que, como muchos, habían llegado a la región en la época de la bonanza amapolera. La reunión comenzó muy protocolariamente con saludos, agradecimientos y énfasis en la naturaleza pacífica de los habitantes de Riochiquito.

El primer tema se inició con una pregunta hecha por un campesino que tenía gran facilidad de palabra y uso de

los términos muy de moda impuestos por las ONG. “¿Qué opina usted, señor periodista, del resguardo de Las Delicias?” Respondí con un “muy bueno, ¿por qué?”. “Porque nosotros –dijo mi interlocutor– no estamos de acuerdo en el proyecto que tienen los indígenas de ampliar el resguardo, que nosotros aceptamos pero que nunca nos fue consultado. Y lo más grave no es eso, es que reclaman no solo correr el lindero unos metros, sino basarse en esa ‘pequeña ampliación’ para reclamar el territorio –y subrayó marcando con la voz el término te-rrri-to-rio–”.

Yo he oído en otras partes del país idéntica demanda y los problemas que podría engendrar pese a que en muchas partes la demanda sea justificada: peligrosos enfrentamientos entre campesinos e indígenas. Aunque yo creía que todos los asistentes eran campesinos rasos, para mi sorpresa se levantó un personaje y muy solemne pidió la palabra no para aclararme a mí su punto de vista, sino para hacer una sonora declaración pública. Dijo así: “Lo que pasa, doctor, es que sobre estas tierras hay un título colonial que está por encima de todos los demás que, sin ser ilegales, son ilegítimos”, y citó una frase en latín que naturalmente soy incapaz de recordar. “Más aún –continuó– la Constitución del 91 obliga a clarificar los títulos coloniales, lo que nunca se ha hecho. Pero al inicio del gobierno del doctor Santos, que necesitaba con urgencia que se le aprobara el Plan de Desarrollo, los indígenas argumentaron que era obligatoria la consulta previa a los pueblos indígenas, puesto que les concernía.

”La Presidencia arguyó que una consulta de ese carácter no se podía hacer en dos días y que a cambio proponía crear una comisión para el esclarecimiento de títulos de resguardos, fueran coloniales o republicanos. La iniciativa

fue aceptada, los indígenas dieron el visto bueno para el Plan de Desarrollo y el programa se echó a andar con el apoyo de la Organización Internacional de Migraciones (OIM). Resultado: ninguno hasta hoy. Pero en ese arreglo se basan los indígenas para poner sus ojos sobre el territorio. El título no demora en aparecer”. Y se calló con una solemnidad que impuso un prolongado silencio.

Hasta que un hombre negro, que me había saludado varias veces como queriendo decirme algo, pidió la palabra y dijo: “La cosa es más grave que lo que dice el compañero porque nosotros, la capitania de negros de esta región, poseemos también un título colonial que llamamos El Cincuenta y Cinco, que tiene su historia. Resulta que sobre todas estas tierras reinaba la cacica Angelina Gullumus de Toboyma, que se enamoró de uno de los 15 que llegaron a esta región hace varios siglos. Permítame decir que en Belalcázar hay registros de partidas de bautismo de los años 1775 expedidas por el padre Matías de Villarroel, de la parroquia San Antonio de Ambosti. El cura hace referencia también a la existencia en la región de una ranhería de negros. Hay varias. Lo que, traducido a lo de hoy, muestra que desde esa época existe la comunidad de negros. Nosotros decimos que fuimos cimarrones que nos escapamos de alguna hacienda o de alguna mina del Cauca e hicimos palenque en ese alto que se llama de los 15, que descubrimos cerca una mina de sal y que, después de que fuimos declarados libres en 1851, comenzamos a explotarla y a vender sal a Belalcázar. Para negar nuestros derechos, que no se basan en título republicano sino colonial, los de Belalcázar quieren negarnos ese origen diciendo que fuimos traídos por ellos a trabajar en esa mina. Nos hacen la gracia de nombrarnos en el himno del municipio: ‘¡Los del África ardiente herederos! Vuestros

brazos nos dieron la sal'. Nosotros somos una capitania y tenemos derecho a ser reconocidos como comunidad raizal y territorial por la Ley 70. Hay muchos predios que están dentro de la capitania que han sido ocupados por campesinos, pero no permitiremos que el resguardo se amplíe". Nuevo silencio. Yo seguía asombrado por la propiedad de la argumentación.

Sin haber podido musitar palabra, se paró otro campesino, mestizo, muy tolimense en sus rasgos y acento. Dijo: "Sí, pero todo lo anterior se complica más porque, como usted, señor profesor, ya habrá oído, aquí ha habido varias idas y venidas. Desde los años 50 unos se van y no vuelven; otros se van y vuelven, y otros que nunca habían vivido aquí, han llegado. Cada uno de estos grupos ha tenido un poder detrás y ese poder les ha respaldado sus reclamos de tierra. A los liberales les quitaron las fincas los conservadores; a los conservadores, los comunistas; a los comunistas, el Ejército. Súmele a esto que cada gobierno departamental o nacional ha tenido el interés de hacer de esta región su región de votos y para asegurarlos da títulos o los reconoce. Nosotros tenemos títulos de hecho o de derecho que nos autorizan, profesor, a crear una Zona de Reserva Campesina".

Riochiquito y toda la región de Tierradentro han vivido siempre la violencia, en singular o en plural, con mayúscula o con minúscula. Desde hace 70 años ha sido epicentro de enfrentamientos entre campesinos levantados en armas y la fuerza pública, apoyada en grupos civiles armados y pagados por ella. Debajo de esos conflictos que han dejado sangre y dolor están los conflictos por la tierra. Los indígenas nasa han tenido problemas ancestrales con los pijaos a pesar de que en muchas ocasiones han actuado mancomunadamente contra el invasor blanco, llámese conquistador, terrateniente

o campesino. Entre estos últimos la lucha por la tierra no cesa en la zona, sobre todo en las tierras planas y de vega. En Tierradentro hay un nuevo actor del conflicto agrario, la existencia de la Capitania de afrodescendientes que poseen títulos coloniales emanados de la misma fuente indirecta, las instituciones coloniales. El conflicto entre campesinos, colonos e indígenas nasa no pudo ser resuelto por las guerrillas del sur de Tolima en los años 50 ni por las Farc en años posteriores. Hoy esa cuestión continúa irresuelta.

El Incora en tiempos de Carlos Ossa tituló muchos predios que a la postre fueron reclamados por campesinos e indígenas que habían abandonado la región en uno de los tres o cuatro éxodos que han sufrido desde los años 50. Hoy, como dicen los dirigentes agrarios, hay títulos sobre títulos, unos registrados, otros sin ese requisito legal reconocido por la tradición jurídica colombiana. El problema tiene tantas raíces, que el Incoder, en un acto prudente y maduro, "congeló" el asunto hasta que el panorama legal sea aclarado por la próxima reforma agraria. O, añadido yo, por los acuerdos que se logren en La Habana sobre ordenamiento territorial que no desconocerán títulos legítimos pero pondrán al día la figura de la función social de la propiedad.

Es interesante anotar que, pese a las guerras, pese al conflicto agrario, la región de Riochiquito ha logrado ser una sólida economía parcelaria que incluye indígenas, negros y campesinos. Hoy las organizaciones indígenas, campesinas y afrodescendientes están discutiendo colectivamente y no dudo que llegarán a un acuerdo sin respaldo de las armas de cualquiera de las fuerzas que se han enfrentado a muerte en los últimos 50 años. Al llegar de Riochiquito me enteré de la muerte del general Álvaro Valencia Tovar, quien está en boca de todo el mundo en la región.

La vuelta del mundo

Al sur del cerro de Pacandé, y a pocos kilómetros de la población de Saldaña, en la vía Espinal-Neiva, está el caserío de Castilla, donde desviamos hacia Coyaima por una vía secundaria a medio pavimentar. Hay trechos destapados y otros que se parecen a las calles de Bogotá. Es una región extremadamente seca y caliente que forma parte de lo que se conoció antiguamente como el Valle de las Tristezas. A mediados del siglo xvii, la Corona española creó los resguardos de Coyaima y Natagaima, que prácticamente desaparecieron durante la República, hasta que las luchas de Quintín Lame y Gonzalo Sánchez, en los años 20, lograron restaurarlos. La violencia de los 50 ensangrentó el territorio al mismo tiempo que se construía el distrito de riego del Saldaña para fomentar el cultivo de arroz, promovido por el Banco Mundial, por iniciativa de Lauchlin Currie. Hoy existen en la zona 22 resguardos compuestos por 77 comunidades que suman 45.000 indígenas y se extienden en los municipios de Coyaima, Natagaima, Ortega, Chaparral y San Antonio.

En el pueblo de Coyaima comienza lo que se conoce como la “vuelta al mundo”: Ataco-Planadas-Rioblanco-Chaparral, una región levantada en armas contra los gobiernos de Ospina Pérez y Laureano Gómez, que fue en realidad la verdadera Mar-

quetalia. Uno de sus epicentros más conocidos fue Gaitania y, con mayor precisión, la vereda de Marquetalia, que Álvaro Gómez estigmatizó como república independiente en 1962. ¿Cómo es este territorio hoy, 50 años después de la ocupación militar por parte del Gobierno y de numerosos programas de recuperación social y económica? La gira comenzó en Ataco, un municipio donde se explota de manera artesanal el oro desde la Colonia y en el cual tienen puestos sus ojos las grandes mineras. La carretera está siendo rectificadada y pavimentada por el Batallón Baraya, de ingenieros militares, en el marco de los programas de Consolidación Territorial que desde el gobierno de Uribe se adelantan en zonas guerrilleras. Cuando dos años atrás recorrí la zona, los soldados trabajaban con el fusil al hombro; hoy las obras son adelantadas por obreros civiles del consorcio HV-VNF, contratado por el Ejército Nacional. Un poco más arriba está la Mesa de Pole, donde confluyen los tempestuosos ríos de la cuenca alta del Saldaña: Rioblanco, Cambrín, Neme y Atá.

Las aguas del Saldaña alimentan el distrito de riego –Usosaldaña–, que fertiliza unas 35.000 hectáreas, lo que hace de la zona la principal productora de arroz del país. Desde hace varios años se habla en la región del proyecto Triángulo del Tolima –uno de cuyos impulsores fue el ministro Andrés Felipe Arias–, que regaría 20.000 hectáreas de las zonas secas de Coyaima, Natagaima y Purificación, la gran mayoría tierras de resguardo indígena. Sin embargo, hay dudas sobre los verdaderos beneficiarios. Para el profesor Ángel María Caballero, los 30 metros cúbicos de agua que se sacarán del río se repartirán inequitativamente: 25 metros para las 8.000 hectáreas de los arroceros y cinco metros para los 12.000 usuarios restantes. Quizá por esa razón el presi-

dente de la Asociación de Cabildos Indígenas del Tolima lo ha llamado el “Triángulo del despojo”.

La carretera asciende a partir de la Mesa de Pole. Los trechos pavimentados son más frecuentes, la vía, más ancha y mejor señalizada. Al llegar a Planadas, la vegetación es otra: hay bosques de cámbulos –árboles que cambian sus hojas verdes por flores rojas– y parcelas cafeteras en plena cosecha. El municipio es el tercer productor de café del país –68.000 cargas– y fue otro de los epicentros de la guerra del sur de Tolima en los 50. En abril del presente año tuvo lugar un gran debate que enfrentó a pobladores con el Gobierno sobre la función y las verdaderas dimensiones de tres grandes proyectos hidroeléctricos en la cuenca del Saldaña: Hidroeléctrica del Neme, de 190 megavatios; Hidroplanadas sobre el Saldaña, con 50 megavatios, e Hidroandes, sobre el Atá, con 40 megavatios, obras que se sumarían a la que ya está en funcionamiento sobre el río Amoyá. El Gobierno defiende la obra como Mecanismo de Desarrollo Limpio (MDL), que le permitiría a la Nación vender Bonos de Carbono a países desarrollados, según el Protocolo de Kioto. Con otras obras ya ha ganado 90 millones de dólares. Representantes de la región mostraron que los diseños presentados por la firma Cinetik s.a.s. eran calcados de otros proyectos. La población se alebrestó y terminó en una enorme manifestación pública de rechazo categórico contra las obras. También se construye, en el casco urbano, un gran aeropuerto que permitirá el transporte por avión de tropas a las bases militares de la región, una de las cuales –la más grande– está al lado mismo de la pista. El aeropuerto está en el mismo lugar donde Jesús María Oviedo, alias General Mariachi, siendo un colaborador del Ejército construyó el primero. Fue el autor del asesinato de su antiguo compañero de armas Charro Negro.

En el caserío Sur de Atá, donde fue fundado Planadas, comienza la trocha que lleva a Gaitania. Es un camino estrecho que en invierno se vuelve un barrizal y en verano un polvero. A medida que sube, los precipicios son más altos y más peligrosos, aunque sean lomas cultivadas con café, muchas sombreadas por cedro cafetero, cámbulo, flormorado, ocbos y guamos, que florecen en distintas épocas del año. Son pocos kilómetros que se recorren en tres horas.

Gaitania fue fundada en marzo de 1920, en un punto llamado San José de Huertas, como Colonia Penal y Agrícola del Sur de Atá, para recluir “vagos y perniciosos”, en particular contrabandistas de aguardiente y tabaco, la mayoría liberales. La colonia tenía una superficie de 2.500 hectáreas en café, frijol, yuca, plátano y caña trabajadas por los presos para su alimentación. La zona era una selva cerrada, derribada en diez años, condición que atrajo a campesinos de los valles del Magdalena, desplazados por la ganadería y por el cultivo del arroz, y por colonos de Quindío —muchos de Génova, pueblo donde nació Manuel Marulanda— en busca de tierras frescas para el café, por el que se pagaba muy bien después de la Primera Guerra Mundial. Gaitania fue bautizada así en 1949, en honor de Jorge Eliécer Gaitán, y quemada dos veces: una en el año 50, por los chulavitas, y otra en el 53, por los liberales limpios, porque era territorio de los comunes comandados por el Mayor Lister, Charro Negro y Marulanda. El DAS tiene una foto —publicada en el libro de Diego Fernando Flórez, *Buscando a Gaitania*—, de Pedro Antonio Marín, Tirofijo, con uniforme militar, tomada en el pueblo en ese mismo año. Marulanda es una figura presente en la región. Se recuerda por su puntería, por su voz de mando, por ser un hábil esgrimista de machete, por sus enfrentamientos con Mariachi y porque junto con

Charro Negro fueron los únicos que le salieron en unas fiestas al famoso toro el Barcino, de la canción de Villamil, que, por lo demás —cuentan—, no era negro sino atigrado. En Gaitania está también presente entre los colonos viejos el asesinato de Charro Negro, en enero de 1960, hecho trágico que llevó a Marulanda a tomar de nuevo las armas para nunca más dejarlas. Lo cuenta quien lo vio: “Hubo una discusión con tres fieles enviados por Mariachi a matarlo en que Charro decía: ‘Ustedes irrespetan la zona mía’, pero dejó la cosa y bajó a desayunar donde la señora Candelaria. De allí se dirigió a la droguería de don José Joaquín Sánchez y al salir fue atacado. Le dispararon por la espalda con balas de revólver”. Marulanda se refugió en la región creada por los tres ríos que forman el Atá: Guayabos, Yarumales y Támaro, que habían colonizado los comunes desde que Rojas Pinilla ilegalizó el Partido Comunista. “Eso lo tumbamos nosotros e hicimos buenas fincas”, recuerda Jaime Guaraca. Familiares de Tirofijo viven aún en la casa que él compró cuando era inspector de la carretera entre Gaitania y El Carmen, vía al Huila.

Gaitania es hoy un pueblo pujante con unos 12.000 habitantes, de los cuales 1.500 son indígenas nasas. Es un corregimiento de Planadas, aunque después de la Operación Marquetalia, en 1964, fue erigido municipio especial. Es el primer productor de café suave del Tolima y uno de los mayores cultivadores de frijol. En la vereda El Jordán —donde Marulanda tuvo un comando— se creó hace 10 años la Asociación de Productores de Café Especial (Apcejor), que exporta el grano a Italia, Inglaterra y Estados Unidos, y hoy se vende en todas las tiendas de Juan Valdez. La cosecha de frijol pasa de 3.000 toneladas anuales. Cada 15 días salen para Bogotá entre tres y cuatro toneladas de queso. Tiene un

colegio nacional que se llamó General José Joaquín Matalana, en 1965, y luego Alberto Santofimio Botero. Hay un fuerte de la Brigada Móvil N° 8, perteneciente a la Fuerza de Tarea del Sur del Tolima, y una estación de Policía en la plaza principal. Hace un año fue hostigado el Ejército por las Farc. El corregimiento forma parte de la Zonas de Consolidación Territorial, que es una versión de la acción cívico-militar puesta al día para recuperar la soberanía y llevar a cabo proyectos de desarrollo. Es un instrumento de la guerra psicológica y por eso las obras siempre quedan a mitad de camino. La administración del organismo es repartida entre empleados civiles y altos mandos militares regionales. En Gaitania se dice que la consolidación se maneja como un semáforo. Al verde pertenecen las cabeceras municipales y los caseríos principales, donde la comunidad colabora con la Fuerza Pública y el Gobierno adelanta programas de desarrollo; al amarillo, las veredas por donde la guerrilla no pasa frecuentemente y se hace infraestructura básica —un aula escolar—, la acera de una calle, la banca de un parque, y al rojo, las veredas donde está presente la guerrilla y el Gobierno castiga porque la gente no colabora. La colaboración es un término para hablar de información de inteligencia. De las 32 veredas de Gaitania, cinco están en semáforo en amarillo, el resto, en rojo. Hay un consenso en los comerciantes prósperos: “Gaitania está hoy a la deriva. La guerrilla ya no tiene autoridad, aunque alguna gente todavía la busca para resolver problemas; la Policía se mantiene en el puesto y los militares salen a patrullar y no se meten con nadie”.

El tiempo y la distancia tienden a formar y a desfigurar la imagen de un lugar determinado del que se ha oído hablar. Marquetalia, por ejemplo, es la imagen misma de la guerra y del terror. Un ultramundo que, desde hace muchos años,

yo he querido conocer y mostrar. La Marquetalia de la que poco se oye hablar es un municipio de Quindío al que Charro Negro quiso hacerle un homenaje bautizando con ese nombre el lugar donde desde mediados de los años 50, los comunes establecieron su comando. Pero Marquetalia también fue la región donde operaron las guerrillas del Bloque Sur del Tolima: desde Chaparral, en Tolima, hasta Palermo, Huila; y desde Belalcázar, Cauca, hasta Prado, también en Tolima.

Desde la plaza de Gaitania, Marquetalia es otra cosa: una vereda a donde no llega la línea. Es decir, a la que hay que ir a caballo o a pie. Encontrar quién me consiguiera la bestia y me orientara para llegar a la tan nombrada capital de la república independiente de Marquetalia no fue fácil, hasta que me topé con el presidente de la junta de acción comunal de la vereda, que me acompañó y me guió, advirtiéndome que teníamos que salir “entre oscuro y claro”.

A las 5 de la mañana estábamos sentados en un viejo *jeep* ruso que nos llevaría hasta la finca La Arabia, donde nos esperaban nuestras cabalgaduras. Es un vehículo enrazado de tanque de guerra, construido por los soviéticos para invadir Afganistán, que ruge de tal manera que no necesita pito. Con solo acelerar el motor dos veces el pueblo sabe que el carro está a punto de salir. En ese momento se llena: mujeres con sus criaturas, hombres enguayabados, andariegos buscando engancharse para recoger café, bultos de remesa, pimpinas con gasolina, un par de perros. Cuando el conductor engranó y aquel altar móvil comenzó a moverse con parsimonia, me sentí como debió sentirse Magallanes. Al pasar por la Brigada, que a esa hora tenía todavía los poderosos “reflectores perimetrales” encendidos, el chofer me comentó: “Ahora no están pidiendo recibos y dando permisos porque hasta hace

un año todos teníamos que ir con los recibos de compra de cada una de las cosas que llevábamos. Un soldado revisaba la cantidad de sal, de aceite, de cualquier cosa que se llevara, y la chuleaba si era poca y conocida o la retenía si era mucha o no la conocía. Todo quedaba tirado en el piso. Después el comandante firmaba el visto bueno para pasar por el retén, donde teníamos que identificarnos y donde apuntaban la cédula y la hora de salida. Era la hora más que duraba el viaje. Dicen que desde que están conversando en Cuba ya no molestan tanto”.

La carretera es una brecha hecha en la montaña. El cañón del río Atá es muy estrecho y el lomerío muy parado. Los vecinos se saludan y se conversan de lado y lado del río, como si estuvieran en una sala. Cuando aclara, las lomas van saliendo de la oscuridad y se ven los cultivos de café como manchas de verde oscuro extendido en la montaña. Había movimiento de personal porque a mitad de año sale la cosecha grande y los recolectores “cogen corte” temprano. Lo que no es verde oscuro es fríjol y se cultiva enredando los bejucos con hilos de plástico a un “tendido de varas”. Lo demás es rastrojo o, como llaman allá, “cañero”. Es una tierra abierta dividida por el río, las quebradas y la trocha.

El motor del *jeep* se queja mientras los ocupantes maman gallo entre ellos. Como no me conocían, el chofer, muy solidario conmigo, me hizo preguntas para que la gente se enterara de quién era yo. Ante un desconocido se guarda silencio. El miedo a los sapos está vivo. Al borde del barranco se construye la mayoría de casas, todas en material y con una vista estupenda sobre el cañón. José Luis Díaz, el presidente de la junta, me iba nombrando los sitios por donde pasamos: el crucero para El Limón, que lleva a La Hacienda, nombrada por Marulanda y por Jacobo Arenas en sus diarios

de guerra. Reconozco también el nombre de La Floresta, cerca del río, y el de La Suiza, donde en el 64 se dieron los primeros combates con el Ejército.

Según esos diarios, cuatro fusileros detuvieron allí la tropa. Más arriba pasamos sobre un puente de madera construido sobre una quebrada en plena curva, que para las bestias es ancho pero para un *jeep*, extremadamente estrecho. Desde mi puesto alcancé a ver la rueda trasera casi en el aire. El chofer se rio de mi miedo. Después cruzamos por San Miguel, un caserío que fue el lugar donde se reunieron varios comandos guerrilleros con población civil a la cola, ante una acometida de chulavitas en el año 51: Ciro Trujillo, Guaracas, Charro Negro, Joselo, Marulanda.

Desde ese punto iniciaron una marcha hasta el río Cambrín, donde quedaba el comando de don Gerardo Loaiza, el principal comandante liberal en armas. Varias semanas de camino cargando niños, gallinas y perros. A un par de kilómetros pasamos por Peña Rica, donde comenzó el derribe de la montaña en la “medio paz” que Rojas Pinilla dio en el 53 a las guerrillas. Ahí hicieron finca dos comandantes célebres: Isaías Pardo, que sembró café, e Isauro Yosa, que metió unas pocas vacas de leche.

En general, la zona está muy bien trabajada. Se conservan los tajos de bosque a orillas de las quebradas y en la montaña, en los filos altos de la cordillera ordinariamente cubiertos de niebla. Cuatro horas de zangoloteo y por fin se llega a La Arabia, una finca cafetera en regla: casa amplia de madera fina con balcón mirando hacia los cultivos y al río, surcos atravesados de cafetos —como enseñaba el profesor Yarumo para evitar la erosión—, agua limpia y corriente para la alberca donde se fermenta el grano, tolva de madera, secaderos en cemento, costales de fique.

El dueño, un quindiano que trabaja con su gente de sol a sol, nos invitó a desayunar: calentado con huevo, arepa, chocolate. Los caballos, verdaderos táparos, nos esperaban cambiando las manos de posición y espantando moscas con la cola. Me correspondió un mocho bayo bastante despierto en el que duraría otras cuatro horas. Al salir, José Luis me señaló un poblado de 40 casas –todas en material– alrededor de una cancha de fútbol. Es el cabildo de La Bella, sede del resguardo Nasa We'sh, de indígenas nasa, que llegaron hace 100 años desde Tierradentro, subiendo por el río Símbula, hasta el hielo del Nevado del Huila para caer a la cabecera del río Guayabo, páramo al que bautizaron Los Deseos. “Durante la guerra –me contaría al regreso a Gaitania el cabildo–gobernador–, después de haber abierto finca, nos pusimos a guerrear y se enmontaron los abiertos”.

Pero poco a poco, con la prudencia que los caracteriza, se independizaron de las guerrillas hasta que hace 18 años firmaron con las Farc un acuerdo que justamente hoy, cuando escribo, se conmemorará con una fiesta en La Bella. Quizá la revista *Semana* informó en su momento la firma del pacto, pero yo siempre creí que el documento firmado no existía. Y existe. Se titula “Fin de la violencia en el resguardo indígena Páez de Gaitania Planadas, Tolima”, y fue firmado el 26 de julio de 1997 por Virgilio López Velazco, gobernador del resguardo, y por Jerónimo Galeano, comandante del Frente Joselo Losada de las Farc-Ep, ante dos testigos de excepción: monseñor Serna y el jefe de la delegación de la Cruz Roja internacional, señor Vann. El fundamento fue, según el cabildo–gobernador, que “el Ejército, como es del Estado, quería permanecer en nuestro territorio, entonces teníamos problemas con la guerrilla, y si la guerrilla hacía el campamento en este territorio, teníamos problemas con el Ejército”.

Invocando el derecho que les otorga la Constitución Nacional “a aplicar su propia justicia y a la viabilidad de poner fin a la violencia dentro del resguardo”, los indígenas propusieron y las Farc aceptaron prohibir: las amenazas; el porte de armas; la colaboración de campesinos e indígenas con la guerrilla, la Policía, las cooperativas de seguridad; la permanencia de todo grupo armado dentro del territorio; el hurto y los impuestos o tributos. El acuerdo, según la población de la región, ha sido rigurosamente observado por las partes. Los indígenas esperaban que el Gobierno también lo suscribiera, pero, según palabras del cabildo–gobernador, “el ministro de Defensa les hizo saber que la fuerza pública podía estar donde quisiera. Por eso hace dos años el Ejército hirió de bala a un par de indígenas y siempre ha acampado donde se le da la gana”.

El resguardo tiene una extensión de 4.900 hectáreas, donde viven 280 familias, algo así como 1.500 miembros. Cultivan café, frijol, pero sobre todo el maíz y cultivos de pancoger. El cabildo–gobernador opina que han ganado la paz sin gastar plata, pero que ahora la cuestión es de comida y para poder comer hay que ampliar el resguardo, porque la comunidad crece. “Resguardo –nos aclara– es un lugar de donde uno ya no se puede salir más, ya no puede seguir rodando. Pero después hablamos de territorio, porque el indígena no tiene límites. Cuando hablamos de resguardo es el terreno que nos adjudica el Incora, pero cuando hablamos de territorio ya nos extendemos un poco más”.

Al salir de La Arabia subimos lentamente una cuesta pendiente, pero por un camino sólido. Los cultivos de frijol reemplazan poco a poco los de café. El Atá se oye correr en el fondo de un abismo que puede ser de 300 metros. La respiración de los caballos marca el tiempo y uno se va

identificando con su ritmo. Entonces se teme que el animal se tropiece, que no pueda subir uno de los altos escalones, que se despeñe. Cuando coronamos la loma, comenzamos a descender: la montura se corre hacia adelante y las orejas de la cabalgadura quedan al alcance de la mano. La baticola muestra su gran utilidad.

A partir de este punto los cañeros —chilca, paja, caña brava dulce— y unos pocos árboles —cucharos, amarillos, yarumos— reemplazan todo cultivo, aun los pastos naturales. La pendiente es tal, que se hace difícil que, salvo los animales de monte, una res o un caballo puedan vivir ahí. En la cresta del lomerío crecen palmas de cera o cocoras o del Quindío —soberbias, altivas, solitarias—. El terreno parece claveteado con ellas. Son un bosque maravilloso que produce cierta nostalgia cuando lo cubre una niebla andariega.

El descenso es corto. Volvimos a subir. La montura se va para atrás y la cruz del caballo queda a la vista. El camino se convierte en un barrial y los surales se hacen más frecuentes. En algunos, el barro llega al estribo y la bestia hace esfuerzos “sobrehumanos” para sacar las manos primero y luego, dando un saltico, las patas. Es un trecho tan solitario como lo describió Jacobo Arenas hace medio siglo: “Durante horas enteras de camino no puede encontrarse una vivienda humana... En varios kilómetros a la redonda, el caminante es un ser humano único y absolutamente solo”.

El paisaje no cambia. Una lluviecita menuda y helada penetra todo encauchado, se mete por el cuello, por las mangas. El río Atá casi no se oye en el filo, desde donde volvimos a descender por un trecho muy peligroso porque las bestias, para no meter las patas en el barro, andan por un filo delgado como si fueran equilibristas. No pocas veces

se detiene la respiración mirando hacia el precipicio. Nos descolgamos oyendo de nuevo, cada vez más claro, el sonido del río, hasta llegar a una veguita que es un hundidero.

Frente a nosotros el puente sobre el río Guayabo; más abajo, el Yarumales, que trae ya las aguas del Támara. El punto se llama Las Juntas y de ahí en adelante las aguas, que parecen de bronce líquido, forman el Atá. Se despeñan entre rocas enormes. Roncan. Una pesadilla. Al ir a pasar el puente de madera con techo de zinc, José Luis me advirtió: hay un hueco en una tabla, y echó adelante. Sin saber cómo, su yegua se volteó al sentir el hueco, saltó y tumbó a mi compañero. En realidad José Luis se deslizó por el anca.

En este sitio comienza, propiamente dicho, Marquetalia, encerrada por ríos y soledades. Una cuesta más, muy pendiente, y llegamos a la finca de José Luis: tres hectáreas de frijol, dos ranchos de paja forrados con plástico por dentro. Uno es el fogón. El otro, la alcoba donde duermen él, su mujer y sus tres hijos en dos camastros pegados uno contra el otro. Su señora nos había preparado gallina con una generosidad que es desconocida en el otro país. Una pausa y volvimos a bajar al sitio donde habíamos dejado las bestias para ir a la escuela, donde nos esperaba el resto de la junta de vecinos.

Media hora y entramos, por fin, a “un pequeño altiplano”, como lo definió Jacobo Arenas, en medio de lomas que pueden tener 300 metros de altura. Es una hondonada de un par de kilómetros de largo por uno de ancho, cubierta de pastos naturales y encerrada por bosques. Viven 20 familias dedicadas a la producción de queso que llevan cada dos semanas a vender a Gaitania. También cosechan frijol, no en gran cantidad, y, por la altura, de bajo rendimiento. En

el año 90 llegó la amapola y vino mucha gente a cultivarla. Tumbaron montes con la venia de la guerrilla a pesar de que tenían prohibida la tala. La guerrilla cobró impuestos tanto a cultivadores como a comerciantes. Fueron los únicos años en que los colonos de Marquetalia pudieron gozar de algún bienestar. En el año 98 entró el Ejército y acabó con el cultivo.

El vallecito fue la sede principal del comando del Bloque Sur del Tolima, creado por Marulanda después del asesinato de Charro y el objetivo central de la Operación Marquetalia, que Jacobo Arenas describió: “El sábado 14 de junio de 1964 a las 8:05 de la mañana fue bombardeado con proyectiles cohetes y acompañado de fuego aéreo de ametralladoras... Diez minutos después, seis helicópteros dieron comienzo al desembarco de tropas... En 55 minutos, 800 hombres ocuparon el altiplano”. Cuatro días después el lugar fue bautizado por los militares Villa Susana, en honor a la primera dama, fallecida por aquellos días. Allí el coronel Currea Cubides organizó una gran parada militar con asistencia de dos ministros para hacer entrega al país la soberanía perdida. El capitán sacerdote Manuel López ofició una misa campal.

En la escuela, los miembros de la junta me dijeron simplemente: “Mire usted cómo es Marquetalia. Dese cuenta cómo estamos. El camino ya lo conoció; la gente es la que ve; la escuela es la que ahora le quita el viento y a donde vienen 10 niños –cuando el río los deja pasar– a estudiar en un solo salón de primero a quinto. El maestro llegó hace dos semanas, porque duramos ocho meses sin profesor. La Cruz Roja Internacional nos hizo un taller sobre huertas caseras y Acnur nos hizo otro, enseñándonos qué es la democracia y cómo manejar un computador. De resto, en el filo aquel

que ve, viven 200 soldados que hacen polígono de noche y de día y salen a patrullar de vez en cuando. El helicóptero les trae remesa cada ocho días”.

En ese momento se paró uno de los asistentes, el mayor, un hombre de 60 años, y dijo: “Aprovecho la oportunidad para decirle que el Ejército me mató un hijo hace ocho años. Él era un muchacho trabajador, como le consta a todo el mundo. Una madrugada llegaron a su casa, entraron y sacaron a todos los vivientes para hacer una requisa. Lo hicieron entrar después y le dieron la orden de cargar una mochila que ellos mismos habían dejado. Él dijo: ‘Eso no es mío’. Lo obligaron a cargarla y lo echaron por delante. Le dieron seis tiros. Me lo entregaron desnudo en Chaparral. El capitán se disculpó: ‘¿Acaso usted no sabía que era guerrillero?’. Puse las quejas. Nadie me ha dado respuesta. La Acnur llevó la queja”.

La imagen de 200 soldados encaramados en una loma, bien comidos y abrigados y mejor armados, revoloteando por los montes, y de 20 familias campesinas que ordeñan unas vacas para sacar queso, y unos niños que no pueden llegar a la escuela porque no hay puente me acompañó todo el regreso: ¿50 años de muertos para ese desconsolador resultado...?

De vuelta me cambiaron el bayo por una yegua alazana muy delicada que no permitía que otra le anduviera a la cola. El camino fue largo y triste. Regresé a Gaitania a las 10 de la noche pensando si todo el andamiaje era mero honor militar o para construir las hidroeléctricas. Entre 2006 y 2008 de Planadas han sido desplazadas 1.549 personas; de Chaparral, 1.313; de Rioblanco, 1.218; de Ataco, 984, y de Coyaima, 1099. Son las cifras más altas de desplazamiento individual de toda la región, según cuentas de Naciones Unidas.

Al día siguiente retomamos el camino hacia Planadas, de donde salimos para Bilbao por una carretera pendiente que atraviesa un páramo de bosque húmedo tropical muy bien conservado, donde nos detuvimos a mirar el cañón del Atá. Bilbao es un pueblo quieto, parece congelado. Mientras almorzábamos pregunté a un comensal sin preámbulo: “¿Aquí hay guerrilla, señor?”. Sin inmutarse me respondió mirando la sopa que se tomaba: “No sabemos si está o no. Porque puede pasar de civil y así no hay problema. Cuando el Ejército o la guerrilla se topan armados, entonces sí se daña la tranquilidad”. Suficiente información. Bilbao está a orillas del río Síquila, que desemboca más abajo en el Saldaña.

Nos detuvimos en Puerto Saldaña, un caserío grande y largo, que una vez fue sede de un grupo paramilitar organizado en 1996 como Convivir por un exguerrillero que combatió al lado de Marulanda, conocido como el Canario. Se llamó Autodefensas del Rojo Atá y se organizó para sacar a la guerrilla de donde la había dejado Marulanda en los años 60. Era una punta de lanza pagada por los narcos del norte del Valle para sacar, sin impuesto a la guerrilla, el látex de amapola de toda la región del alto Saldaña.

Eusebio Guarnizo me contó la siguiente historia: “Puerto Saldaña fue tomada por la guerrilla el 21 de abril de 2000. Antes había habido muchas razones y muchos hostigamientos. Faltaban cinco para las 6 de mañana cuando los tiros comen- zaron a sonar. Tiraban cilindros desde lo alto. Casi todos cayeron al río; los que cayeron en el pueblo quedaron enterrados. Los cimbronazos rompieron todas las ventanas. Todo el día y toda la noche duraron los combates. La Policía combatió al lado de los paras el día del ataque; el Ejército llegó al otro día. Esa vez murieron dos paramilitares y un policía. El helicóptero no pudo aterrizar, ni los aviones bombardear.

”El Ejército respaldaba a los paramilitares. Esos paracos robaban y mataban gente; mucho mataron. Por cualquier cosa. Yo tenía un par de muchachos aquí, mis hijos. Había un comandante de las Convivir —que le decían Marco Lobo— y porque los muchachos no lo siguieron los hizo matar. Aquí mataron gente muy villanamente. La mataban, la tiraban por ahí desbaratada. La guerrilla también mató mucha gente. Aquí abajito, donde le dicen el Placer, mataron a siete. Yo fui el último que me salí, que fue como a las 6 y media de la tarde; me monté en una mula y arranqué para abajo. La Policía se quedó, pero como a los dos días se fue. Después llegó el Ejército”.

Se dice que el ataque fue ordenado por Alfonso Cano y que luego de sacar a la Policía y a los paramilitares ordenó tumbar las casas donde se habían alojado los paramilitares. El pueblo quedó sin vivientes un año entero.

La última parada del viaje la hice en Rioblanco, en cuya cercanía don Gerardo Loaiza organizó el comando La Ocasión, al que llegaron Lister, Charro y Marulanda y del que se separaron para formar sus propias guerrillas en Marquetalia. Rioblanco es un próspero municipio. La tarde que llegamos, vísperas de fiesta, las calles estaban llenas y la música sonaba en todos los bares y discotecas.

Desde una de ellas, en el marco de la plaza, la guerrilla hostigó al cuartel de Policía en octubre del año pasado. No hubo muertos, pero la gente aún comenta el hecho de que el Ejército no hubiera salido en defensa de sus compañeros. A Chaparral, cerrando el circuito, llegamos a media noche. El pueblo celebraba el día de la Virgen del Carmen y la ciudad estaba de fiesta. Las cosechas de café y arroz dan todavía para todo.



► Pedro Antonio Marín, alias Manuel Marulanda Vélez o Tirofijo, fundador de las Farc y considerado el guerrillero más veterano del mundo; murió en marzo de 2008. / Archivo particular.



Manuel Marulanda, Tirofijo, escribió en *Cuadernos de campaña* sobre El Davis: "Era un inmenso refugio humano en el corazón de la zona de operaciones". / Archivo particular



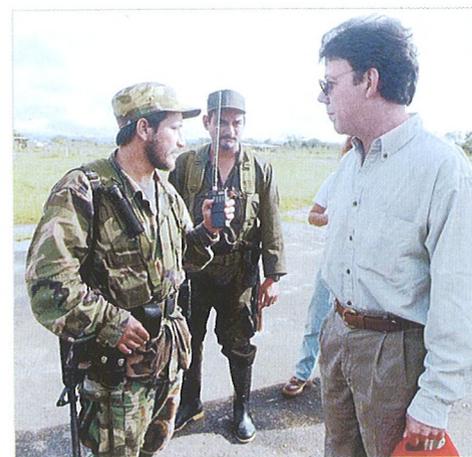
Tirofijo y el Mono Jojoy.



Las mujeres cobraron poder en las Farc desde la década de los 80.



Rojas Pinilla inauguró su gobierno bajo el lema "No más sangre, no más depredación; paz, justicia y libertad para todos". / Archivo - *El Espectador*



Iván Ríos y Juan Manuel Santos.



El líder izquierdista Juan de la Cruz Varela (centro) cuando ya era el líder campesino que inspiró el movimiento guerrillero. Archivo - *El Espectador*



Juan de la Cruz Varela cuando era diputado, en 1960.



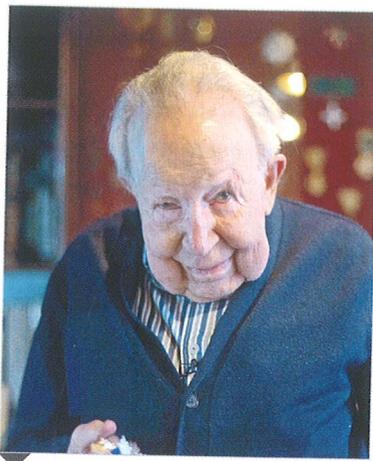
Los campesinos que se sumaron a Juan de la Cruz Varela y constituyeron la primera fuerza insurgente.



El 14 de junio, la FAC bombardeó con proyectiles de alto poder el altiplano de Marquetalia, que era la sede del comando de 'Marulanda'. / Archivo - *El Espectador*



Parte del material ideológico decomisado por el Ejército en Marquetalia. / Archivo - *El Espectador*



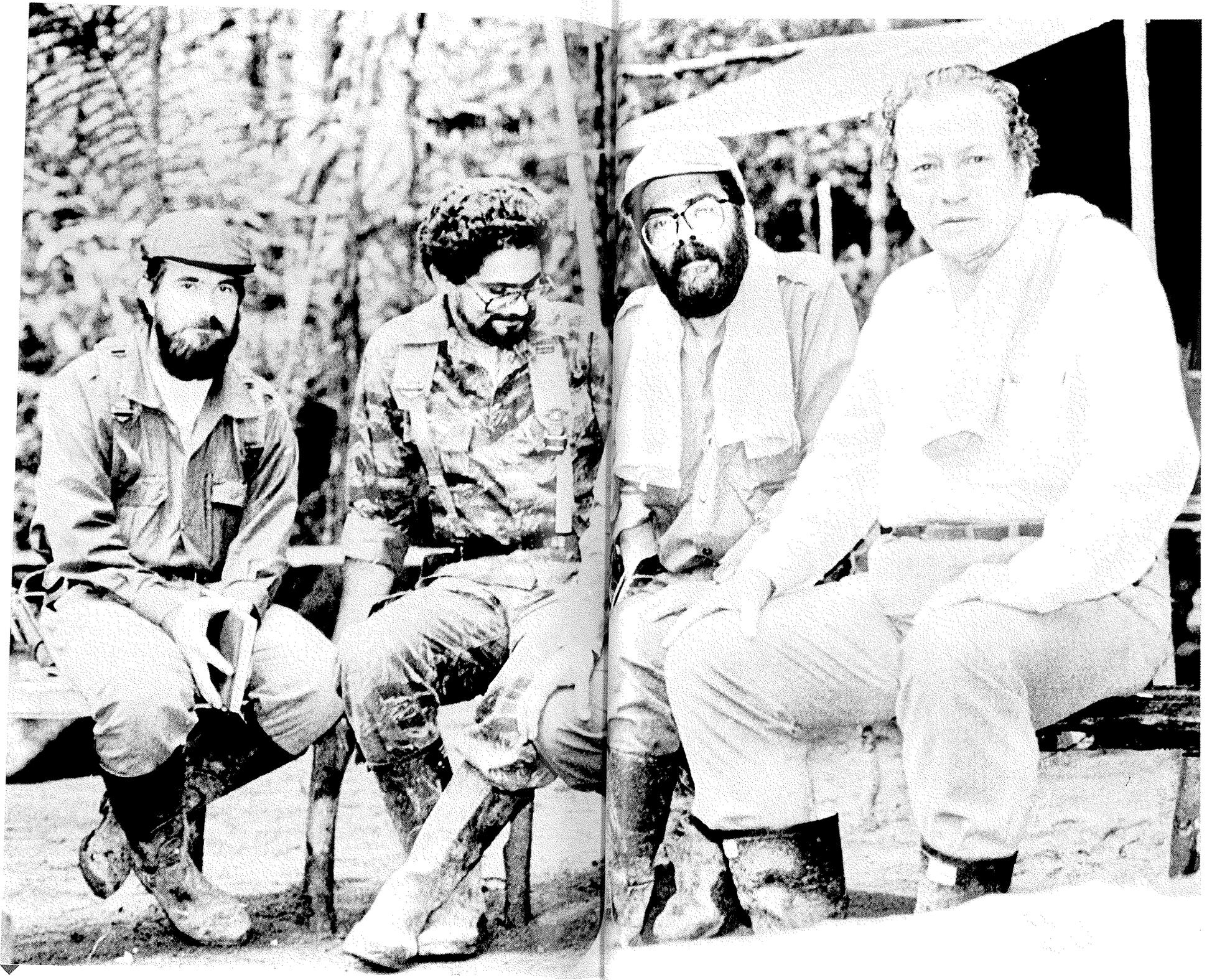
La estrategia de control sobre un área determinada buscó impedir, según el general Álvaro Valencia Tovar, que las guerrillas de Marquetalia se regaran por toda la región, que era precisamente el objetivo de 'Marulanda'. / AFP



El general (r) de la Fuerza Aérea Belarmino Pinilla, quien comandó como capitán la flotilla de helicópteros que atacó Marquetalia. / Biblioteca Andrés Pastrana



Luis Alberto Morantes Jaimes, alias 'Jacobo Arenas', líder ideológico de las Farc. Murió en agosto de 1990 a causa de un infarto. / Archivo - *El Espectador*



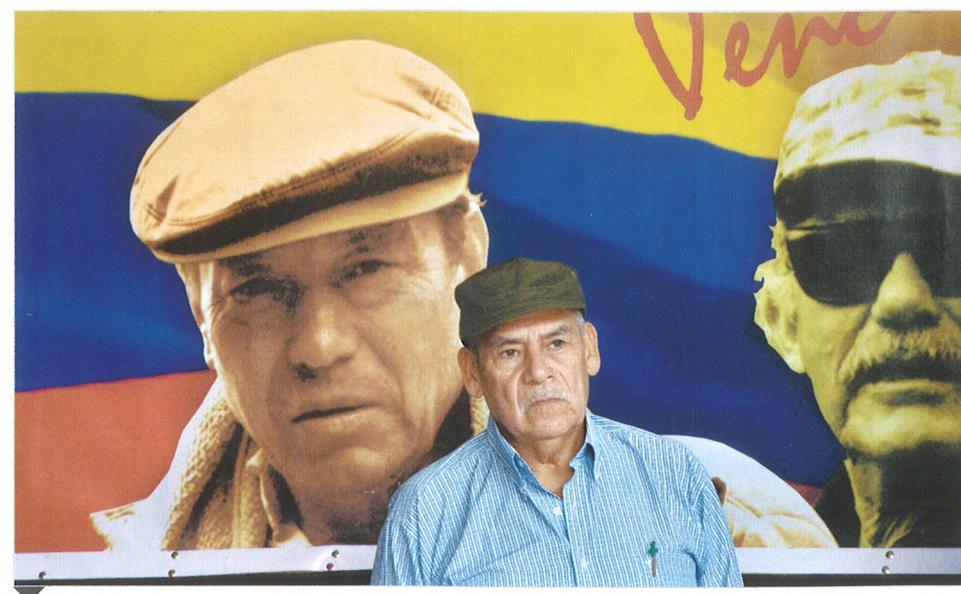
Manuel Marulanda con la cúpula de las Farc.



Pedro Antonio Marín, alias Manuel Marulanda Vélez o 'Tirofijo', fundador de las Farc.



Jaime Tarcisio Guaraca se convirtió en guerrillero a los 13 años. Estuvo preso en la isla de Gorgona. Hoy tiene 82 años y vive en Cuba. / Archivo - *El Espectador*



Miguel 'Sargento' Pascuas, uno de los dos marquetalianos que participaron en la fundación de las Farc en 1964. Hoy hace parte de la delegación de paz en La Habana.



Las Farc han permanecido en la zona de El Pato desde 1965. Aquí una de sus combatientes con una camiseta de la selección Alemana. / Fotos: Nelson Sierra G.



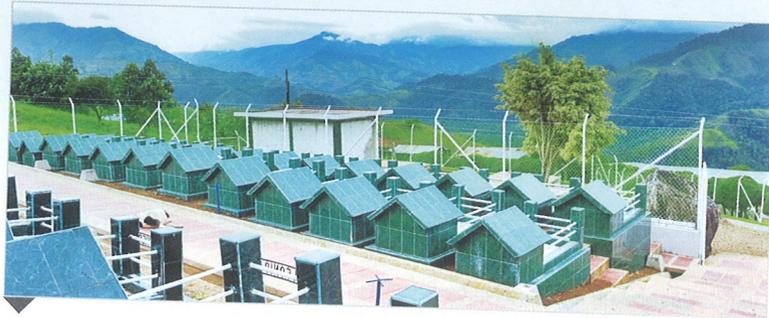
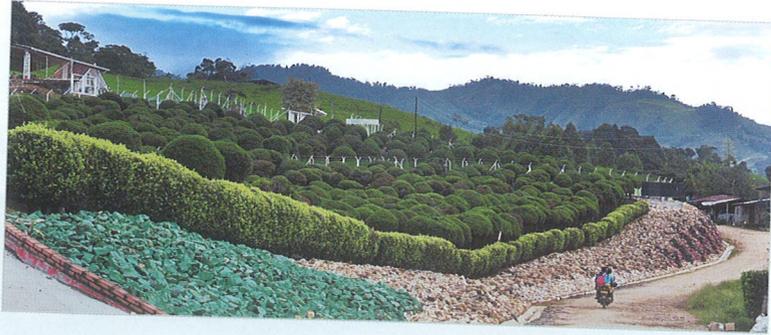
Calle principal de Guayabal, Caquetá, región que está no solo abandonada por el Estado, sino bloqueada por él.



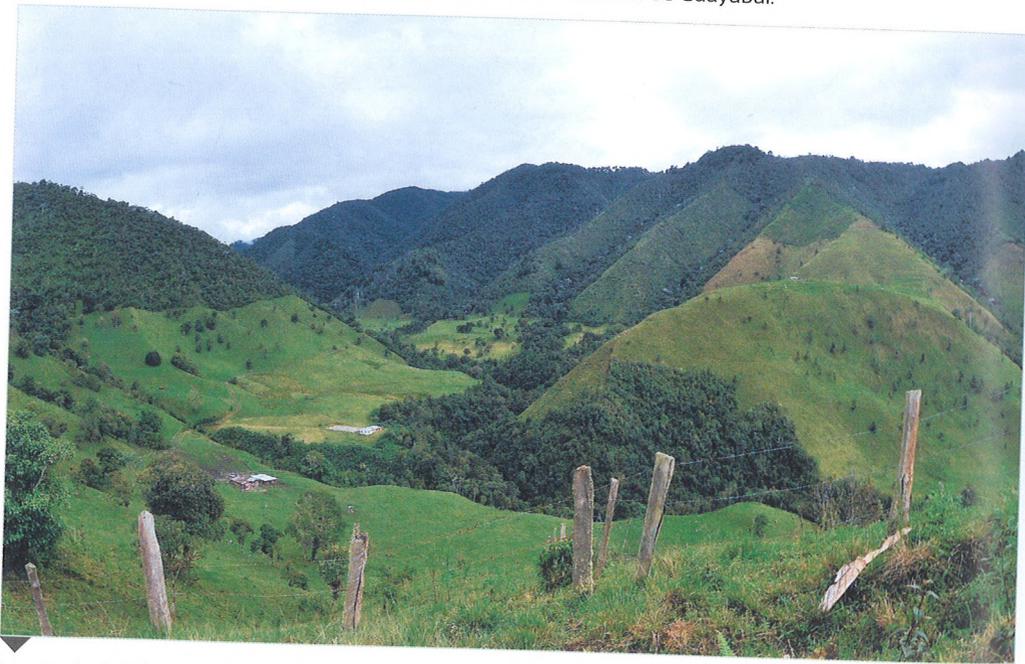
Uno de los varios pasacalles en la vía Neiva-Balsillas firmado por la columna móvil Teófilo Forero.



Escultura a la masacre en la población de Abisinia.



Cementerio ubicado en la vereda Andes a 20 minutos de Guayabal.



La vereda de Marquetalia, que Álvaro Gómez estigmatizó como república independiente en 1962. /
Fotos: Cristian Garavito



Gaitania es hoy un pueblo pujante con unos 12.000 habitantes, de los cuales 1.500 son indígenas nasas.

